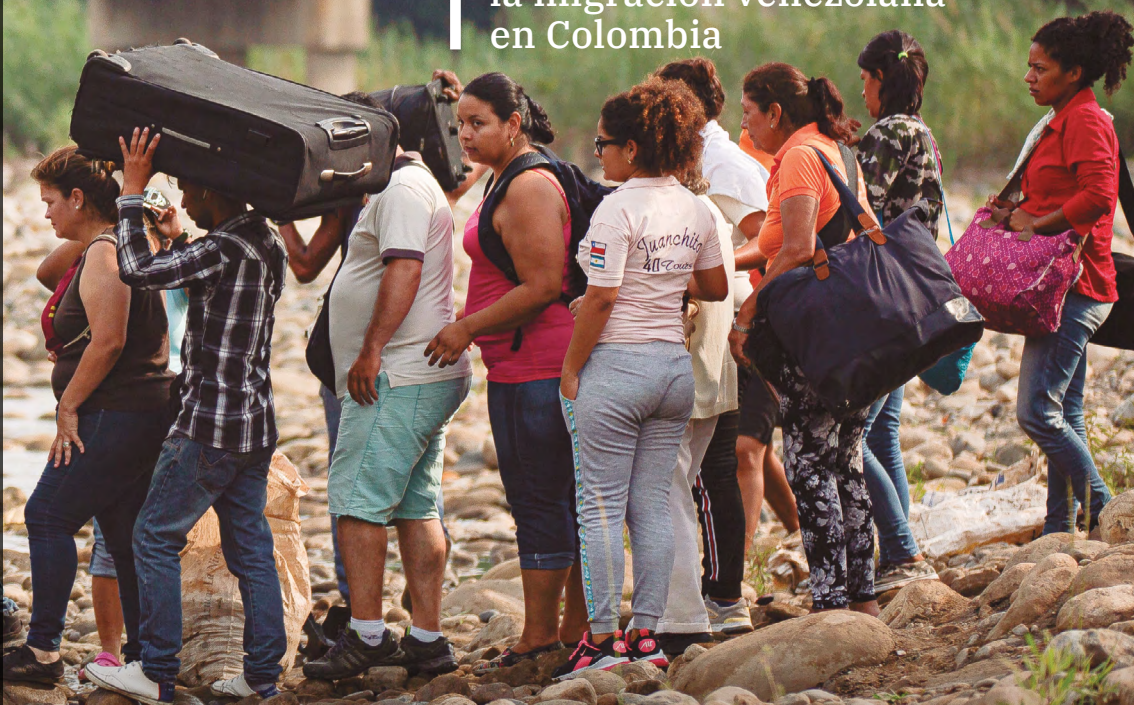


# Del otro lado de la frontera

Siete crónicas sobre  
la migración venezolana  
en Colombia



Consejo de Redacción



CICR

FACULTAD DE  
Comunicación  
y Lenguaje



# Del otro lado de la frontera

Siete crónicas  
sobre la migración  
venezolana  
en Colombia



FACULTAD DE  
Comunicación  
y Lenguaje



## Del otro lado de la frontera

### Siete crónicas sobre la migración venezolana en Colombia

ISBN: 978-958-56411-8-1  
© 2022, Consejo de Redacción

#### Autores:

Alexander Campos Sandoval  
Juan Andrés Rosero Muñoz  
Tatiana Olejua Lozada  
Diego Steven Cuervo Escobar  
Osiris Ceballos Garrido  
Fátima Martínez  
William Anthony Wielman Correa

#### Editor general

Patxo Escobar

#### Coordinación y gestión editorial:

Victoria Raquel Alean Cárdenas

#### Diseño y diagramación

Gina Paola Gaitán

#### Corrección de estilo:

Manuel Chaparro M.

#### Foto de portada:

Esteban Vega La-Rotta

#### Comité directivo de Consejo de Redacción:

Abelardo Gómez Molina, presidente  
Dora Montero, vicepresidenta  
Olga Behar Leiser  
Óscar Parra  
Andrés Alejandro Córdoba  
Margaret Sánchez  
Miguel Alguero

Betty Martínez Fajardo, fiscal

#### Consejo de Redacción (CdR), Colombia

Calle 39 # 20-30  
Bogotá, Colombia  
contacto@consejoderedaccion.org  
www.consejoderedaccion.org

© 2022, Konrad-Adenauer-Stiftung e.V.,  
KAS, Colombia

#### Representante para Colombia:

Stefan Reith

#### Coordinación del proyecto:

Juan Guillermo Moncada

#### Fundación Konrad Adenauer (KAS) Colombia

Calle 93B # 18-12, piso 7  
(+57 1) 743 0947  
Bogotá, Colombia  
Juan.Moncada@kas.de  
www.kas.de/kolumbien

#### Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR)

#### Delegación en Colombia

#### Jefe de Delegación:

Lorenzo Caraffi

#### Coordinación del proyecto:

Lorena Hoyos  
Mateo Jaramillo  
Calle 96 # 11B-37  
(+57 1) 313 8630  
Bogotá, Colombia  
bogota@icrc.org  
www.icrc.org/co

#### Impresión

Ediprint SAS

#### Pontificia Universidad Javeriana

Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1270 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 73 del 12 de diciembre de 1933 del Ministerio de Gobierno.

|                                                                                  |     |
|----------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Presentación Consejo de Redacción (CdR)                                          | 4   |
| Presentación Konrad Adenauer Stiftung (KAS)                                      | 8   |
| Prólogo                                                                          | 12  |
| CAPÍTULO 1                                                                       |     |
| La vejez no soñada de un migrante                                                | 16  |
| CAPÍTULO 2                                                                       |     |
| Vivir cerca del peligro                                                          | 36  |
| CAPÍTULO 3                                                                       |     |
| La gran serpiente fluvial                                                        | 60  |
| CAPÍTULO 4                                                                       |     |
| Dayana en la tierra del trueno                                                   | 80  |
| CAPÍTULO 5                                                                       |     |
| Inírida: la otra frontera                                                        | 96  |
| CAPÍTULO 6                                                                       |     |
| De Venezuela a Colombia solo había una trocha que cruzar y un permiso por firmar | 118 |
| CAPÍTULO 7                                                                       |     |
| El maestro de Dudamel                                                            | 140 |
| Los autores                                                                      | 156 |

Campos Sandoval, Alexander, autor

Del otro lado de la frontera : siete crónicas sobre la migración venezolana en Colombia / Alexander Campos Sandoval [y otros seis]. -- Bogotá : Consejo de Redacción : Fundación Konrad Adenauer : CICR : Pontificia Universidad Javeriana, 2022.

160 páginas.

Incluye datos curriculares de los autores.

ISBN 978-958-56411-8-1

1. Venezolanos en Colombia - Condiciones sociales - Siglo XXI. 2. Inmigrantes - Condiciones sociales - Colombia - Siglo XXI. I. Rosero Muñoz, Juan Andrés, autor II. Olejua Lozada, Tatiana, autor III. Cuervo Escobar, Diego Steven, autor IV. Ceballos Garrido, Osiris del Mar, autor V. Martínez Gutiérrez, Fátima, autor VI. Wielman Correa, William Anthony, autor

CDD: 304.8870861 ed. 23

CO-BoBN- a109492

El presente documento es un producto en el marco de la cooperación de la KAS y CICR con CdR. Los textos que aquí se publican son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no expresan necesariamente el pensamiento ni la posición de la Fundación Konrad Adenauer, ni del Comité Internacional de la Cruz Roja.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción y la comunicación pública total o parcial, sin la previa autorización escrita de los titulares.

Impreso en Colombia.

# Contenido



# El fruto del proceso para contar la migración

COMITÉ DIRECTIVO DE CONSEJO DE REDACCIÓN

En cuatro años han pasado muchas cosas, una frase que antes hubiera parecido cliché, hoy no lo es. A comienzos de 2018, ya Colombia se había convertido en el principal destino de los migrantes venezolanos que tres años antes comenzaron a huir de su país por las difíciles condiciones económicas, la falta de atención médica, la inseguridad y la violencia. En un país acostumbrado por décadas a migrar fue muy complejo pasar a ser el lugar de destino.

Ese fenómeno migratorio tomó por sorpresa al país y, por supuesto, a los periodistas. En ese momento, en Consejo de Redacción fuimos conscientes de la responsabilidad que recaía sobre quienes estábamos acostumbrados a informar sobre los desplazamientos internos y solo en momentos específicos habíamos contado la historia de los migrantes africanos o centroamericanos que cruzaban nuestra frontera como paso hacia el destino de sus sueños.

De allí nació la guía CdR *Pistas para contar la migración. Investigar historias en movimiento*, que vio la luz en diciembre de 2019 gracias a nuestros aliados de la Fundación Konrad Adenauer y el Comité Internacional de la Cruz Roja y que busca formar a los periodistas en el cubrimiento responsable de la migración, mostrar quiénes migran, seguir sus pasos, investigar las causas que los llevaron a tomar su decisión y luego confrontar sus ilusiones con la realidad en los países receptores.

La guía, como en todos los proyectos de formación de CdR, fue solo el punto de partida de un proceso que siguió con cursos presenciales en Apartadó, Cúcuta e Ipiales donde los periodistas tuvieron



acceso a herramientas para conocer el fenómeno migratorio, proponer una agenda más amplia y realizar una cobertura más responsable. En 2020, con la pandemia del covid-19, la pobreza y el hambre hicieron más difícil la vida de los migrantes y a nosotros nos obligó a cambiar; así nació el curso virtual que demostró la gran capacidad de comprensión y de adaptación de cientos de periodistas del país y del continente que se unieron a la capacitación. Ya van dos años de eso y el proceso de formación volvió a las regiones, en Cali y Yopal, donde los maestros se vieron de nuevo, cara a cara, con sus alumnos.

Para febrero de 2022, según el DANE, en Colombia había cerca de 2,2 millones de migrantes venezolanos. Hoy en Colombia no es exagerado decir que cada uno de nosotros es capaz de contar la historia de un vecino venezolano y, pese a los muchos obstáculos que ha enfrentado su inclusión en nuestra comunidad, el proceso de normalización mejora poco a poco las condiciones de los migrantes en Colombia, aunque no dejan de ser difíciles y llenas de incertidumbre ante unas relaciones diplomáticas rotas y la situación que empeora jornada a jornada en Venezuela y que obliga a cientos de familias a dejar su hogar cada día.

*Del otro lado de la frontera. Siete crónicas sobre la migración venezolana en Colombia* es el resultado de ese proceso de cuatro años, un motivo de orgullo para CdR porque las siete historias fueron escritas por periodistas que recibieron capacitación en los cursos de formación de la organización y tuvieron el acompañamiento de nuestras coordinadoras y editores, un proceso juicioso y responsable de un par de años.

Estos reportajes enfrentaron a los reporteros a la complejidad de cada migrante, incluso cuando alguna vez pasaron por lo mismo. William Wielman y Osiris Ceballos, dos de los autores de este libro, son migrantes, participaron en el curso virtual, lograron que sus propuestas fueron seleccionadas y con ello pudieron ejercer la profesión de periodistas que les ha sido esquiva en su nueva realidad, viendo la migración desde la perspectiva del otro.

Las historias son variadas, están regadas en diferentes puntos del país y permiten ver el fenómeno desde otras perspectivas, como en ‘La vejez no soñada de un migrante’, donde se mira a una población poco atendida en las noticias, o la revolución de un profesor migrante quien a través de la música clásica ha intentado revolucionar el vallenato en La Guajira. También hablan de las dificultades para conseguir una casa de quienes comienzan una nueva vida al otro lado de la frontera, cómo enfrentan la xenofobia en el lejano Inírida, o muestran cuando la dificultad va un paso más allá y llegan a zonas donde hay conflicto y violencia armada, como en la historia de Dayana, migrante venezolana, hija de una colombiana desplazada por la violencia, quien en el Catatumbo ha tenido que enfrentar amenazas por su liderazgo.

Otro motivo de orgullo que nos deja *Del otro lado de la frontera* es seguir contando con la Fundación Konrad Adenauer y el Comité Internacional de la Cruz Roja. Agradecemos la confianza en nosotros y el apoyo permanente a las iniciativas de formación a periodistas con el convencimiento de la importancia que ello reviste para nuestra sociedad.



# Algunas voces de la migración en Colombia

STEFAN REITH  
REPRESENTANTE EN COLOMBIA  
FUNDACIÓN KONRAD ADENAUER

Según cifras recientes del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), Colombia alberga más de 2,3 millones de migrantes venezolanos que habitan en mayor o menor medida las principales ciudades de los 32 departamentos, siendo los de más alta concentración Bogotá (24,2 %), Norte de Santander (14,3 %), Antioquia (9,5 %), Atlántico (8,3 %) y el Valle del Cauca (7 %). La vida de muchas de estas personas oscila entre Colombia y Venezuela, otras tantas planean eventualmente regresar a su país de origen de manera definitiva, y algunas encuentran aquí un lugar de paso antes de establecerse en otros países. Muchos venezolanos tienen vocación de permanencia y buscan construir una vida en Colombia.

El Estado colombiano, en cabeza del gobierno nacional, ha provisto una serie de instancias y mecanismos de atención, regularización y protección a la población migrante. Recientemente, se expidió el Estatuto Temporal de Protección para Migrantes Venezolanos que tiene como objetivo la creación y administración del Registro Único de Migrantes Venezolanos (RUMV) y el Permiso por Protección Temporal (PPT) durante 10 años prorrogables. Según la Bitácora Migratoria\* del Observatorio de Venezuela de la Universidad del Rosario, a junio de 2022, se registran 1 000 297

\* Proyecto que adelantan el Observatorio de Venezuela de la Facultad de Estudios Internacionales, Políticos y Urbanos y la Fundación Konrad Adenauer en Colombia. <https://bitacoramigratoria.co>

de PPT completamente tramitados y entregados. De igual forma, la bitácora registra un total de 2 381 537 migrantes registrados en el RUMV, cifra que incluye a 554 940 niños, niñas y adolescentes, y a 496 027 estudiantes venezolanos incluidos en el Sistema de Matrícula Estudiantil de Educación Básica y Media (SIMAT).

A pesar de estos significativos esfuerzos en materia institucional, queda un largo camino por recorrer que supone una buena cantidad de retos, pero todavía más oportunidades. Uno de los factores determinantes para el éxito de todo este proceso es la inclusión productiva de la población migrante, porque de ello depende el sustento y estabilidad de cientos de familias y la proyección de un futuro prometedor. Además, la adecuada integración de la población migrante significaría para Colombia una dinamización del mercado laboral y oportunidades para impulsar la productividad y el crecimiento económico.

Como fundación política alemana hemos sido testigos, no solo en Alemania y la Unión Europea, sino en distintos países del mundo, de lo que se puede lograr cuando se acogen y vigorizan los procesos migratorios. Apoyamos y celebramos la disposición abierta y comprometida que ha mostrado el Estado colombiano y la conducta acogedora y empática de la gran mayoría de ciudadanos que enfrentan cada reto cotidiano del proceso con valentía y solidaridad.

En esta oportunidad, es un verdadero honor para la KAS presentar *Del otro lado de la frontera. Siete crónicas sobre la migración venezolana en Colombia*. Este libro es fruto de la cooperación que venimos articulando en los últimos años junto a nuestros socios

y amigos de la Asociación Consejo de Redacción (CdR) y que compila y edita 7 historias periodísticas que han elaborado algunos de los periodistas que participaron de los talleres sobre el cubrimiento del fenómeno migratorio que hemos desarrollado en las distintas regiones de Colombia.

Como alternativa a la saturación de cifras y estadísticas que se presentan al público en boletines distantes en la prensa, los medios televisivos y radiales, y las redes sociales, este libro ofrece un retrato de la dimensión más humana y cercana del fenómeno migratorio. Estas historias nos acercan a los protagonistas, a sus vivencias, y a sus familias y amigos. Por medio de este libro, el lector se puede acercar a los migrantes venezolanos a través de la intimidad que solo la crónica periodística puede extraer de los sucesos y sus protagonistas.

Quiero extender un sentido agradecimiento a todo el equipo del CdR por la organización de los espacios de formación sobre el cubrimiento del fenómeno migratorio en Colombia y por la edición de las historias que forman parte de este volumen. En especial, extiéndome un agradecimiento a Dora Montero, que culmina su periodo en la presidencia de CdR, no solo por su contribución a este proyecto, sino por los últimos 4 años de impecable labor y acompañamiento en el marco de nuestra cooperación. Igualmente, extiéndome un agradecimiento a Camilo Amaya, director ejecutivo; a Diana Ruano, coordinadora operativa; a Victoria Alean, coordinadora del proyecto; a Francisco 'Patxo' Escobar, editor del libro; a los y las autores, y a todas las personas que hicieron posible este proyecto.



# Al lado del camino

Por PATXO ESCOBAR

Lo que más me emociona de los siete relatos recopilados en este libro es su intención, contenida y sutil, de gritarnos al oído: “la migración no se entiende tan solo a partir de los números; la migración se comprende conociendo al migrante”. Al revisarlos y editarlos he llorado, he sentido rabia, angustia, desconsuelo, pero también me he reído, he tarareado canciones (llaneras y vallenatos), me he llenado de esperanza y he viajado a través de trochas y de ríos traicioneros.

Espero que esas mismas emociones las sienta usted al leer los siguientes textos que son, ante todo, un viaje. Uno que suele repetirse en su inicio: los protagonistas emprenden una peregrinación forzada sin tiquete de retorno. Dejan sus casas, sus familias, sus costumbres, sus profesiones; la vida conocida. Cruzan la frontera colombiana en botes, buses, autos viejos, a pie. Buscan un refugio (les costará encontrarlo), un empleo (el que sea), un gesto amistoso (que tarda en llegar). Sin embargo, el viaje se hace único y diferente cuando cada migrante llega a su destino.

Es muy distinta la historia de Zaida Soto, una hábil costurera de 62 años, nacida en Maracaibo y hoy radicada en las frías alturas de Ipiales, Nariño, adonde llegó después de un largo viaje en camión; que la de Silvia Rangel, quien también se dedica al mismo oficio, pero en el barrio La Granja, al sur de la capital de Arauca, en los cálidos llanos orientales colombianos, adonde llegó en canoa procedente de Cabudare. Zaida es un personaje principal de la crónica escrita por Juan Andrés Rosero Muñoz sobre la suerte

que corren los adultos mayores migrantes en nuestro país; Silvia, por su parte, es una de las anclas narrativas del bello y descriptivo texto de William Wielman sobre el río Arauca, la “serpiente fluvial” que separa y une a Colombia y Venezuela.

Los números ayudan, claro. Es valioso saber que cerca de 1 842 390 migrantes venezolanos se encuentran en nuestro país, y que más de cinco millones de ellos siguen en constante peregrinaje por América Latina y el Caribe, según los estimados de la plataforma R4V, presentados en abril de 2022. Las cifras y estadísticas nos permiten apreciar la magnitud de este fenómeno, dan contexto y base para comenzar un análisis del mismo. Pero solo una inmersión en las vidas de los viajeros nos permite acercarnos a sus sentimientos, sus dificultades, sus sufrimientos y sus logros. Si bien las crónicas aquí publicadas, que contaron además con una detallada verificación de datos, se apoyan en las cifras aportadas por diversas organizaciones e instituciones (estatales e internacionales), lo que las hace más preciadas es su indagación humana y su espíritu expedicionario; tan solo un artículo se centra en los inmigrantes que viven (o sobreviven) en Bogotá, los seis restantes transcurren lejos del distrito capital.

## “No deberían existir”

Además de los textos descritos líneas atrás, este recorrido escrito y visual guarda muchas sorpresas. Son entrañables los personajes que componen la crónica del periodista Diego Stevven Cuervo realizada en Inírida, capital del Guainía, en la Amazonia colombiana, pues en ella nos muestra que sí es posible una integración pacífica entre los inmigrantes y la población de acogida. Los trabajadores venezolanos, que descargan

mercancías en el puerto y manejan motocarros, también han dejado su arte en los murales de la ciudad.

En Riohacha transcurre la fluida ‘canción’ con aires caribeños y música clásica que escribe Osiris Ceballos Garrido sobre el director de orquesta Antonio Giménez, quien fue profesor del reconocido músico Gustavo Dudamel, y hoy desarrolla su ‘Pianística Vallenata’ en la Universidad de La Guajira. Por su parte, Jeimmy Tatiana Olejua nos brinda un retrato de valentía, coraje y resistencia. A partir de la historia de la joven Dayana Villamizar, desvela la difícil situación que vive la población femenina inmigrante y retornada en el Catatumbo colombiano. Las mujeres son amenazadas por grupos armados al margen de la ley, son víctimas de la desidia estatal, de la pobreza y de la dureza de la llamada ‘tierra del trueno’.

En el Valle del Cauca, el joven reportero Alexander Campos Sandoval siguió con atención la realidad que afrontan centenares de viajeros venezolanos quienes, debido a sus pocos recursos económicos, terminan viviendo en las zonas más pobres y violentas de Cali, algunas de ellas cerca del jarillón del río Cauca; solo allí pueden pagar un arriendo. Pero su texto cierra con aire esperanzador de sana convivencia.

Por último, en Bogotá, la profesora y periodista española, Fátima Martínez, con la distancia (y la cercanía) que le da su condición de extranjera (legal) en Colombia, se pregunta por qué dos pueblos que hace pocos siglos fueron un mismo gran país, están tan distanciados, se miran con tanto recelo y ni siquiera tienen relaciones diplomáticas. En su relato se mezclan las historias de varios inmigrantes que ella ha seguido a lo largo del tiempo. Uno de ellos concluye: “Las fronteras las creó el ser humano, no deberían existir”.

Pero existen; y nos alejan, o al menos marcan una línea divisoria entre los de aquí y los de allá. Aunque, hablando de Venezuela y Colombia, siempre sea difícil definir qué es ‘aquí’ y qué es ‘allá’. Este libro, finalmente, ha sido escrito para las lectoras y los lectores de las dos orillas. De todas las orillas.

01.





# La vejez no soñada de un migrante

**Migrar es una decisión que requiere valor, el valor de sortear lo desconocido. Hacerlo después de los sesenta años, debido al desabastecimiento de alimentos de la canasta básica, a la imposibilidad de acceder a los servicios de salud, y para reencontrarse con los seres queridos que partieron por la crisis económica, pone al descubierto la difícil realidad de los adultos mayores venezolanos.**

Por **JUAN ANDRÉS ROSERO MUÑOZ**  
Fotografías de **JAIRO PAZ CABRERA**

# A

sus 62 años, Zaida Soto Paz se describe como una mujer tranquila, pero si tiene que emprender una nueva vida lejos de Venezuela, prefiere mirar hacia delante porque, como ella dice, “pa’ tras, ni pa’ coger impulso”.

Desde hace tres años vive al suroccidente de Colombia, en Ipiales, Nariño, una ciudad fronteriza, de clima frío, separada del Ecuador por el puente Rumichaca, que se levanta sobre el río Guáitara. Es un clima muy diferente al de su ciudad natal, Maracaibo, la cálida y húmeda capital del estado de Zulia, donde la temperatura promedio es cercana a los 28 grados Celsius pero, como lo recuerda ella, “si hay 34 grados la sensación térmica es de 40”. Aquí, en las alturas de los Andes, a casi 3000 metros de altura, el calor habrá que buscarlo con la ayuda de un abrigo o bajo las cobijas.

Zaida, quien no sabe si algún día regresará a Venezuela y ha perdido el contacto con sus viejos amigos y conocidos, llegó al país cafetero siguiendo a su hija menor, Zully Guadalupe Soto Paz, de 33 años, quien se practicaría en tierras colombianas una segunda cirugía de cadera, a la que no podía acceder en su nación. Su plan, después de la intervención, era seguir hacia la Argentina. Sin embargo, se quedó en Ipiales desde el 7 de marzo de 2018. “No migré por culpa de Maduro, lo hice por ella –explica

Zaida–; y porque dos cabezas piensan mejor que una, y cuatro manos hacen más que dos”.

Según la Organización Mundial de la Salud, las personas de 60 años o más son consideradas “adultos mayores”. Hoy parte de dicha población, a la que pertenece esta madre inmigrante de Maracaibo, vive momentos difíciles en Venezuela por cuenta de la crisis política, social y económica. Millares de ellos han tenido que abandonar sus hogares y buscar otros destinos.

De acuerdo con un informe publicado en noviembre de 2019 por las organizaciones HelpAge International y Convite, en el que se evaluaban las condiciones de vida y las necesidades de los ciudadanos mayores de 50 años en el país vecino, el 77 por ciento de ellos decía que les faltaba la comida a diario. Otros echaban en falta los medicamentos más básicos. Razones poderosas para buscar mejor suerte en otras orillas.

Luis Francisco Cabezas, director de Convite (organización que trabaja desde hace 15 años con esta población), afirma que los adultos mayores también deciden emigrar en busca de protección porque, al quedar solos en sus casas, se exponen a diferentes escenarios de violencia por parte de las personas encargadas de su cuidado, o pueden ser víctimas de la delincuencia común; situación que se recrudeció durante el confinamiento causado por la reciente pandemia.

Cabezas explica que un alto porcentaje de ellos no genera ingresos, no entiende la conversión de bolívares a dólares, está al cuidado de sus nietos o permanece en el abandono. Una coyuntura que los invita a salir de su país natal, y eso fue lo que hicieron Zaida Soto, Celia Romero y Horacio Ardila, protagonistas de esta radiografía sobre la situación actual de las personas mayores que migran.

## El camión y los hilos

Zaida Soto se despidió en Venezuela de Olga, su otra hija, y de Anthony, Estefhany y Derwis, sus tres nietos, e inició el viaje al territorio colombiano pese a la negativa de Zully. Ella, licenciada en Educación Integral, no tenía trabajo en Ipiales y no quería que su madre afrontara las incomodidades y los riesgos que exige ese largo trayecto. Su mamá no la escuchó. Aprovechó que su prima viajaba en un camión rumbo al Ecuador, jun-



Zaida Soto exhibe con orgullo un tapabocas diseñado por ella, que tiene los colores de la bandera de su país y que tejió con las agujas que trajo de su natal Venezuela. Lo usa por encima de uno convencional para proteger su salud en tiempos de pandemia.

to con su esposo y otros dos pasajeros, y se sumó a la travesía. “Estaba tan ansiosa por ver a mi hija que no sentí el viaje y por fortuna no tuve problemas, porque mi pasaporte había vencido. El marido de mi prima conocía a los guardias y nos dejaron pasar la frontera”, recuerda.

Para iniciar su nueva vida trajo consigo sus tesoros más preciados: su máquina de coser y sus agujas de tejido. Con este oficio que aprendió a los nueve años, el mismo que le permitió sostener a sus tres hijos (Zully, Olga y un hermano que murió), ha subsistido en Ipiales. Afirma que cuando teje se llena de vitalidad y que sus preocupaciones se tornan leves. En Venezuela cosía poco, era difícil conseguir los hilos y, cuando los encontraba, eran tan caros que no podía comprarlos.

Aunque es una mujer pensionada, gracias al trabajo que realizó durante años en un hotel, los 1 200 000 bolívares que recibía cada mes le servían para muy poco. La suma, que puede parecer generosa, es en realidad una miseria; al cambio representa menos de un dólar (0,7477 USD), cerca de 2600 pesos colombianos. ¿Y qué puede comprar ella con ese dinero? Teniendo suerte, un kilo de arroz. “No pude cumplirle la promesa a mi nieto de regalarle un chocolate, ni para eso me alcanzó”, dice Zaida en medio del humor y la nostalgia.

Cuenta que extraña su país, sobre todo a su tía, Elsa de Jesús Paz de Nava, quien tiene 79 años y ha sido como su segunda madre. A ella le envía hilos de vez en cuando para que teja y se distraiga. Sus primas le cuentan que Elsa se pone feliz, “como guajiro con cotizas (alpargatas) nuevas”, cuando los recibe.

No habla sobre sus intenciones de volver, pero sí sobre la fortaleza que le da creer en Dios: “¿A qué voy a regresar si no hay qué comer? ¡Y tampoco medicinas!”, las que necesita para controlar su presión arterial y para tratar una posible diabetes. “Aunque uno nunca sabe. Un día me da la ‘ventolera’ y me voy, no aguanto más el frío”.

Gracias a la gestión de Médicos del Mundo, Zully logró su segunda cirugía de cadera. Esta ONG, que proporciona “atención médica de emergencia, oportuna y libre de restricciones legales y administrativas”, forma parte de las organizaciones de cooperación internacional que apoyan a los migrantes para acceder a los servicios de salud en Colombia. La operación les ha dado nuevas fuerzas a ella y a su madre, que pronto esperan abrir las puertas de La Boutique del Crochet, un emprendimiento que será financiado por esas instituciones internacionales.

El siguiente paso de Zaida, antes de llegar a los 63 años, es enseñarles a tejer a otros adultos mayores migrantes para que se



distraigan y superen, aunque sea por un momento, la nostalgia de estar lejos del país que los vio nacer; nostalgias que se narrarán como memorias en un libro sobre la migración venezolana que planea escribir su amiga Evalú Pereira.

## Huir de la soledad

En Colombia son considerados “adultos mayores” todos los ciudadanos que tengan o hayan superado los 60 años. De acuerdo con la Organización de los Estados Americanos (OEA), “la persona mayor tiene derecho a la libertad de circulación, a la libertad para elegir su residencia y a poseer una nacionalidad en igualdad de condiciones con los demás sectores de la población, sin discriminación por razones de edad”. En Sudamérica, Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador, Chile y Uruguay han firmado la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores, que entró en vigor en 2017. El tratado propone, entre otros alcances, que en las emergencias humanitarias haya medidas de atención específicas para esta población, entre ellas el reconocimiento de prestaciones, aportes realizados a la seguridad social o derechos de pensión.

Los adultos mayores representan el dos por ciento (34 347) del total de migrantes que ha pasado por el país, así lo indica un informe de Migración Colombia que revisa la distribución de venezolanos en nuestro territorio. De ellos, 32 731 tienen entre 60 y 69 años; 18 516 son mujeres, como Zaida Soto; y 14 215 son hombres, como Horacio Ardila. Los mayores de 70 años suman 13 619; 6120 hombres y 7499 mujeres, como Celia Romero –a ella y a Horacio los presentaremos dentro de poco–.

Quienes tomaron la decisión de salir de su país de origen, lo hicieron por diversas razones. El Grupo Interagencial sobre Flujos Migratorios Mixtos (GIFMM) reveló que el 70 por ciento de los migrantes llegan a Colombia porque aquí viven sus familiares, el 45 por ciento arriba a nuestra geografía en busca de trabajo, el 12 por ciento cree que aquí tendrá más seguridad, un 5 por ciento espera acceder al sistema de salud y el 28 por ciento está retornando. En el departamento de Nariño, según los informes de Migración Colombia, viven 13 930 migrantes de Venezuela; 5551 de ellos se encuentran en Pasto, 4736 en Ipiales y 1269 en Tumaco.



Zaida y Zully Soto, madre e hija, en el Santuario de Nuestra Señora de las Lajas en Ipiales, la Ciudad de las Nubes Verdes.

Los datos de la encuestadora More Consulting revelan que cuatro de diez hogares venezolanos tienen un familiar viviendo fuera del país. Quienes suelen quedarse en su nación de origen son los mayores de 50 años. Por su parte, los estudios del Centro para el Desarrollo Económico (Equilibrium CenDE), que incluye datos de Colombia, Perú, Chile y Ecuador, indican que una vez establecidos en los países de acogida, los inmigrantes suelen traer a sus familiares. En esa encuesta se evidencia que el 51 por ciento de los mayores de 60 años han emigrado con su núcleo familiar. “Esto ocurre porque la mayoría de ellos no se encuentra en edad laboral y son económicamente dependientes, principalmente de sus hijos o hijas. Por eso, cuando sus familiares han encontrado dónde quedarse, deciden traerlos y evitarles la soledad que viven en Venezuela”, explica Gustav Brauckmeyer, director ejecutivo de esta organización.

Una soledad que puede deteriorar su salud mental y física. Organizaciones como Convite, que trabajan por los derechos de los adultos mayores, han alzado la voz ante esta problemática. Muchos ancianos solos se quitaron la vida debido al aislamiento y a la incapacidad de satisfacer sus necesidades básicas durante la pandemia provocada por el covid-19. “Algunos abuelos no pueden salir de sus casas. Hemos encontrado casos de personas mayores que llevaban hasta seis meses sin poner un pie fuera de sus residencias porque vivían en pisos altos, los ascensores no funcionaban y nadie los reparó. Muchos edificios están prácticamente vacíos porque la mayoría de sus antiguos habitantes migraron, se fueron. En algunas edificaciones de 16 pisos los escalones se convirtieron en un obstáculo para las personas con problemas de movilidad; no podían salir a comprar provisiones ni a buscar atención médica”, explica Luis Francisco Cabezas, director de Convite.

Él agrega que, en las zonas rurales, por la falta de gas, un buen número de adultos mayores ha vuelto a cocinar con leña, lo que acelera el deterioro de su salud respiratoria. Las partículas finas que contiene el humo provocado por este método de cocción puede ser una causal de infartos o insuficiencia cardíaca, especialmente en pacientes con comorbilidades; así lo advierte la agencia de Protección Ambiental de los Estados Unidos (EPA).

Otros ancianos se ven obligados a buscar el agua potable en camiones de suministro porque hay daños en los acueductos. “En el municipio de Chacao, que pertenece al estado Miranda y también al Distrito Metropolitano de Caracas, se ha instalado una pila pública en plena plaza de Bolívar para el abastecimiento de agua”, dice Cabezas. Una labor física exigente que puede minar la salud de los adultos mayores.

## “No quiero ser una carga para mis hijos”

Celia Romero tiene 75 años, proviene de Cabimas, una ciudad del estado de Zulia, y llegó a Colombia para reunirse con sus hijos, quienes ya tienen el Permiso Especial de Permanencia (PEP). Ella aceptó la propuesta, se armó de valor y el 21 de octubre de 2019 llegó a Villa de Leyva, Boyacá, con una de sus nueras; en este municipio vive uno de sus hijos desde 2017.

“Yo no llegué por trocha, ya estoy muy vieja para eso”, asegura. Su primera parada fue en Cúcuta, Norte de Santander, para luego arribar a la histórica población boyacense. Ahí se dedica a las labores del hogar. Su nieto, Edgardo Medina, afirma que su familia tiene al menos 270 integrantes, pero que se han ido diseñando por varios lugares de Colombia, Chile y Venezuela, en búsqueda de mejores oportunidades.

Como la mayoría de adultos mayores y pensionados de su país, Celia no quería ser una carga para sus hijos y empezó a buscar empleo, sin embargo, “por mi edad nadie me contrataba”. Terminó cuidando a dos niños del pueblo mientras sus padres trabajaban, pero este trabajo terminó al llegar la pandemia. Se quedó sin ese ingreso fijo y perdió parte de su independencia económica; la que siempre había tenido. La consiguió décadas atrás cuando laboraba en servicios generales en la escuela básica El Porvenir, en Cabima; institución de la que se pensionó.

Con cada nuevo periodo del chavismo en el poder su situación monetaria empeoraba. A mediados de 2018 el gobierno le entregaba su pensión por cuotas y los gastos se pagaban en dólares. Cuatro años después las condiciones de los pensionados como ella no han mejorado. Con 1 200 000 bolívares, es decir, 2600 pesos colombianos, no vive nadie. Debido al costo de vida cada vez más elevado, a la hiperinflación del país, a las demoras en los pagos y a la dolarización no oficial de la economía, cada vez más personas mayores deciden dejar Venezuela.

De acuerdo con la organización Convite, la canasta familiar de sobrevivencia se encuentra en el orden de 60 a 80 dólares (entre 213 000 y 283 000 pesos, respectivamente), lo que ha causado que buena parte de la población sea “rehén” de los programas de provisiones estatales, como las cajas de cartón con alimentos que entregan los Comités Locales de Abastecimiento y Protección (CLAP). En ellas los ciudadanos encontrarán, en su mayoría, carbohidratos: pasta, arroz, granos y harina. “Desde hace un buen tiempo en esa dotación no hay proteínas de origen



Celia Romero atesora sus recuerdos en Venezuela y comparte esta foto, tomada a sus 17 años de edad en la vereda de Matapalos, en el estado de Falcón. Su nieto, Edgardo Medina, comenta que a su abuela no le gustan mucho las fotos, sin embargo, muestra esta imagen porque “ella está acompañada de su compadre José y sus hermanitos, Enriqueta, Henry y Elvia”.

animal”, asegura Cabezas. Y una deficiencia prolongada de estos importantes macronutrientes, especialmente en los adultos mayores, trae consigo inevitables enfermedades. Los requerimientos proteínicos de esta población, debido a su edad, son mayores; necesitan más fuentes proteicas para equilibrar la pérdida de masa muscular, un proceso biológico que se hace evidente a partir de los cincuenta años. Una dieta basada en carbohidratos como los anteriores solo conduce a la resistencia a la insulina.

Un estudio realizado en 2020 por Convite, en colaboración con HelpAge Internacional, una red global de organizaciones que promueven el derecho de todas las personas mayores a llevar vidas dignas, saludables y seguras, reveló que el 40 por ciento de los adultos mayores recibe la dotación de alimentos cada dos meses y que su contenido no dura más de 15 días. Se estima que tres de cada cinco venezolanos que han superado los 60 años, se van a dormir sin haber cumplido con sus requerimientos alimentarios; y uno de cada diez termina el día con hambre. Esto ha elevado los índices de enfermedades como la diabetes y la hipertensión, para las cuales hay escasez de medicamentos durante los tratamientos.

Celia dice que en Colombia ha podido controlar su presión arterial. Acude a médicos particulares, porque aún no forma parte del sistema de salud de nuestro país. Pero al menos ha tenido acceso a una ayuda especializada. La nación cafetera tiene sus ventajas, pero ella no descarta regresar algún día al país donde nació.

## Contar sus propias historias

Evalú Pereira tiene 45 años y nació en el estado de Zulia, al igual que Zaida, Zully y Celia. Es una mujer segura y de apuntes divertidos, pero su buen humor no le impide hablar con sinceridad de aquello que le molesta. Su altura impone y su voz resuena por los lugares que recorre. Es licenciada en Administración de Empresas, con mención en Gerencia y Mercadeo de la Universidad Alonso de Ojeda en Maracaibo; y especialista en Metodología de la Investigación. Tiene tres hijos, es abuela y líder de la organización Venezuela Migrantes por el Mundo. Si todo sale bien, pronto será la autora de un libro que llevará el mismo nombre y recopilará historias de vida y testimonios de migración de decenas de sus compatriotas.



En abril del 2016, al llegar a Ipiales, tuvo que dejar de lado sus pretensiones profesionales y reconocer que probablemente no podría ejercer su profesión. “¿Qué hago?”, se preguntó muchas veces entre lágrimas. Halló una buena oportunidad en el maquillaje y los servicios estéticos. Un día, mientras recorría las calles ipialeñas, alguien le preguntó que si podía arreglar cejas. Ella recordó que lo había hecho en su juventud, y también tenía habilidades en peluquería, sabía aplicar keratina, arreglar uñas, hacer limpiezas faciales y conocía variados tratamientos de belleza. No tardó en posicionarse en ese campo.

Su vocación de servicio la llevó a presentarse en la Pastoral Social de Ipiales, como lo hacen muchos migrantes. Colaboró con la entrega de ayudas y aprendió a asesorar a sus coterráneos en temas de salud, vivienda, trabajo, derechos, permisos de permanencia, entre otros. No daba abasto con tantas solicitudes, por eso decidió convertirse en una “cazadora de líderes”, y en sus ‘cacerías’ conoció a Zaida, la mamá de Zully, quien además de trabajar para la Pastoral, era líder de Colvenz, una de las primeras organizaciones de apoyo a los venezolanos en esa ciudad andina. Al poco tiempo se hicieron muy buenas amigas y echarían a andar el proyecto Venezuela Migrantes por el Mundo.

En esa época Zaida acompañaba a su hija a repartir sancocho entre los inmigrantes que no tenían qué comer. Esta iniciativa personal de Zully, que llamaban ‘La Olla Solidaria’, se hizo posible gracias a su gestión y a la solidaridad de los vendedores del mercado local de la ciudad. “Lloraba con los caminantes, hubo escenas que me arrugaron el corazón”, recuerda, pero no dejaba de darles ánimo en su travesía.

Con el liderazgo de esta madre marabina –o ‘maracucha’–, un ejemplo para los adultos mayores, Evalú pudo brindarles ayuda a los migrantes que han superado los 60 años. Recordaba que una conocida le había reclamado, con humor zuliano, “¿Algún día tu organización va a tener en cuenta a los más viejos? ¡Si no lo hacen me va a dar un tabardillo! (una insolación)”. Desde entonces gestiona, junto con organizaciones de cooperación internacional y algunos esfuerzos de entes locales, programas especiales y diferenciados de atención para esta población –así no habrá ‘tabardillos’–.

Durante los días más duros de la pandemia su labor no fue fácil. Pero encontraron la mejor forma de ayudar. Crearon estrategias de apoyo para realizar actividades en casa, entregaron juegos y herramientas lúdicas para el entretenimiento de toda la familia, mientras esperaban la llegada de la normalidad, para poder tomar los cursos de costura y tejido a cargo de Zaida.



Evalú Pereira en el puente internacional de Rumichaca.



De izquierda a derecha: Evalú, Zully y Zaida, en la terminal de transportes de Ipiales, una de las paradas habituales para los migrantes que se dirigen a Ecuador. En este lugar comenzó su nueva vida. Las tres lucen la chaqueta que identifica a la organización Venezuela Migrantes por el Mundo, de la cual son líderes.



“Colombia me ha dado muchas oportunidades, aquí volví a construir mi vida y están todas las personas que quiero”, dice Evalú.

## Ayuda urgente y necesaria

Como lo afirma Marianela Herrera, directora del Observatorio Venezolano para la Salud y profesora del Centro de Estudios del Desarrollo de la Universidad Central de Venezuela (CENDES), las enfermedades cardiovasculares, la diabetes, la hipertensión, la anemia, la pérdida de peso y el déficit en vitaminas y micronutrientes como el hierro y el calcio son algunas de las afecciones más frecuentes entre los migrantes mayores. Ella es enfática al reclamar una ayuda “urgente y necesaria” para estos ciudadanos que hoy “están relegados y por fuera de una serie de atenciones a las que tienen derecho, especialmente por ser individuos que han trabajado y contribuido con el desarrollo de un país”.

Marianela, quien además es integrante del consejo directivo de la Fundación Bengoa para la Alimentación y Nutrición, recuerda que muchos abuelos se quedaron a cargo de sus nietos en Venezuela. Los cuidan mientras sus padres buscan un nuevo país donde establecerse. El dinero que estos envían a sus casas suele ser insufi-

ciente para cubrir los gastos básicos y asegurar una buena alimentación. En muchos casos los viejos prefieren dejar de comer, para que los menores puedan hacerlo; es una amenaza para su salud.

Si bien en su nación de origen su seguridad alimentaria está en riesgo, la situación no mejorará con tal solo cruzar la frontera a cualquier precio. Como lo indica un estudio realizado por HelpAge International, en 2020, en La Guajira, el 76 por ciento de los viajeros encuestados manifestaron que de este lado del mapa tampoco tienen alimento garantizado por la falta de dinero. “No reciben ayuda humanitaria, porque, generalmente, no están en el radar de las agencias internacionales; y porque existe la presunción de que estos auxilios que se destinan al grupo familiar cubren las necesidades de las personas mayores”, explica Marcela Bustamante, representante regional de esta entidad.

A los riesgos alimentarios se les suma el difícil acceso a las medicinas más básicas. El Losartán, esencial en el control de la hipertensión, cuesta cerca de 1 600 000 bolívares (0,90 dólares, o 3170 pesos colombianos). Si un pensionado suele recibir 1 200 000 bolívares, ¿cómo podrá acceder a este medicamento? ¿Quién cubrirá la diferencia? Una mala alimentación y la incapacidad de adquirir las medicinas conforman un binomio maligno para la salud de los adultos mayores.

Luis Francisco Cabezas, de la organización Convite, alerta sobre el uso de remedios caseros con los que muchos de ellos tratan de evitar o mitigar sus enfermedades. Es una opción que cuesta poco, pero al final podría cobrarse muchas víctimas. Al no ofrecerles las medicinas necesarias, el gobierno de Venezuela está incurriendo en una grave y sistemática violación de su derecho a la vida y a la salud. Sumado a esto, como explica Herrera, del Observatorio Venezolano para la Salud, “se comprometen el legado, la identidad y el desarrollo de nuestro pueblo”. Desde HelpAge, Bustamante agrega que la precaria nutrición y la falta de medicamentos aumentan el índice de discapacidad visual, física y auditiva, como lo reveló el citado estudio realizado en La Guajira; en este, el 55 por ciento de los encuestados aseguró presentar dichas afecciones.

Las estafas y la inseguridad son otros factores que afectan a los adultos mayores. Como les cuesta mucho entender las inesperadas variaciones del dólar en su país, son embaucados a diario en el proceso de cambio de divisas y remesas. Además, sufren la violencia física. En un estudio presentado por Convite en el primer semestre de 2020, se evidencia que 185 personas mayores habían fallecido debido a las agresiones de los delincuentes. Igualmente, se señaló que persistía el maltrato dentro del hogar, como resultado del confinamiento provocado por el covid-19.

## Volver, la única opción

“La voluntad de Dios es buena, agradable y perfecta”, afirma Horacio Ardila, un barranquillero que desde muy niño vivió en Venezuela y ha regresado, a sus 65 años, a su país de origen. En 1965 su padre, Horacio Tulio Ardila Alvarado, quien era arquero profesional, se marchó a tierras venezolanas porque sabía que allí podría progresar. Aunque era un buen portero, intuía que ni sumando las ofertas de los clubes de fútbol nacionales juntaría el dinero suficiente para darle mejores condiciones a su familia. En aquella época los futbolistas no tenían ni los salarios ni las garantías de los deportistas actuales.

El padre futbolista llegó a Venezuela durante el gobierno de Raúl Leoni Otero (1964-1969), opositor de la dictadura de Juan Vicente Gómez, y quien es recordado por la exitosa reconstrucción económica del vecino país. Se estableció en el estado de Aragua, en Maracay, donde encontró trabajo en Telares del Táchira y pudo seguir jugando al fútbol con el equipo de la empresa. Le costó unos meses establecerse, luego llevó a su esposa y a sus hijos, entre ellos a Horacio, quien tenía nueve años.

La familia abrió un taller de ebanistería, el cual recuerda con emoción, porque en ese lugar aprendió su arte, su profesión, y desde ese entonces se ha formado en otros oficios, como plomero, electricista y maestro de obra. Esta última ocupación le dio su jubilación en la empresa Petróleos de Venezuela (PDVSA).

Recuerda con mucha gratitud a ese país. Allí también se formó como pastor evangélico, vocación que practicó durante 17 años. “Me fue bien”, dice, pero su paz terminó cuando lo amenazaron después de haber demandado al Estado por incumplir en el pago de la remodelación de una escuela militar. Él ganó el caso, pero jamás recibió el dinero de las adecuaciones realizadas, “nunca me pagarán”.

Confía en el poder divino para encontrar la respuesta en este nuevo comienzo: “nos tocó duro, pero gracias a Dios, acá estamos con ganas de volver”.

Horacio viajó hasta Ipiales para encontrarse con su hija Patricia y su yerno Moisés. Llegó el 31 de diciembre del 2020 a las tres de la tarde. Tiene muy presente esa fecha porque el final de su viaje significó un alivio, y era tal vez el cierre de una etapa muy dolorosa: “Mi esposa murió hace cuatro años por una enfermedad pulmonar. A mi papá le diagnosticaron cáncer. Luego falleció un sobrino, y recientemente murieron mi hermano y mi cuñada que fueron afectados por el covid-19. Todos seguiditos. ¡Tremendo!”. De ninguno pudo despedirse.

A lo largo de su travesía oró por todos. Cuando se encontraba solo, sin fuerzas, sin dinero, porque fue víctima de un robo, y tras haber caminado 28 kilómetros, lo que equivaldría en términos deportivos a darle 100 vueltas a una cancha de fútbol, encontró 21 000 pesos en la carretera. Con ese dinero pudo pagarse un tiquete a Ipiales, “la Ciudad de las Nubes Verdes”, como la recuerda la famosa canción *Son sureño*, compuesta por Tomás Burbano e interpretada por la Ronda Lírica; una insignia de la identidad nariñense.

En su camino tuvo que enfrentar la discriminación y el rechazo de algunos colombianos, quienes incluso lo trataron de delincuente porque llegó caminando, “Al igual que muchos de los venezolanos que ingresan al país”, afirma. Pero él se ha dedicado a explicarles que, así como hay migrantes que cometen delitos, otros han viajado por necesidad y solo buscan un lugar para establecerse pacíficamente. Como diría Evalú Pereira, “la delincuencia no tiene nacionalidad”.

Pudo soportar la extenuante travesía gracias al estado físico que le dejó su pasado como deportista. Horacio enfatiza que otros adultos mayores necesitan atención especial, porque en el camino se encontró con muchas historias parecidas a la suya, y algunos no tenían ni las fuerzas, ni la habilidad para continuar: “se encuentran vulnerables y débiles para volver a comenzar”.

A menudo extraña el país donde creció. Echa en falta “todo”, su familia, sus amigos, las costumbres, algunos lugares, “pero aquí voy, con la fortaleza que me da el Señor”. En su calidad de retornado, planea darle la nacionalidad colombiana a su hija, para que pueda conseguir un empleo y mejore sus condiciones. Actualmente trabaja como líder de la Fundación Casa del Migrante y ahorra dinero para trasladar los restos mortales de su esposa, Modesta Oropeza de Ardila. Ella está sepultada en el cementerio de Turmero, distrito de Mariño, estado de Aragua, un espacio donde, debido a la pandemia, se construirá un horno crematorio. Su hija Melkys, quien aún está en Venezuela, adelanta los trámites del traslado pues no quiere que el cuerpo de su madre pase a una fosa común.

Zaida, Celia y Horacio han apostado por seguir caminando y con sus pasos dar ejemplo a las generaciones más jóvenes, demostrarles que la migración no distingue edades, lugar de residencia, creencias, orientación sexual o idioma; también recordarles los valores de los venezolanos, para que prevalezcan en el corazón de sus compatriotas.





02.



# Vivir cerca del peligro

Por **ALEXANDER CAMPOS SANDOVAL**  
Fotografías de **ANGIE TATIANA SERNA**

Hoy, la capital del Valle alberga a más de 60 000 ciudadanos del vecino país. El 73 por ciento de la población identificada por la alcaldía habita las comunas con mayores índices de pobreza y violencia, o han encontrado refugio en zonas de invasión. Muchos viven en espacios mínimos, reducidos, en condiciones precarias y, si tienen dinero para pagar un arriendo, no lo tendrán para comer. Las siguientes historias reflejan la realidad de estos viajeros que buscaban un hogar en la Sucursal del Cielo.



Yanira González (izquierda) y Elkin Chará (centro) conversan con Irma Rodríguez (derecha) sobre su situación migratoria.

Foto: **ALEXANDER CAMPOS SANDOVAL**

**A**

pie. A merced de conductores, campesinos y cualquier ser humano que le brindara agua o comida durante su viaje. El punto de partida: la frontera araucana; el destino, la Sucursal del Cielo. Ocho días tardó el esposo de Irma Rodríguez\* en abrir el camino que un año después seguiría ella desde su natal San Carlos, capital del estado Cojedes, al noroccidente de

Venezuela. Irma llegó a la terminal de pasajeros de Apure.

Allí tomaría un taxi hasta la orilla del río Arauca, el que cruzaría después de darle algunos pesos a un barquero de la región. Así llegó a tierras colombianas. Atrás quedaron todas las posesiones que acumulaba a sus 34 años: una casa propia, unos muebles, una estufa, una nevera y otros electrodomésticos de menor cuantía. Hoy Irma trabaja de noche en un restaurante y su esposo repara bicicletas en un taller. Pagan 240 000 pesos al mes por ocupar una de las tres habitaciones de una casa en el barrio Floralía, ubicado en la Comuna 6, al oriente de Cali.

En cada migración hay un anhelo. En el caso de Irma, pasar de propietaria en San Carlos a arrendataria en la Sucursal del Cielo, tenía una clara justificación: lograr que su esposo contara con la atención médica a la que no podía acceder en su país. “Mi marido está enfermo. Cada año debe practicarse una dilatación uretral,

procedimiento que en Venezuela, debido a la escasez de medicamentos, resulta muy costoso. Llegamos a Cali pensando que aquí lo atenderían, pero no se ha podido”, dice sentada en un corredor de la Cancha de las Américas, un polideportivo ubicado en el sector donde vive. Yanira González, coordinadora departamental de la organización Colonia de Venezolanos en Colombia (Colvenz), le explica a Irma que todos los migrantes irregulares, quienes no cuentan con el Permiso Especial de Permanencia (PEP), el Permiso por Protección Temporal (PPT) o una cédula de extranjería, no podrán ser dados de alta en el Sistema General de Seguridad Social en Salud. Sin esos documentos tampoco accederán a los sistemas laboral y educativo, ni a los programas gubernamentales de ayuda, entre otros.

Los datos presentados por la alcaldía en su compendio de gestión de la atención a migrantes, basados en las cifras de Migración Colombia para 2021, revelaron que en Cali viven 62 414 ciudadanos venezolanos. Según Diego Padilla, subsecretario de Atención Integral a Víctimas, “los extranjeros están contabilizados porque entraron con pasaporte. El subregistro es alto y los indocumentados son la verdadera emergencia humanitaria”. Sin embargo, poco más de la mitad de la población registrada en la ciudad cuenta con PEP; los datos de Migración Colombia indican que para 2018, año en que se realizó la última fase de entrega de este permiso, solo hubo 37 211 beneficiarios en Cali.

Yanira González también es migrante. Nació en Maturín, capital del estado Monagas, ubicado al nororiente de Venezuela. Se

casó con un barranquillero y, cuando se agudizó la crisis económica en el país vecino, los dos decidieron probar suerte en la capital del Atlántico. De Barranquilla viajaron a Pasto, donde estuvieron un tiempo, para luego trasladarse a Cali, que se ha convertido en uno de los principales puertos de llegada de los migrantes venezolanos a Colombia, así se aprecia en un mapa realizado en 2017 por la Secretaría de Educación Distrital de Bogotá y la Corporación Opción Legal.



## ¿Donde vivir?

Elkin Chará, líder comunitario del oriente de Cali, le pidió a Yanira dictar un taller para integrar a los migrantes de Florealia. “Acá llegan muchos venezolanos al sector del jarillón porque el costo de la vida es muy bajo. Se puede alquilar un cuarto por 100 000, o por 120 000 pesos”, afirma. Y explica que la población de extranjeros que él tiene referenciada se dedica, en su mayoría, al trabajo informal.

Colombia, como lo recuerda el académico Mauricio Palma, ha sido un país del que se emigra; sin embargo, Cali se convirtió en una ciudad receptora de extranjeros. Durante el siglo pasado, allí encontraron su hogar numerosos migrantes libaneses, judíos y japoneses, entre otros. La capital vallecaucana, además, se ha expandido de manera inesperada desde 1960, década en la que crecieron barrios como Siloé, Terrón Colorado o Meléndez. En los años setenta y en el decenio de los ochenta surgieron El Diamante, Charco Azul, San Luis y muchos más. Para 2010, el 44 por ciento de la ciudad estaba conformada por asentamientos subnormales, poblados por desplazados de otros municipios del Valle y de departamentos como Chocó, Nariño y Cauca.

Como lo sugiere Chará, los migrantes venezolanos se ven obligados a poblar las periferias y las zonas deprimidas de esta capital, al igual que lo hicieron en su momento las víctimas del desplazamiento armado, porque son las únicas que pueden pagar con sus inestables fuentes de ingresos.

Según los datos de la Subsecretaría de Víctimas, una dependencia de la Secretaría de Bienestar Social encargada de la orientación y la atención a los migrantes de Cali, la comuna 6 es la que alberga la mayor cantidad de ciudadanos venezolanos, con 3361 de ellos. Le siguen en su orden las comunas 1 (3294), 18 (2926), 15 (2864) y 21 (2393).

Dentro de las 10 comunas donde se ha establecido mayoritariamente la población venezolana, se cuentan las cinco que han presentado las tasas más altas de homicidios entre 1998 y 2018, de acuerdo con cifras publicadas en agosto de 2019 en el portal de datos abiertos de la Secretaría de Seguridad y Convivencia Ciudadana de Cali. Estas son las comunas 13, 14, 15, 20 y 6. “Los migrantes que viven en estos sitios están expuestos a diversos peligros. Puede que alguien les ofrezca dinero para cometer un asesinato o, en el caso de las mujeres, para ejercer la prostitución y, ante sus carencias monetarias, quizá se vean tentados a aceptarlo”, dice Chará.

Una de las actividades ilegales en las que se podría incurrir es la invasión de terrenos públicos y la instalación de asentamientos irregulares, un problema que Cali arrastra desde hace décadas. En mayo de 2021, el alcalde Jorge Iván Ospina amenazó con deportar a los venezolanos que habitan estos asentamientos.

El jarillón del río Cauca está ubicado al oriente de Cali, es un gran muro de 17 kilómetros de extensión que se encarga de contener este cuerpo fluvial e impedir que sus aguas inunden los barrios ubicados cerca de sus orillas. Uno de ellos es Florealia, que forma parte de la comuna 6, un epicentro de inmigración; el

hogar de Irma y Yanira. Si las paredes del jarillón cedieran y el río se desbordara, habría una catástrofe ambiental y económica en la ciudad. Como se menciona en un especial del diario *El País* de Cali, las pérdidas sumarían cerca de siete billones de pesos, y la Sultana del Valle “tardaría 25 años en reconstruirse totalmente”. Sucesivas alcaldías han buscado desalojar y reubicar a las familias asentadas sobre esta margen, pero las necesidades de los migrantes los han llevado a exponerse a los riesgos de habitar ese espacio, dificultando más el proceso.

Desde su oficina en el edificio de la Alcaldía de Cali, el subsecretario de Vivienda Junior Lucio Cuéllar admite que para una ciudad de dos millones y medio de habitantes, como la capital del Valle, “el ingreso de 81 000 personas nuevas, que es la estimación que manejamos en la dependencia, nos aumenta el déficit en materia de vivienda”. El funcionario hace referencia, por supuesto, al fenómeno migratorio de Venezuela para el que, en sus palabras, “no estábamos preparados”.

## “No tenemos nada de eso”

Jeimy tenía 41 años cuando Jeimer, su único hijo, despertó una mañana sin poder pararse. Se arrastraba por la casa confundido y embargado por el miedo. Su trastorno por déficit de atención e hiperactividad (TDAH) no tenía terapias de seguimiento hacía varios meses y la abrupta detención de su tratamiento, a causa de la escasez de medicinas en Venezuela, comenzaba a mostrar sus perjuicios.

Por eso hace tres años decidió abandonar Maracay, estado Aragua, donde siempre había vivido y trabajado, para migrar a Cali, donde su esposo se encontraba desde un año antes. “Hoy nuestro hijo está mejor. Recibe terapias en la iglesia La Milagrosa. Lo aceptaron aun siendo venezolano, como un caso excepcional, porque lo refirió el colegio”, explica Jeimy, quien tiene un puesto de dulces y golosinas a las afueras de la institución; con las ventas obtenidas se sostiene actualmente.

Antes de migrar a Colombia, Jeimy llevaba una buena vida en Maracay. Tenía un apartamento y un buen salario, trabajaba con el Ministerio de Hábitat y Vivienda de Venezuela identificando a la población vulnerable apta para recibir la asignación de una casa. Sin embargo, la pregunta que se hizo antes de salir de su

país resume la situación de cientos de migrantes: “¿qué haces con el dinero si no hay nada para comprar con él?”.

En Colombia su realidad económica es diferente. Ahora que ella y su familia se alojan en el barrio San Antonio, en el centro de Cali, el dinero apenas les alcanza. “Pagamos 680 000 pesos de arriendo, sin servicios. Cada mes, para saldar las cuentas pendientes, necesitaremos más de 900 000 pesos. Antes podíamos comprar comida; hoy no. Hemos visto lugares más económicos, pero nos piden papeles y fiadores y no tenemos nada de eso”, dice Jeimy, quien es una migrante irregular.

Para los extranjeros como ella, que aún no cuentan con un permiso de permanencia y tienen pocos recursos, hallar un espacio cómodo y seguro donde vivir se convierte en un anhelo difícil de lograr. “Hemos discutido con la Agencia Francesa para la Cooperación y con el Ministerio de Vivienda la posibilidad de apoyar con un subsidio de arrendamiento a estas familias. Pero hoy, ni el municipio ni el gobierno central tienen acondicionado el marco normativo para brindarles subsidios a las personas que no tengan nacionalidad colombiana”, explica el subsecretario Junior Lucio.

Con su experiencia en el sector de vivienda venezolano, Jeimy opina que la situación habitacional de Colombia es muy negativa. “Vivir aquí es muy costoso. La gente se muere sin poder acceder a una casa. ¿Por qué un colombiano, a pesar de todo lo que se esforzó, todo lo que trabajó y aportó al Estado, no puede conseguir un lugar propio donde establecerse?”.

Y se mostró sorprendida por la distinción de nacionalidades que se hace en el país. “En los urbanismos que nosotros entregamos en Venezuela siempre había colombianos o chilenos, y nunca nos preguntábamos por su procedencia; lo que nos importaba era que esa persona o esa familia en realidad necesitara su vivienda”, afirma Jeimy, quien sí ha sentido la discriminación en su búsqueda de un nuevo hogar. “Cuando se dan cuenta de que eres extranjero, te dicen que los disculpes, pero que han tenido malas experiencias con arrendatarios de otros países, y te cierran las puertas”, concluye.

El subsecretario Lucio argumenta que solo el gobierno nacional está en capacidad de ofrecer casas gratuitas y que, pese al vínculo histórico de nuestro país con Venezuela, los subsidios de vivienda en Colombia están pensados de manera complementaria al ahorro, al patrimonio o a los créditos bancarios. “Hay múltiples razones por las que no podemos entregar casas a los migrantes. Pero es la ley existente la principal razón para que esto no suceda”, y recuerda que el nuevo Estatuto Temporal de Protección ayudará a que las condiciones de los extranjeros irregulares mejoren y tengan un trato más igualitario.





Jeimy y Jeimer en una fiesta de Halloween organizada por Colvenz, para niños y niñas de familias migrantes, el pasado 31 de octubre.



Yanira González, quien en sus talleres debe explicarles el estatuto a las comunidades venezolanas de los barrios de Cali, no siente tanto entusiasmo por la nueva normativa. “La idea de este proyecto es darnos un plazo de 10 años para adquirir una visa de residente que oscila entre un millón y tres millones de pesos”, explica. Una década en que los migrantes no tendrán estatus de ciudadanos ante las instituciones colombianas, poniendo en entredicho permanente la posibilidad de que se queden y formulen aquí sus proyectos de vida.

## El lote de la discordia

La distinción entre ser o no una ciudadana válida, legal, “regular”, la ha padecido Edmariee Valerio, una migrante de 29 años, también proveniente de Maracay. Aunque lleva casi seis años en Colombia y tiene un hijo nacido en Cali, ha sido víctima de la xenofobia.

Según los datos de Migración Colombia, el éxodo venezolano hacia nuestro país se acrecentó a partir del cierre de la frontera con Colombia en 2015, declarado por la República Bolivariana. Hasta 2014, había 23 573 venezolanos en el país, cifra que para 2016 se había más que duplicado (54 747). En 2017 llegó una gran ola migratoria que elevó el registro a 403 702 y desde entonces no ha parado de crecer hasta ubicarse en 1 842 390 en agosto de 2021.

Edmariee y su esposo fueron parte de la segunda oleada. Ella recuerda que en ese momento no habían llegado muchos de sus compatriotas a la capital vallecaucana, así que el trabajo era más abundante y se pagaba mejor. Por esa razón su esposo, maestro de construcción, pudo ahorrar lo suficiente para comprar un lote de ocho millones de pesos en Montebello, un corregimiento ubicado al noroccidente de Cali.

Sin embargo, mientras conseguían los materiales para construir su casa en el lote, empezaron a ser hostigados por los vecinos. “Nos insultaban, nos decían que cómo era posible que unos venezolanos consiguieran plata para comprar un terreno, que eso no estaba bien”, narra Edmariee. Finalmente, según su relato, los habitantes de la zona comenzaron a cerrarles la vía de acceso al lugar y la pareja migrante se dio por vencida. “Yo conocía mis derechos, pero para evitar más xenofobia, le regresé el lote a la señora y le pedí que me devolviera el dinero” concluye la joven.



Edmariee Valerio con sus hijos Camila y Carlos Ariel, de 6 y 2 años respectivamente.



## Hogares a cuestras

De acuerdo con las estadísticas de la Fundación Renacer Esperanza, creada y administrada por migrantes venezolanas en Cali, buena parte de esta población habita en las zonas de ladera de la ciudad. Tan solo en Montebello hay 215 familias identificadas. Otras 42 se encuentran en el corregimiento de Golondrinas. Entre las veredas de Castilla, Pedregal y La Paz se cuentan alrededor de 35. En la vereda Campoalegre se registran 102 y en el sector de Aguacatal, 156.

Aquí los retratos de las personas que encabezan algunas de estas familias:

## Gladys Tovar, 33 años

Proviene de Caracas. Ella y su esposo invirtieron todos sus ahorros en la compra de una casa en Barquisimeto. Sin embargo, el padre de Gladys enfermó de cáncer y, mientras ella iba y volvía de la capital, otra familia invadió su hogar. “Había una ley que prohibía desalojar a mujeres con hijos, así que no los pudimos sacar de allí”, cuenta.

Tras perder todo lo que tenía, decidió emigrar. Lleva cinco años y medio en Cali. Su esposo vino antes y ella viajó un mes después. Él llegó primero a La Mesa, Cundinamarca, “pero los arriendos allá eran muy caros”, explica. En la Sucursal del Cielo vivieron primero en el barrio La Base, en casa de un familiar del marido de Gladys. Allí pagaban un arriendo de un millón de pesos entre cinco personas.

Al empezar a trabajar pudieron independizarse en Montebello, donde abonan una cuota de 300 000 pesos mensuales. “En Venezuela ejercía el oficio que estudié, era profesora de preescolar. En Cali he trabajado de cajera, de mesera, de recepcionista, ¡qué no he hecho! Al final me alegra porque he aprendido de todo”, afirma Gladys, quien asegura que le gustaría radicarse en Colombia. Cuando realizamos la entrevista, estaba en embarazo de su primera hija, hoy bautizada como Alanis.





## Marisela Briceño, 32 años

Llegó a la Sultana en 2018. Dejó su país porque buscaba una mejor vida para sus dos hijos, a los que no tenía cómo alimentar en Venezuela. Además, estaba en embarazo de su tercer bebé. Su esposo se había radicado en Cali desde enero de 2017. Es mecánico de motos en la carrera 15. Cada mañana paga 2200 pesos para viajar en un vehículo Jeep hasta su lugar de trabajo. La familia vive en un apartamento de 40 metros cuadrados, con dos habitaciones, que le cuesta 350 000 pesos de arriendo al mes.

Marisela no quiere quedarse en Colombia. “Tuve problemas con un señor que vive en el apartamento de abajo. Me dijo de todo porque los niños estaban haciendo ruido y no lo dejaban dormir; hasta me amenazó con una pistola”.



## Daniel Guerra, 33 años

Es bailarín y profesor de *break dance*, vive en Colombia desde hace casi cinco años: “Decidí emigrar porque en mi país me resultaba imposible realizar algunos de mis proyectos”.

En Valencia, su tierra natal, tenía una casa propia con los equipos y el acondicionamiento que requería su escuela de baile. “Estábamos empezando una pequeña empresa, organizábamos eventos, hacíamos franelas [camisetas]”.

Actualmente paga 400 000 pesos de arriendo, con servicios incluidos, por un hogar para su esposa, su hija y él. Casi a diario viaja al casco urbano de Cali para trabajar con su equipo. “Nos ganamos la vida con nuestras presentaciones callejeras, como se dice vulgarmente: ‘pasando la gorra’. Vivimos de lo que las personas nos dan. ¡Gracias a Dios nos ha ido bien!”.







## Jisberlyn González, 26 años

Viajó a Colombia en abril de 2021, cuatro meses después que su esposo. Los dos vivían en La Miel, estado Lara. Cada uno tenía su casa propia. “La situación en Venezuela era muy difícil. No nos daba para nada. Estaba embarazada de ella (mira a la bebé que carga en sus brazos) y no me podían hacer los controles ni me atendía el médico, entonces me vine para acá. Y fue lo mismo, solo me atendieron hasta que tuve los dolores de parto. Di a luz en urgencias”, relata Jisberlyn.

Daviali, su hija, nació en Colombia y tiene EPS pero, según cuenta, sigue siendo difícil que algún especialista la atienda. Jisberlyn, su esposo y sus dos hijos viven en una habitación por la que pagan entre 205 000 y 220 000 pesos, dependiendo del valor mensual de los servicios públicos. En la casa hay cuatro cuartos en arriendo. Tres están ocupados por familias venezolanas y uno por una pareja colombiana.



## Yoleida Nataly Dávila Puentes, 35 años

Nació en San Juan, estado Mérida. Vivía con sus padres y su niño mayor. “Él tendría 4 o 5 años cuando decidí venir. Sufría de anemia, era necesario hacerle un tratamiento, pero en Venezuela no se podía”, afirma.

Una prima se ofreció a recibirla en Cali. Ante la falta de dinero les pedía a los choferes de los buses que la llevaran gratis junto a su hijo. Algunos accedieron, pero tenía que viajar de pie. Al llegar a la capital del Valle consiguió empleo cuidando a una mujer mayor. Ganaba 100 000 pesos a la semana y con eso pudo contribuir al alquiler de una habitación que costaba 240 000 pesos al mes, donde vivió un tiempo con dos de sus hermanos.

“Quisiera quedarme. Pero aquí todo es costoso y las oportunidades son mínimas. No valoran el trabajo de uno”, afirma Nataly, quien hoy está desempleada y sufre complicaciones de salud a raíz de su hipertensión y de la preeclampsia que enfrentó durante el más reciente embarazo.

## Una tarde de superhéroes

La única hija de Eglis García juega y baila junto a decenas de niños en la escuela República del Brasil, ubicada en Altos de Menga, una zona alejada, al norte de Cali. Este sector fue transformado en un espacio habitable por las manos de decenas de vecinos y a él han llegado muchos inmigrantes venezolanos desde 2017.

Eglis forma parte de ese grupo. Proveniente de los Valles del Tuy, zona rural del estado Miranda, dejó su país natal hace cuatro años después de entender que su trabajo en Venezuela no le daba el dinero suficiente para vivir y poder alimentar a su hija, que en esa época tenía cinco años. Con su cuñado y su hermana caminaron 900 kilómetros hasta Cúcuta y allí les dieron un “aventón” hacia Bogotá. Su viaje fue doloroso. En el trayecto a Cali estaba deshidratada y estuvo a punto de caer desmayada por falta de alimento. Pero en esta tarde soleada del último sábado de octubre de 2021, viendo la alegría en el rostro pintado de su hija (que ya tiene nueve años), siente que cada esfuerzo valió la pena.

El evento, organizado por Colvenz y la junta de acción comunal de Altos de Menga, es un espacio de integración para los niños, sin importar sus nacionalidades. Es el día del Halloween, una festividad que muchos venezolanos no celebran, por eso en este encuentro hay niñas y niños que lucen disfraces de superhéroes y supervillanos, y otros que apenas se acercan con timidez para que alguien les haga un dibujo en la mejilla.

Eglis, según sus propias palabras, trabaja “cuidando niños, limpiando casas y lo que salga”. Está ahorrando dinero para pagar una operación y retirarse la pila anticonceptiva que se hizo implantar en uno de sus brazos el año pasado, cuando fue recluida en el Hospital Universitario del Valle tras perder un bebé. “Sentía que me moría. Tenía la presión en 13 y me hicieron una transfusión de sangre”, relata. Sin embargo, sintió nuevas complicaciones con la pila: “Me está subiendo la presión, me está dando mareo, engordé. Mi cuerpo ya la está rechazando”.

Solo por un momento se rompe la armonía de esta tarde; las organizaciones de cooperación internacional, en estricta veeduría de los recursos que dan a Colvenz, le exigen a Yanira que cada dulce, cada globo y cada refrigerio se entregue a un niño venezolano. Esto provoca, sin quererlo, una nueva segregación. Los niños colombianos, también miembros de familias vulnerables, se quedan en la puerta esperando que sobre algo para ellos. Por fortuna, la organización comunal ha preparado otros regalos y los entrega sin distinción.



En el centro, Eglis García, acompañada por su hija (izquierda) y la hija de una vecina, en la celebración de Halloween de Altos de Menga, el pasado 30 de octubre.

Eglis afirma que la vida en Altos de Menga es tranquila y que con el trabajo que hace “se puede comer”. Además, cuenta que los vecinos les han tendido la mano muchas veces y les han ayudado con el alquiler. “Pago 80 000 pesos mensuales y vivo con mi niña en un cuarto”, dice. La fiesta termina y los vecinos se despiden amigablemente. Eglis debe regresar a Venezuela cuando su hija cumpla la mayoría de edad para que obtenga la cédula de ciudadanía. Ambas quieren quedarse a vivir en Colombia. Colaborar en la mezcla de nacionalidades que componen aquel barrio festivo y recién nacido. Como ellas, las familias venezolanas desperdigadas en el jarillón, en las laderas, en cada comuna y corregimiento de la ciudad, esperan integrarse, al margen de la xenofobia y las limitaciones económicas, en los espacios que albergan transitoria o definitivamente a sus familias tras la crisis.



Las canoas son el único medio de transporte que tienen los migrantes para pasar a territorio colombiano en esta zona de frontera.



03.



# La gran serpiente fluvial

Fotografías y texto por **WILLIAM WIELMAN**

**El río Arauca es uno de los epicentros de la migración venezolana a Colombia. Ya sea de manera permanente o pendular, miles de personas cruzan estas aguas que unen y dividen nuestros países. El autor de las siguientes líneas nos presenta las historias de Silvia y Gerald, dos venezolanos que se asentaron en cada una de sus orillas.**

C

on mucha precisión, las manos de Silvia Rangel pasan un trozo de tela entre el prensatela y la aguja de su máquina de coser de color blanco. La pieza se convertirá en una blusa de crepé para una de sus clientas más fieles, que espera sentada en la sala de la casa, ahora convertida en un taller de confección y costura. Las blancas y acicaladas manos de Silvia se mueven al compás del

tucu-tucu que produce la cosedora, al mismo tiempo que enfoca la vista para no perder el ritmo con cada puntada. Su cuerpo descansa en una silla de metal bastante maltrecha por el uso y, debajo de ella, ante sus pies, duerme plácidamente el guardián de su hogar: un cachorrito de raza criolla que lleva por nombre Kiki.

Muy cerca, en la cocina, uno de los hijos de Silvia, José Antonio, de 23 años, pone a hervir el agua para preparar el acostumbrado café de la tarde en un colador de tela ennegrecido, que espera les ayude a espantar el sueño que los seduce luego del almuerzo. Cuenta su madre que José Antonio ha sido su principal acompañante en tierras extranjeras: fruto del ruego incesante para que renunciara a su trabajo en un banco, por la inseguridad que tiene azotado a su país de origen, Venezuela.

Su hogar lo conforman ahora cuatro paredes construidas con ladrillo y techo de zinc, divididas en dos habitaciones, un baño,

una cocina y una pequeña sala-comedor, que a su vez funciona como su lugar de trabajo. La fachada es una pared marcada por las irregularidades dejadas entre bloque y bloque en la que se destaca el color rojizo. Una gran puerta de metal da la bienvenida a los visitantes, y a la derecha de esta, sobre la ventana, cuelga de un alambre improvisado un cartel publicitario que anuncia “Diseños y alta costura en ropa femenina”.

Asentada en el barrio La Granja, al sur de Arauca, un sector popular alejado del ruidoso y congestionado casco urbano, marcado por la tranquilidad de sus paisajes rurales, Silvia pasa sus días con la idea de mudarse a un mejor sitio, ya que le resulta muy incómodo ser víctima de un ejército de zancudos que proliferan en un predio baldío cercano. En su rostro a veces se asoma un sentimiento de nostalgia al recordar su antiguo hogar, el cual describe como una linda casa esquinera en la que vivía tranquilamente.

A pesar de estar a más de 570 kilómetros de distancia de su amado Cabudare, en el estado Lara de Venezuela, Silvia aún recuerda cómo en agosto de 2017 llegó a Colombia y en canoa atravesó esa carretera natural de agua conocida como el río Arauca, con la misión de confeccionar un vestido de novia para una de sus hermanas en la fe. Como testigo de Jehová, vinculada por años a la Congregación de Veritas de su tierra natal, Silvia no imaginó que su férrea creencia le permitiría abrirse caminos de este lado de la frontera.

## El río de la libertad

El Arauca es más que una simple arteria fluvial: es la frontera entre los dos países y, visto desde arriba, sus aguas parecen una carretera que serpentea entre las llanuras. Es un lugar donde la nacionalidad pasa a un segundo plano en el ajeteo diario de quienes atraviesan sus aguas, pero donde cobra fuerza cuando se trata de hacer valer derechos y cumplir responsabilidades.

En ocasiones, debido a la sequía, los navegantes confundidos y desorientados se preguntan en qué lado de la frontera se encuentran. Sus aguas turbias recorren 296 kilómetros com-



Canoeros que atraviesan el río Arauca.

partidos entre las dos naciones, pasando por varios centros poblados. Durante años, los campesinos han aprovechado las bonanzas que brotan de sus profundidades, que durante la ribazón (la llegada de los peces) sirven de sustento a las familias ribereñas, tanto de esta orilla como de la otra. El transporte de los productos del campo por este río ha recortado distancias y tiempos para quienes se empeñan en comer alimentos frescos, recién salidos de la tierra. ¿El temor de quienes atraviesan sus aguas? Trambucar, la palabra que usan los llaneros para referirse a cuando se voltea una canoa.

Este río, además de ser fuente de alimento, se ha transformado en un símbolo de liberación para muchos migrantes que huyen de Venezuela en busca de una oportunidad en Colombia. Diariamente, un flujo constante de personas cruza por sus aguas, a veces turbulentas y a veces calmadas, con el único objetivo de calmar necesidades en cuanto a alimentos, medicinas, incluso empleo, que no consiguen en Venezuela.

Silvia trabaja en el lado colombiano y es una de los 550 000 venezolanos que, según datos de Migración Colombia, para el año 2017 ya se encontraban en este territorio. No estar legal en este país despertaba su intranquilidad, hasta que un día se ente-

ró de una jornada de registro a venezolanos, que se llevó a cabo muy cerca al río Arauca. Solo su cédula y una fotografía bastaron para ingresar en el Registro Administrativo de Migrantes Venezolanos (RAMV), con el que luego accedió al Permiso Especial de Permanencia (PEP), y así pudo gozar de servicios básicos en salud, educación y trabajo. Eran buenas noticias para Silvia, luego de varios meses de incertidumbre.

El RAMV fue un primer paso de las autoridades colombianas para obtener toda la información posible sobre los migrantes en el territorio. Estos datos han servido para el desarrollo de otras políticas de atención humanitaria, entre ellas el PEP, con el que se ha ampliado, por parte del Estado, el acceso de los venezolanos a derechos.

Migración Colombia, la entidad oficial encargada del control fronterizo, contabilizaba, al cierre del año 2020, 1 729 537 venezolanos en todo el territorio nacional, de los cuales 762 823 son regulares. En el departamento de Arauca, la presencia de residentes alcanzó las 44 503 personas y solo en el municipio capital se cuentan 21 963 migrantes; Silvia es una de ellos.

Sin embargo, por la deficiente comunicación y coordinación entre las autoridades de ambos países para afrontar la migración y el escaso personal para el registro, no se tiene un dato exacto sobre el número de venezolanos que ingresaron de forma irregular, lo que ha convertido al río Arauca en un punto con poca presencia institucional para llevar un control en este paso fronterizo.

## ‘Restaurant Oslidy Marisquería’

Del otro lado del río, del otro lado de la frontera, Gerald Quintero se pregunta qué sería de él sin el don que su madre tiene para la comida de mar, pues fueron las manos de doña María las que lo llevaron a un pueblo venezolano cercano al río. Más de 220 kilómetros de distancia en cuatro horas de viaje en carro tuvieron que recorrer para llegar a su hogar actual.

Gerald y su madre dejaron atrás las empinadas calles de la ciudad de San Cristóbal, en el estado Táchira, y las cambiaron por las planicies de un humilde pueblo del Apure: El Amparo. Allí, Gerald, junto a su mamá, su hermana y su padrastro, han mantenido por años un restaurante, que ha sido un espacio de





encuentro y de reuniones familiares, de amigos e incluso de grupos de trabajo, donde la cazuela de mariscos o la paella inundan de aromas y sabores todo el lugar.

Don Gilberto Osman, un ampareño visionario y emprendedor, fue el fundador que dio el nombre de 'Los Oslidy' a este restaurante en 1986. Era un sitio muy elegante para la época, cuando este pueblo fronterizo, paradójicamente, era un punto de encuentro para aquellos que buscaban algo nuevo que disfrutar: cervecerías, sitios de comida, fuentes de soda, minicoliseos para las peleas de gallos y hasta discotecas al mejor estilo de Ciudad Gótica. Era un lugar de reunión familiar, tanto para venezolanos que venían del centro del país, como para colombianos que decidían recorrer cinco kilómetros, ya fuera en carro o en moto, y atravesar el puente internacional José Antonio Páez, el único paso terrestre y tangible que mantiene unidos estos dos países, pero que, desde el 2015, intermitentemente cierra y abre sus fronteras tras los desacuerdos políticos entre los presidentes Nicolás Maduro y Juan Manuel Santos. Pero esto no ha sido impedimento para aquellos migrantes que se arriesgan a pasar por trochas y llegar a tierra colombiana.

Pegado al muro del restaurante, un aviso con luces de neón anuncia "Restaurant Oslidy Marisquería. Siga", y señala a la dere-

Cerca de dos minutos tarda el recorrido desde Venezuela hacia la frontera colombiana.

cha una gran puerta de vidrio que da la entrada a los invitados. Ya dentro, el piso de un intenso color vino tinto contrasta con la blancura de los techos, de los que cuelgan varias lámparas de luz amarilla, adornadas, cada una, con plantas enredaderas artificiales.

El lado derecho del salón resalta por la particularidad de los cuadros que adornan la pared de ladrillo y que tienen los rostros en blanco y negro más representativos de la música y del cine: Elvis Presley, Marilyn Monroe y Charles Chaplin. Al fondo, un viejo piano Bernh May Berlín del siglo XIX, con algunas de sus teclas dañadas producto del implacable paso del tiempo, sirve de parador de un disco de vinilo del cantautor de música llanera Reynaldo Armas, un álbum grabado en el año 1993.

No es coincidencia que ese disco esté ahí; después de todo, Armas se inspiró en el río Arauca y compuso canciones como *Arauca, río y pueblo*, con la que muchos migrantes se han identificado al atravesar sus aguas:

*“Tu cauce vive albergando recuerdos*

*en verano y en invierno,*

*noche y día resulta igual*

*un canto libre de Colombia y Venezuela,*

*río Arauca es lo que lleva*

*tu gran serpiente fluvial”.*

Gerald ha sido testigo de muchas historias marcadas por estas aguas, incluyendo la suya. Sentado y con los brazos reposando sobre una mesa de madera oscura, cuenta lo difícil que ha sido para él y toda su familia mantener a flote su negocio, ya que se convirtió en toda una odisea conseguir y adquirir los productos que necesita para su restaurante. “No podemos sacrificar la calidad con malos productos y, si no conseguimos algo, aprendemos a hacerlo; por ejemplo las salsas, aquí todos nos ponemos al día buscando recetas sobre cómo preparar salsas, vemos videos... Siempre nos estamos capacitando”, dice.

## Migrantes pendulares

Reacio a dejar su país, Gerald aún cree en Venezuela y por eso se mantiene en su decisión de no abandonarla, a pesar de ser víctima de los coletazos que ha dejado la crisis económica, como la escasez. Sin embargo, cree que el río Arauca es su salvavidas a la hora de ir a Colombia, pues necesita llenar los anaqueles de su cocina para poder mantener su negocio de comidas.

Ir a Colombia se volvió para Gerald una rutina, se despierta a las seis de la mañana, se toma un café y se alista para una larga jornada de compras de aquello que empieza a mermar en la alacena. Mira con frecuencia el reloj en su mano izquierda para no olvidar la hora de diferencia entre Colombia y Venezuela. Sale de su casa y a menos de 50 metros se encuentra con el popular “paso de las canoas”, un lugar que se asemeja a una plaza de

mercado, donde decenas de personas se rebuscan para vender algo a los migrantes, que hacen una última parada antes de cruzar al país vecino. Custodiadas por militares venezolanos de la Guardia Nacional, unas escalinatas de concreto de colores amarillo, azul y rojo conducen al dique perimetral: una parte elevada en la que se contempla todo el ancho del río, un lugar que permite ver cómo bajan sus aguas y se pierden en el horizonte en una fusión idílica con el cielo azul de los llanos.

Una sogá mantiene sujeta una canoa a la orilla del río Arauca, junto a ella, otras cinco embarcaciones reposan en el agua, a la espera de ser abordadas por migrantes que huyen de los problemas en Venezuela. Unos sin intenciones de volver, otros con la esperanza de regresar. En medio de ellos está Gerald, un hombre que decidió que con su familia haría todo, y sin ella nada, y quien asegura que mantendrá su hogar y su trabajo de ese lado del río, en El Amparo.

Ya en Arauca, Gerald sabe a lo que va. Su recorrido inicia en los supermercados, lugar donde adquiere casi toda la canasta familiar e ingredientes para su negocio. Con frecuencia busca alimentos como pan, aceitunas negras, pasta sin gluten, estevia, pepperoni y mejillones importados. Son imposibles de conseguir en Venezuela. La lista de productos no termina ahí: frutas, verduras y hasta artículos de aseo y limpieza se suman al carrito de compras.

Su paso por Arauca puede durar seis horas o más, y su recorrido incluye varios establecimientos comerciales. En algún momento de corto descanso, Gerald aprovecha para tomar y comer algo en una panadería cercana. “A veces resulta agotador y, en el peor de los casos, no encuentro varias cosas que necesito”, comenta. Antes de regresar, Gerald toma un taxi para movilizar su carga nuevamente a la orilla del río, donde una canoa lo regresa a su querida Venezuela.

Él es uno de muchos venezolanos que viven entre los dos países, que forman parte de un fenómeno migratorio de esta zona de frontera, entre Arauca y El Amparo. Se les llama migrantes pendulares, aquellos que están asentados aún en Venezuela y transitan regularmente a Colombia para abastecerse de víveres, medicinas, ropa, calzado y hasta repuestos para vehículos.

Según Migración Colombia, con la implementación de la Tarjeta de Movilidad Fronteriza (TMF), en el periodo comprendido entre febrero de 2017 y febrero de 2018 se lograron identificar más de 1 300 000 venezolanos, pero, a pesar de la suspensión por unos meses de la TMF, por decisión de las autoridades, en noviembre de 2018 fue reactivada y la cifra subió a 1 624 000 pendulares en zonas de frontera.



Migrantes pendulares cruzan la frontera en busca de alimentos, medicamentos y todo aquello que no consiguen en su país.





Su presencia ha fortalecido la economía de las fronteras colombianas; esto es algo que reconoce el secretario de Hacienda del municipio de Arauca, Javier Camejo, quien explica que “se ha evidenciado un incremento en los sectores dedicados a la venta de alimentos, medicinas, materiales de construcción y repuestos de vehículos”.

Pero el impacto de estos migrantes va mucho más allá de lo económico. El río Arauca no puede entenderse hoy en día sin la migración, sin los movimientos que ocurren en cada una de sus orillas y sin los cruces diarios, que son mucho más que los que muestran las estadísticas. Son las historias de hombres y mujeres que han llegado a la zona fronteriza, que se han asentado en ella, de un lado o del otro, como doña Silvia, que cruzó al lado colombiano con su familia y sus sueños, de manera permanente. O como Gerald, quien prefirió quedarse en Venezuela, pero a un paso del río.

## La travesía de Silvia

Desde muy joven, Silvia ha mostrado interés por embellecer algo o a alguien a través de sus manos: “Me apasiona mi trabajo y además ver la satisfacción de las personas a quienes he ayudado a mejorar su imagen corporal”, expresa orgullosa. A pesar de iniciar sus estudios en educación, prefirió la modistería y el estilismo, dedicación con la que ahora logra el sustento de su hogar en tierras araucanas. En 2005 culminó sus estudios en la Escuela de Modas Santamaría de la ciudad de Barquisimeto y, desde entonces, este ha sido el trabajo con el cual ha mantenido a sus tres hijos: José Antonio, Harold Jhoan y Rian José.

No fue por casualidad que Silvia llegó a Colombia. El verano se despedía con el aire caliente sobre la ciudad de Cabudare, cuando a finales del mes de julio de 2017, recibió esa llamada desde Arauca para diseñar y confeccionar el vestido de novia.

Decidió atender el llamado y, junto con otros compañeros, abordó un bus rumbo a los llanos apureños. Ese fue el inicio de un gran cambio en su vida, ahora convertido en un recuerdo imposible de borrar de su mente, un recuerdo que en ocasiones la sacude y llena de nostalgia por lo que dejó atrás. En el recorrido de más de ocho horas por carretera, los viajeros se vieron so-

metidos a rigurosas requisas y controles por parte de la Guardia Nacional. Les pidieron documentos y revisaron sus maletas para verificar que no llevaran nada “extraño” que comprometiera la seguridad en el territorio. Silvia, impaciente, no dejaba de mirar su reloj esperando con ansias llegar a su destino final.

Silvia atravesó los estados de Portuguesa, Barinas y, finalmente, Apure, para llegar a una de las fronteras que, por la escasa presencia de las autoridades, resulta llamativa para quienes buscan atravesar rápidamente. A pesar del riesgo que significa cruzar en pleno invierno las caudalosas aguas del río Arauca, Silvia, atemorizada, no tuvo otra opción que subir a una canoa. Tomó su maleta y la acomodó en el piso de la embarcación, le entregó al canoero 1000 pesos por el costo del pasaje y se sentó intranquila a contemplar cómo salía de su país para entrar a uno completamente nuevo.

En ese momento, mientras el motor fuera de borda rugía para empujar la embarcación de madera y surcar las aguas río arriba, en esos dos minutos del recorrido, a Silvia no le preocupaba la responsabilidad de confeccionar el vestido de novia, sino qué haría después, luego de terminada la prenda. Al pisar tierras colombianas, podía divisar del otro lado su país de origen, sin dejar de pensar en lo que dejó allá y en el reto que asumiría ahora.

## Aguas agitadas

Escudriñando la historia familiar de sus antepasados, Gerald descubrió un día que su abuela, doña Eduviges, de 78 años, cocinó por más de 30 años para militares en un puesto de control en el estado Táchira. Fue una señal más de que su vocación estaba por el lado culinario.

Con estudios en informática de la Universidad Católica del Táchira, Gerald trabajó en diferentes instituciones de la administración pública, pero agobiado por la ola de inseguridad de la cual fue víctima en varias ocasiones, aceptó la propuesta de su madre para irse de allí y levantar un negocio familiar que recién habían adquirido: ‘Los Oslidy’.

Antes de establecerse definitivamente en El Amparo, en 2012, intentó mantener varios negocios diferentes al restaurante, pero este ya exigía toda su atención, pues el crecimiento

se hacía evidente con la llegada de comensales que venían recomendados, provenientes de Colombia. Estos eran principalmente funcionarios de la alcaldía, la gobernación, empresas y profesionales de varios gremios, que cruzaban a Venezuela sin ningún tipo de temores. Era un panorama completamente distinto al de la actualidad.

Así pasaron tres años. Con un exitoso negocio a su cargo, Gerald se ganaba la amistad de importantes personalidades y empresarios de ambos lados de la frontera, con quienes compartía ideas y recibía recomendaciones o sugerencias para implementar.

Pero algo sucedió y truncó todo lo construido hasta ese momento: El 20 de agosto del 2015 fue cerrada la frontera del lado venezolano, tras una orden del presidente de ese país, Nicolás Maduro; aunque primero se trató de un cierre por 60 días, este fue prorrogado e incluso ampliado a otros estados cercanos a la nación cafetera. Esto disgustó mucho a quienes mantenían su trabajo en Colombia y estaban residienciados en Venezuela, pues los obligó a cruzar por trochas o sectores del río donde las autoridades no alcanzaban a llegar.

Por tres meses ‘Los Oslidy’ cerró sus puertas y, durante ese tiempo, Gerald y su familia decidieron descansar y replantear su método de trabajo con una frontera cerrada, además de la escasez de productos e ingredientes que se empezaba a asomar. Tenían que tomar una decisión. Luego de analizarlo por varios



Gerald Quintero en su restaurante.

días, resolvieron abrir con la novedad de ofrecer comidas rápidas, pero con la ardua tarea de ir a Colombia por aquellos productos necesarios para el funcionamiento de su empresa.

## La nueva máquina

En los últimos años la Cámara de Comercio de Arauca ha registrado 75 nuevas empresas de ciudadanos venezolanos, que han buscado la forma de dar legalidad al trabajo que desarrollan; entre esas personas se encuentra Silvia, quien, al recibir su Permiso Especial de Permanencia (PEP) en 2018, no dudó en hacer el registro de su emprendimiento.

Silvia cuenta, con la voz entrecortada, que ese mismo año mandó a buscar a otro de sus hijos, Harold Jhoan, y sin tener dónde vivir, arrendaron una habitación en la que, por varios días, acordaban quién dormía en la hamaca y quién en el suelo. Fue un duro episodio que recuerda con tristeza. Fueron días difíciles pero contó con el apoyo de su iglesia, que la ayudó a suplir muchas de sus necesidades.

Con el pasar de los días, cada vez eran más las personas que conocían del talento de Silvia. Su método de mercadeo era y sigue siendo el voz a voz. Fue así como llegó a los oídos de la diseñadora de modas Carolina Suárez, quien la vinculó a un proyecto para vestir a las candidatas del Reinado del Cacao en Arauquita. Este evento, que se realizó en octubre de 2018, honra la vocación cacaotera de este municipio.

Los días eran buenos y su calidad de vida mejoraba al percibir más ingresos. Gracias a la cooperación internacional y a los programas de apoyo al emprendimiento de migrantes, Silvia postuló su proyecto de diseño y confección, y para mayor alegría, resultó seleccionada entre las 150 ideas de negocio que recibieron el recurso económico para la compra de equipos. ¿Qué anhelaba Silvia?, una nueva y mejor máquina de coser. Así la obtuvo. Es la máquina que hoy la acompaña en la sala de su casa.

Muy temprano, de lunes a sábado, antes del acostumbrado café, Silvia hace una oración que la dispone a iniciar la jornada de trabajo en su taller de confección. Tijeras, regla, cinta métrica, hilos, agujas y demás herramientas se distribuyen en una mesa marrón ubicada en una esquina de la sala. Así deja todo listo para darles la bienvenida a sus clientes, a quienes sin falta recibe diciéndoles: “¡Buenos días, vecino!”.





## La última cena

La crisis que dejó el cierre de frontera en el año 2015 obligó a muchos comerciantes a reinventarse o apostar por otro tipo de negocio para sobrevivir. Paralelo al restaurante que agonizaba, Gerald no se quedó quieto y optó por acondicionar en el segundo piso algunas habitaciones para ofrecer el servicio de posada a aquellos migrantes cuya última parada, antes de salir de Venezuela, era a pocos metros del río Arauca. El lugar que había sido un punto de encuentro entre familias se convirtió en un espacio de amargas despedidas.

Uno de los episodios que más han impactado a Gerald, y que aún recuerda con dolor, fue en agosto de 2017, cuando a su posada llegó toda una familia para despedir a Yonel, un florista y decorador proveniente de Calabozo, en el estado Guárico en Venezuela, que buscaba salir del país en pos de un futuro mejor. Similar al cuadro de *La Última Cena* de Leonardo Da Vinci, pero sin un desenlace tan fatal para Yonel, sus familiares departieron por varias horas en una de las mesas. En el reloj faltaban pocos minutos para las siete de la noche, la hora acordada para que una canoa llevara a Yonel al lado colombiano por el río Arauca. Al fondo, desde el área de la caja, muy cerca a la barra, Gerald no perdía detalle de tan íntimo momento familiar que lo había conmovido. Se acercó a ellos para unirse en la despedida familiar y

con un apretón de manos le dijo a Yonel: “Cuidese, amigo, por aquí estamos siempre a la orden”.

Con los ojos vidriosos, Gerald recuerda ese momento, ya que vivió algo similar años atrás al dejar su terruño en los andes venezolanos para aventurarse a esta lejana frontera llanera. “No puedo soñar fuera de la familia. Separado sería muy difícil para mí”, dice. De esta forma, Gerald reafirmaba su sólida decisión de permanecer en Venezuela, así fuera en uno de sus últimos rincones.

## Con sus propias manos

Silvia y Gerald tienen algo en común: el uso que les dan a sus manos. Con ellas, Silvia crea sus vestidos y Gerald prepara alimentos. Ambos aprovechan la habilidad que adquirieron; un don.

Silvia no piensa regresar a Venezuela, no por ahora, pero sí extraña en la distancia su antiguo hogar y el barrio donde creció. Al final de la jornada, sus manos cansadas dejan caer un trozo de tela sobre la mesa para continuar después. Silvia termina el día agotada y con fatiga visual por el enfoque constante en la aguja de su máquina de coser, pero eso no le impide mantener el férreo deseo de tener su propia casa de modas, algo que, como ella sabe, es un sueño que se construye como si se tratara de un vestido: confeccionando paso a paso, un día a la vez, su propio destino.

Por su parte, Gerald batalla en la lucha diaria de estar entre su trabajo y su familia, entre Colombia y Venezuela. En su mente han quedado las historias de las personas que pasan por su restaurante y la posada, dejando como un fantasma los recuerdos que deambulan entre pasillos, paredes y mesas de su local. Para él, son el mejor recordatorio de que todo puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos. De eso da cuenta el río Arauca, esas aguas que unen y dividen, esas aguas que, como Gerald y Silvia, son de aquí y también de allá.





04.



# Dayana en la tierra del trueno

Por JEIMMY TATIANA OLEJUA  
Fotografía de ESTEBAN VEGA LA-ROTTA

Esta joven migrante venezolana, hija de una colombiana desplazada por la violencia, llegó en 2016 al municipio de Tibú, en Norte de Santander. Ahí, con dos amigas y lideresas, fundaron las Mujeres Guerreras de Dios, una asociación que ayuda y empodera a las inmigrantes y retornadas de la región; y hace visibles las dificultades y peligros que enfrentan en el Catatumbo.

# A

sus 24 años, Dayana Villamizar es madre, hija, esposa, líder de su comunidad y migrante. En 2016 llegó a Colombia, a la región del Catatumbo, acompañada por su hija de un año, su madre, Rosalba, y una prima. Hallaría su nuevo hogar en Tibú, el municipio más grande de Norte de Santander y el que comparte la mayor extensión de zona limítrofe con

Venezuela. Ahí se convertiría en una de las mujeres más apreciadas del asentamiento humano 10 de Marzo, y en un puente vital entre las iniciativas que llevan a cabo la alcaldía y las diversas entidades de cooperación.

Tibú está ubicado a 158 kilómetros de Cúcuta, la capital departamental. Tiene una población de 58 721 habitantes, según las proyecciones oficiales de 2020. El 36,6 por ciento de ellos reside en la zona urbana y el 47,4 por ciento son mujeres. Los estimados estatales no incluyen, sin embargo, a los cerca de 5656 migrantes y retornados, como Dayana, que se instalaron durante los últimos años en asentamientos humanos, de viviendas y refugios informales, cerca de la ciudad. No existe una cifra unificada e inequívoca sobre la cantidad de viajeros del vecino país en esta zona colombiana. Es difícil obtenerla debido al constante ingreso de población a través de trochas y vías informales.

“Soy gestora comunitaria, trato de ayudarles a todas esas familias migrantes que han enfrentado situaciones similares o iguales a las mías. Cuando nosotros llegamos aquí no teníamos nada”, dice Dayana sentada en la entrada de su casa, una construcción de madera, techos de zinc y pisos de tierra; muy similar a los demás hogares que habita la comunidad que la acogió al llegar.

Según los cálculos de la lideresa venezolana, este asentamiento, fundado el 10 de marzo de 2018, alberga a más de 480 familias. Cerca de 3000 personas de diversas ocupaciones, entre mujeres embarazadas, niños, adultos mayores y madres cabeza de hogar, conviven en esta comunidad que se extiende a lo largo de siete manzanas. No cuentan con servicios públicos, el agua potable la traen de algunas piletas. No tienen servicio de alcantarillado, pero sus habitantes han instalado tuberías y construyeron tanques para el manejo de excretas y aguas residuales.

## Objetivo militar

Dayana cuenta que su vida en Tibú no ha sido fácil. Le costó adaptarse. Así como encontró gente que la motivó a trabajar por la comunidad y reconoció sus capacidades, también ha sufrido los ataques de grupos al margen de la ley que la han citado para hacer descargos. “Las amenazas comenzaron en abril de 2020 y han continuado. Me advertían que debía dejar de ser líder, que tenía que salir de mi ranchito, de lo contrario me iban a matar. Como no cedí, empezaron a llamar a mis compañeras. Les decían que si seguían trabajando conmigo también serían declaradas objetivos militares”, recuerda; y muestra las capturas de pantalla de los agresivos mensajes recibidos por WhatsApp, y reproduce algunos de los audios que le enviaron por ese medio. Ella no hizo denuncia alguna porque conoce los peligros de esta región azotada por la violencia.

El Instituto Kroc destaca en su IV informe de seguimiento al acuerdo de paz, que en la zona coexisten grupos armados ilegales como el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Ejército Popular de Liberación (EPL), las disidencias de las desmovilizadas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), además de grupos paramilitares, miembros



del Clan del Golfo y bandas criminales que buscan imponerse por medio de la fuerza para recuperar el territorio y las rutas de narcotráfico. Comunidades como la de Dayana se ven afectadas por esta situación.

En el asentamiento 10 de Marzo ella encontró a la mejor compañera para su causa, a su amiga Chely Ramos. Sus vidas guardan muchas similitudes: las dos nacieron en Venezuela, crecieron en Caracas y llegaron a Tibú huyendo de la crisis económica en su país. Su sentido del trabajo social las unió para formar la asociación de Mujeres Guerreras de Dios, que agrupa a migrantes venezolanas y también a migrantes retornadas, colombianas de nacimiento que buscaron mejor futuro en la nación fronteriza pero que regresaron a su país de origen. Por supuesto, esta iniciativa tiene sus puertas abiertas a toda la población femenina que lo requiera. No hay restricciones de nacionalidad, se trata de crecer, avanzar y trabajar en medio de la diversidad y la aceptación.

“A veces nos buscan para apoyar a las mujeres de las veredas vecinas, para capacitarlas y contarles cómo trabajamos. Aunque nuestra asociación no está constituida, ya se conoce lo que hemos hecho por nuestra comunidad y por eso ha ganado valor”, explica Chely, quien es la vicepresidenta del asentamiento.

Ella ha sido el apoyo de Dayana, aun en los momentos de mayor temor. “Nos unimos y éramos las dos contra el mundo. A mí también me llamaron, me amenazaron, me dijeron lo mismo, que si seguía a su lado sería declarada objetivo militar. Yo no sabía qué hacer. Pero estaba muy segura de que nuestra labor ayudaba a mucha gente, debíamos continuar. Y continuamos, bendito sea Dios. El trabajo que hemos realizado ha sido reconocido por diversas ONGs y organizaciones; su apoyo lo hemos llevado a la comunidad”, afirma Chely.

## La casa del trueno

Tibú es uno de los ocho municipios de la región del Catatumbo que fueron seleccionados para la implementación del acuerdo de paz, firmado entre el gobierno colombiano y las Farc el 24 de noviembre de 2016. De esta forma se ponía en marcha una hoja de ruta para recuperar las regiones más afectadas por el

conflicto. El Programa de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET) del Catatumbo también incluye a Convención, El Carmen, El Tarra, Hacarí, San Calixto, Sardinata y Teorama.

Estos municipios, unidos, representan el 42 por ciento de la extensión de Norte de Santander, suman 9116 kilómetros cuadrados y 144 103 habitantes, es decir, representan el 10,5 por ciento del total de la población departamental, según los estimados de RedConcerto, a partir de las cifras del Departamento Nacional de Planeación (DNP). Quienes viven en esta región son conocidos como catatumbos y muchos aseguran que tienen una identidad propia y una gran fortaleza por haber nacido en la “casa del trueno”, una zona donde son muy habituales las tormentas eléctricas y los relámpagos.

A lo largo de la historia el Catatumbo ha enfrentado la falta de inversión estatal en sectores decisivos como la salud, la educación, los servicios públicos y la infraestructura vial. El índice de necesidades básicas insatisfechas (NBI) de una población como Tibú, por ejemplo, es del 46,17 por ciento, muy por encima del promedio nacional, que es de 14,13 por ciento, según las mediciones oficiales de 2018. A todas esas dificultades y al escaso progreso, se le debe sumar otro obstáculo, la huella que han dejado las cinco décadas de conflicto armado en el imaginario colectivo.

Muchos migrantes venezolanos, que abandonan su país debido a las carencias económicas, no saben a qué territorio han llegado al rebasar la frontera. “En Cúcuta me preguntaban por mi destino final, yo decía que venía para Tibú y todos me miraban con cara de preocupación. Me advertían que era una zona peligrosa, que en este municipio mataban gente. A pesar del miedo y la zozobra que sentía, agarré mi bolso, tomé mi maleta y abracé a mi hija hasta llegar aquí; y me ha ido bien”, dice Dayana.

En el territorio del trueno hay que tomar precauciones. Son usuales los retenes y los controles por parte de los grupos armados al margen de la ley. Como lo explica Mario Zambrano Miranda, director del programa de seguimiento ‘Cúcuta, cómo vamos’, “el inmigrante desconoce las reglas que tendrá que acatar. Para trabajar en actividades agrícolas, entre otras labores, los jefes de las bandas criminales le exigen un ‘padrino’. Dicho de otra forma, le piden que un colombiano responda por él y, si el migrante comete una falla, el residente local deberá pagar, incluso con su vida, por su apoderado”. Este mecanismo, tan habitual en el Catatumbo, se dio a conocer en un estudio que realizó la ONG Human Rights Watch en 2019.

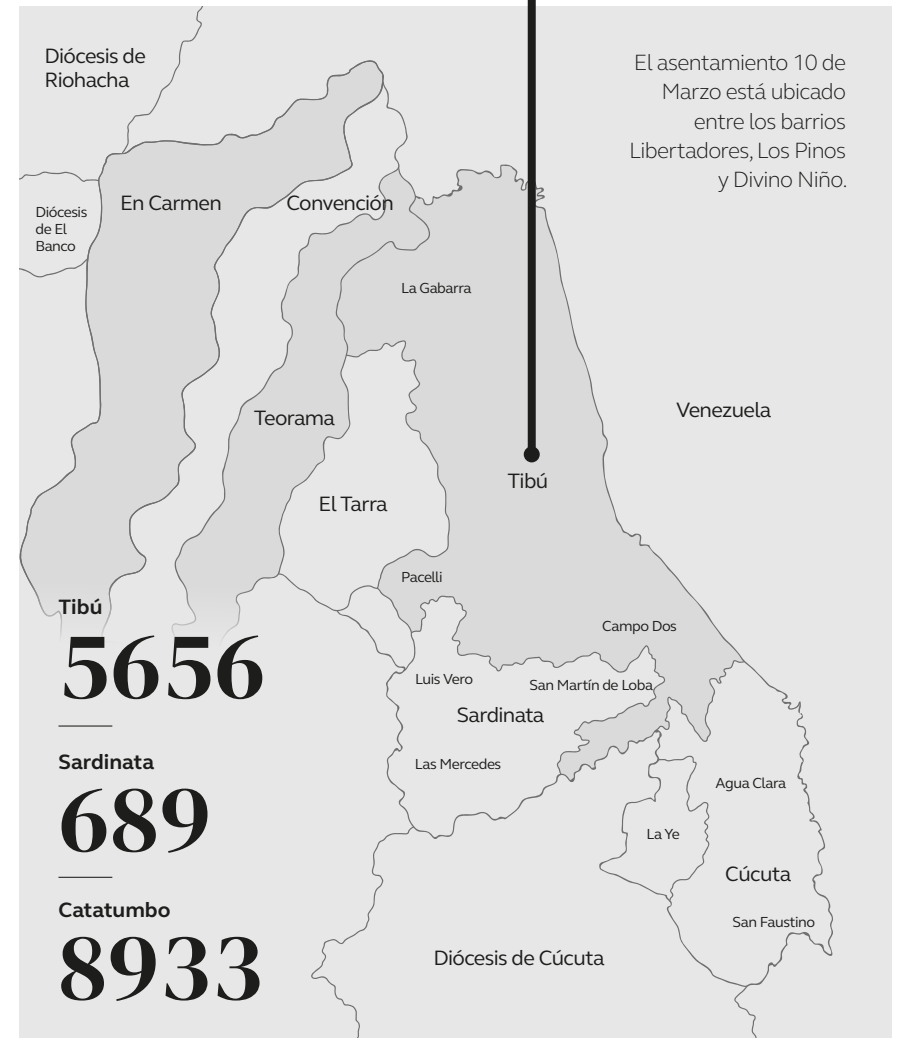
# Migrantes y retornados provenientes de Venezuela

Actualmente hay más de  
**1842 390**  
migrantes venezolanos en el país\*



Dayana Villamizar y la organización Mujeres Guerreras de Dios.

\* Cifra de la Plataforma Regional de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes de Venezuela, liderada en conjunto por ACNUR y OIM. Disponible en: <https://www.r4v.info/es/refugiadosymigrantes>



Fuente: Triage poblacional zonas PDET, Departamento Nacional de Planeación.  
Disponible en: <https://trriagepoblacional.com.co/PDET/MPV/2018>



## El problema de las estadísticas

Dayana ha tenido suerte, pero otros migrantes venezolanos han sufrido en su paso por estas tierras donde, como lo mencionábamos antes, es difícil creer en las estadísticas de las fuentes oficiales. Las cifras sobre migrantes y retornados presentadas por las diversas entidades rara vez coinciden. El informe Refugiado y Migrante Plan de Respuesta 2020, asegura que hay más de 2,6 millones de venezolanos en Colombia y destaca la Tarjeta de Movilidad Fronteriza (TMF) como uno de los principales recursos para el registro oficial. Números diferentes presenta el reporte de Migración Colombia 2020, citado por el Estatuto de Protección para Migrantes Venezolanos, que habla de 1 729 000 migrantes del país vecino; 966 000 de ellos (el 56 por ciento) estarían en condiciones de irregularidad.

El Triage Poblacional, realizado por el Departamento Nacional de Planeación, estima que en el Catatumbo hay 8933 inmigrantes provenientes de Venezuela, de un total de 1 488 373 registrados a nivel nacional para zonas PDET. Dichas cifras indican que esta es la tercera región con mayor incidencia de migración, superada solo por la Sierra Nevada del Perijá (110 475) y Arauca (15 924).

Las autoridades locales reconocen las dificultades para identificar y caracterizar a la población migrante y retornada. En especial, porque muchos viajeros ingresan a través de puntos informales (trochas) que no son tenidos en cuenta por el Registro Administrativo de Migrantes Venezolanos que realiza Migración Colombia, la entidad gubernamental encargada del asunto.

Y otros inmigrantes se quedan por fuera de cualquier registro, incluso ingresando por las vías legales. Dayana lo comprobó: “Llegamos a la terminal, por San Antonio; no teníamos pasaporte, entré con mi cédula acompañada de mi hija y mi prima, porque mi mamá sí es colombiana”, dice.

Víctor Bautista Olarte, secretario de Fronteras y Cooperación Internacional de la Gobernación de Norte de Santander, reconoce que estas dinámicas fronterizas afectan la precisión de las cifras, a pesar de los esfuerzos de las entidades oficiales. “Es difícil saber con certeza cuántos migrantes tenemos en nuestro territorio. De acuerdo con los informes oficiales, en el departamento habría 197 000 de ellos. Puede que sean menos, debido a la crisis económica provocada por la pandemia y a las restricciones que ha tenido la informalidad laboral; o puede que sean más”, dice.

Con el apoyo de la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur) y la Organización Internacional para las Migra-

ciones (OIM) se han realizado otras estimaciones, pero aún se deben confrontar las cifras para establecer otra radiografía migratoria a partir de los datos de estas entidades.

La Oficina de Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA) también ha realizado sus propios análisis. En 2019 estimó que 25 000 venezolanos se hallan en zonas urbanas del Catatumbo, especialmente en los municipios de Tibú, El Tarra, Convención, Sardinata, Ocaña y Ábrego. Y agregó que “las mujeres, niños y niñas migrantes en esta región viven en condiciones precarias o de hacinamiento”.

## Violencia y discriminación

Dayana encontró su refugio aquí, pero reconoce que ha sido víctima de la estigmatización y del rechazo, por su nacionalidad o su género. Es un problema común. En 2018 el programa ‘Cúcuta, cómo vamos’ realizó una encuesta de percepción ciudadana que incluía algunos interrogantes sobre la inmigración venezolana. Los resultados fueron reveladores. El 66 por ciento de los participantes pensaba que la oleada migratoria era una amenaza; tan solo el 37 por ciento se mostró a favor de que el Estado les brindara atención básica de albergue y alimentación a los inmigrantes, y un porcentaje menor pidió que se les prestara atención en salud y educación. El 20 por ciento defendió que el Estado no hiciera nada.

Más allá de las cifras, varias de las integrantes del colectivo Mujeres Guerreras de Dios han vivido ese rechazo. María Alexandra Durango Vila, secretaria de la asociación y quien lleva más de cinco años en Tibú, dice que “a veces se denigra del venezolano por culpa de otros compatriotas que llegaron a Colombia con turbias intenciones y obraron mal. Pero no se puede generalizar. Por eso nosotros tratamos de apoyar a esos viajeros a quienes la sociedad les ha dado la espalda porque son ‘distintos’, porque provienen de otro país”.

La discriminación que sufren las mujeres inmigrantes y retornadas tiene sus propias particularidades. Como lo expone María Claudia Linares, experta en memoria histórica y construcción de paz, las jóvenes corren los mayores riesgos, algunas pueden ser víctimas del trabajo o del maltrato sexual, o sufrir otro tipo de violencia “estructural, económica y cultural, que les impide generar

ingresos de manera digna, las condena a la pobreza, las conduce a la dependencia, a la minusvalía e incluso a la muerte”.

Muchas padecen la violencia de género. Aunque el Observatorio de Asuntos de Género de Norte de Santander no cuenta con cifras específicas para el Catatumbo, sí ha identificado 723 casos de este tipo de maltrato. Las afectadas, en un alto porcentaje, son migrantes y suelen presentar dolencias físicas, trastornos psicológicos y problemas económicos, además de ser blanco de la marginalización.

Algunas son víctimas de la llamada violencia obstétrica, que se produce cuando la gestante no recibe ni la información, ni el tratamiento indicados por parte de los profesionales de la salud; o cuando las futuras madres sufren el maltrato verbal del personal médico o, peor aún, no reciben atención alguna a pesar de su estado. También se han presentado embarazos tempranos en niñas de 14 años que, muy seguramente, responden a casos de violación; así lo afirma Gabriela Chacón, codirectora del observatorio.

Buena parte de las integrantes de Mujeres Guerreras de Dios, la asociación creada por Dayana, Chely y María Alexandra, se desempeñan en oficios informales como el servicio doméstico, el cuidado de niños, las ventas de comida o ropa, y el arreglo de celulares. Así tratan de mantener su golpeada economía familiar. Todas ellas se han convertido en el punto de unión entre las migrantes, las retornadas, y la ayuda de la cooperación internacional.

Su labor para mejorar las vidas de decenas de viajeras ha sido decisiva, pero, como lo destaca la investigadora colombiana Solka Agudelo, quien vivió muchos años en Venezuela, por fortuna hay otras “redes de solidaridad” y han surgido más lideresas. Una de ellas es la joven Shelcy García, quien forma parte de un colectivo de producción de contenidos comunicativos en el municipio de Sardinata, y trabaja para que las voces y las propuestas juveniles puedan mostrar la mejor cara del Catatumbo. “La gente de nuestra edad es clave en la construcción social. Como jóvenes migrantes queremos darles visibilidad a las cosas bonitas de la región, aquí encuentras personas increíbles y lugares maravillosos”, dice.

## Sin banderas

Aunque en Colombia existe una amplia normatividad frente a la migración, en la que se destacan el Estatuto de Protec-

ción para Migrantes Venezolanos y, anteriormente, el Conpes 3950: Estrategia para la atención de la migración desde Venezuela, cuya intención es “fortalecer la gestión del desarrollo, integración fronteriza y soberanía nacional, reducir las brechas socioeconómicas de las zonas de frontera con el resto del país, promover condiciones que permitan el crecimiento sostenible de las regiones de frontera, integrar los territorios fronterizos entre sí con la nación y países vecinos, y fortalecer la identidad, cosmovisión y organización social y política”, hasta la fecha no se ha generado una atención al inmigrante centrada en las mujeres.

Según Mario Zambrano, director del programa ‘Cúcuta, cómo vamos’, “al Conpes le faltan dientes. No tiene un enfoque de género, ni recursos, ni una visión de largo plazo, se mira como un gasto social y no como una oportunidad de inversión. Si bien el Estado tiene buenas intenciones, la participación de la administración pública es limitada y se ha trasladado la responsabilidad a la cooperación internacional”.

Por su parte, María Claudia Linares hace énfasis en que “este es un asunto de humanidad, de nuestra sobrevivencia y desarrollo como especie. Reconocer el papel, los aportes y potencialidades de las mujeres, de esas *otras*, de las que vienen del otro lado, las que tienen *otra* condición, nos permite a todas reconocernos en ellas. El enfoque de género es la herramienta de diseño de política que facilita este acercamiento”.

Hasta el momento, el asentamiento 10 de Marzo no ha recibido un apoyo directo del Estado. Desde su función como presidenta, Dayana ha logrado que algunas de las 57 instituciones de cooperación internacional que tienen presencia en el Catatumbo, ayuden a su comunidad. Estos auxilios han incluido acceso al control prenatal, a exámenes médicos, medicamentos y kits de gestación para las embarazadas. También consiguió una donación de Médicos sin Fronteras que incluía filtros de agua, recipientes de 60 litros y paquetes de limpieza para cada casa. Dichas organizaciones cumplen un papel de gran relevancia en la zona.

Por su parte, la Secretaría de Fronteras y Cooperación Internacional de la Gobernación de Norte de Santander insiste en que “si queremos gestionar bien la crisis migratoria no debemos ponerle banderas a la asistencia. Muchos de los cooperantes están concentrados en zonas marginadas donde hay población colombiana, retornada y migrante, llevando atención en salud, asistencia humanitaria y haciendo una caracterización de la población menor vulnerable para que entre en el sistema escolar”, asegura Bautista.



Las entidades oficiales, agrupadas en el Puesto de Mando Unificado (PMU) Frontera, buscaron durante 2020 aumentar su presencia en la región. “Sabíamos que la migración se desbordaría en las áreas rurales y que las zonas de cultivos ilícitos atraerían a muchos de esos viajeros. Estamos haciendo un estudio profundo del Catatumbo y revisando con atención la situación de Tibú y sus zonas anexas”, afirma el funcionario.

## Las olvidadas

A pesar de los avances, en la tierra del trueno se requiere una atención especial para la población femenina inmigrante y retornada. “Es indispensable que toda acción, medida, programa o política de ayuda humanitaria a los migrantes, incluya esa visión, un enfoque de género e interseccionalidad. Al identificar y diferenciar las necesidades de estos grupos se les podrá dar una respuesta social y estatal integral y efectiva”, afirma María Claudia Linares. Ya se dio un primer paso, sonoro y firme: lograr que esta problemática sea reconocida; sin embargo, queda mucho por hacer.

Así lo piensa Rosalba Restrepo Rodríguez, la madre de Dayana, quien nació en Tibú, se marchó a Venezuela debido al conflicto armado en la región y 28 años más tarde regresó a su lugar de origen. Primero fue víctima del desplazamiento forzado, y luego sufrió la inesperada transformación de Venezuela. Ella reconoce la valiosa labor de su hija y de las lideresas de la zona, y ayuda con la preparación de alimentos cuando la asociación se reúne. Es un gran apoyo para Dayana, y le dio refugio cuando la amenazaron. “Siempre contará conmigo. En esos momentos tan difíciles me la traje para mi casa, solo así podía dormir tranquila. Aquí nada le va a pasar”.

La historia de Rosalba evidencia otra de las problemáticas que no contemplan las leyes nacionales. Como lo dice la investigadora Solka Agudelo: “Nuestra legislación reconoce el desplazamiento forzado como un fenómeno interno; pero el desplazamiento forzado transfronterizo no existe. La mayoría de personas que lo han padecido no tienen un reconocimiento por parte de la Unidad de Atención y Reparación a Víctimas”.

Y volvemos al lío de las cifras. Como la situación no se reconoce, tampoco se sabe cuántas personas han sido afectadas por

este problema. “Desde la academia se dice que más de 5000 personas provenientes del Catatumbo viajaron a Venezuela, entre 1993 y 2003, obligadas por la violencia. Muchas de ellas han regresado a Colombia”, recuerda Solka, mientras evoca los rostros de cientos de mujeres, víctimas retornadas, con las que habló durante varios meses.

Algunas de ellas forman parte de la asociación Mujeres Guerreras de Dios. Su experiencia les permite comprender mejor a quienes hoy atraviesan la misma situación. Es un complejo laberinto legal. A pesar de haber nacido en Colombia, buena parte de la población femenina que sufrió el desplazamiento y luego retornó, prefiere identificarse con documentos venezolanos para poder acceder a la asistencia humanitaria. Son víctimas colombianas, pero el Estado no las reconoce como tales; así que les va mejor presentándose como migrantes de Venezuela.

“Yo creo que es importante visibilizar a las mujeres que han sido víctimas del conflicto armado y se encuentran en situación de retorno, ellas son la población más olvidada dentro de las olvidadas”, afirma Solka. Su preocupación la comparte María Claudia Linares, quien insiste en que el gobierno nacional debe identificar a estas víctimas y desarrollar programas y medidas para ellas. Por lo menos su problemática se hace más visible cada día.

El valor de Dayana, Chely, María Alexandra y Rosalba (la madre retornada), la creatividad de la joven Shelcy, en Sardinata, y los aportes investigativos de Solka confirman que, más allá de las nacionalidades, la edad o la población donde se viva, el poderío y la solidaridad entre las mujeres del Catatumbo es una de las fuerzas más grandes para lograr los cambios en la región. Gracias a ellas, muchas de las viajeras que llegan por trocha, o por las vías legales hasta la zona, ven en la migración una nueva oportunidad.



05.





# Inírida: la otra frontera

Fotografías y texto por **DIEGO STEVVEN CUERVO**

Un retrato de la migración en la capital del Guainía, a través de las historias de Yorman, hábil coterero del puerto municipal; Jorge, piloto de motocarro; y Gabriel, artista y creador de murales. Tres venezolanos que llegaron a la región en busca de trabajo y oportunidades. En esta población, amistosa con el emigrante, han podido comenzar de nuevo.

En esta zona selvática, ancestralmente indígena, abundan la flora y la fauna en todo su esplendor. Tan solo en Inírida y sus zonas cercanas crecen más de 974 especies de plantas, como lo reveló un estudio del Instituto Amazónico de Investigación Científica, Sinchi, realizado en 2007. En medio de esta riqueza, los inmigrantes de Venezuela han encontrado una vida diferente a la que podrían llevar en otras capitales fronterizas más concurridas, como Cúcuta o Arauca.

## Una mezcla necesaria

Llegar hasta aquí no es nada fácil. Solo hay tres vuelos a la semana que parten de Bogotá o Villavicencio. Desde esta última ciudad, la capital del Meta, se puede viajar por río hasta Inírida, pero la travesía, si no hay contratiempos, podría durar hasta dos días. Yo elegí el avión. Sin embargo, debido al mal tiempo, nuestra nave estuvo aparcada durante un par de horas en Puerto Carreño, la capital del Vichada. El capitán nos había avisado que debíamos regresar a Bogotá, pero de repente el cielo se abrió y despegamos hacia Inírida.

Desde la llegada al pequeño aeropuerto de la ciudad sentí que en este territorio el tiempo transcurre más despacio. De la enfermiza velocidad con la que vivo en la capital colombiana, pasé a una zona de pausa permanente. Nadie corre. No hay ruidos de buses acelerados. En el centro del municipio se percibe más movimiento, pero sus habitantes, la mayoría de rostros indígenas, pareciera que viven relajados. Hay calma, mucha calma, en Inírida.

Esa es una de las razones que animan a los migrantes venezolanos a establecerse en el Guainía, aquí se integran sin mayores tropiezos en la nación de acogida. Así lo explica el sociólogo de la Universidad Nacional, Manaes Amaya, quien afirma que la llegada de estos viajeros suele tener un impacto positivo en la región. “Con ellos aumenta el consumo y esto propicia que el mercado local se amplíe y la producción crezca. Además, los saberes que traen consigo los inmigrantes también ayudan al desarrollo. En el municipio no contábamos con un mecánico que pudiera arreglar un vehículo tradicional, solo teníamos uno especializado en reparar camiones. Pero llegaron unos venezolanos provenientes de Ayacucho que sí tenían experiencia en carros. También han

**A**Inírida, la capital del departamento del Guainía, solo es posible llegar por vía aérea o marítima. Está ubicada al extremo oriente de la región amazónica colombiana y a 687 kilómetros de Bogotá. Aquí las carreteras son de agua. Las grandes autopistas son los ríos. Las vías fluviales conectan a esta ciudad de más de 20 000 habitantes con Puerto Ayacucho, capital del estado Amazonas, en Venezuela, en un recorrido de 203 kilómetros. Pero esta región fronteriza, por la que diariamente atraviesan decenas de migrantes que huyen de la emergencia humanitaria del país vecino, no suele aparecer en las noticias cotidianas de los medios de comunicación.

Los ríos Guaviare, Atapabo e Inírida conforman la estrella fluvial de este territorio conocido como la ‘tierra de muchas aguas’, pero también podría recibir el calificativo de ‘tierra de grandes oportunidades’; al menos así lo perciben los venezolanos que han llegado aquí para escribir una nueva historia. El departamento del Guainía, de acuerdo con el censo de 2018 realizado por el DANE, tiene una población total de 44 431 habitantes. De ellos, según las cifras presentadas en enero de 2022 por Migración Colombia, 6098 son venezolanos. Es decir, el 18 por ciento de los pobladores son migrantes del país vecino.





La avenida principal de Inírida conecta el puerto principal, por donde arriban la mayoría de migrantes, con el aeropuerto César Gaviria Trujillo.

venido cocineros, gente que trabaja en medios, hasta biólogos, y eso nos permite contar con una mano de obra más calificada y variada”, explica Manaes, quien recuerda que esta diversidad enriquece “el ADN de todos”, mezclarse con el vecino, con el otro, “nos abre las posibilidades a la vida”.

Las aguas del Orinoco, en Venezuela, se conectan con las del río Inírida, una de las principales fuentes de empleo para los migrantes de la zona. El puerto principal de la ciudad se halla a poca distancia de las minas de oro próximas al país vecino, por esta vía se transportan mensualmente 6200 toneladas de mercancía, según los estimados de la Inspección Fluvial de Inírida, adscrita al Ministerio de Transporte. Allí se encuentran los famosos ‘coteros’, quienes con su fuerza física descomunal levantan y descargan pesados motores de lanchas, pimpinas de gasolina, redes de pesca y un sinnúmero de insumos de primera necesidad.

## Viaje por el Amazonas

El lugar es como un ‘mercado persa’. Hay un flujo incesante de personas, y en medio de la humedad y un calor de 29 grados, me encuentro con Yorman García, un venezolano de 38 años, procedente de Caracas, quien trabaja en este puerto. Aunque es hijo de padres colombianos, no tiene la nacionalidad de nuestro país. Tres días duró su viaje desde la capital bolivariana hasta la población de San Fernando de Atabapo, en el estado Amazonas. Allí abordó un bongo en el río Orinoco, el mismo que empalma con las aguas del Guaviare (en tierras colombianas), para finalmente navegar por el Inírida y arribar a la capital del Guainía en busca de un mejor futuro.

Cuando termina de descargar la mercancía de una de las lanchas comienza nuestra charla. “Mi familia fue una de las razones por las que dejé Venezuela. Yo trabajaba como encargado de una panadería, pero con la crisis económica y el cambio monetario, mantenernos allá se hizo muy difícil. Mi esposa se dedicaba, principalmente, a las labores del hogar y a la repostería. Tenemos cuatro hijos y enfrentamos grandes aprietos. En algunos momentos ella y yo tuvimos que dejar de comer para que los neños pudieran alimentarse. Era una situación muy dura”.

Río arriba, allá en Caracas, se quedaron su mujer y sus niños. No viajaron con él, no tenía cómo pagar el viaje familiar. Para poder llegar a Colombia, el novio de su cuñada tuvo que enviarle a Yorman los 40 000 pesos del pasaje en lancha. El nostálgico viaje por las aguas turbias del Amazonas duró poco más de dos horas. Le habían dicho que en Inírida las condiciones eran mucho mejores, sin embargo, todo era incertidumbre.

“Mi cuñado nos visitó en Venezuela el diciembre pasado. Me vio y me dijo: ‘oye, hermano, ¿tú qué tienes? ¡Estás muy flaco! ¿Qué tal si te vienes a Inírida? Allá podrías conseguir trabajo y un poco de dinero’. Yo le hice caso. Tenía razón, aquí conseguí un empleo y cuento con un ingreso mayor –me dice Yorman–. La moneda de mi país, el bolívar, no vale para nada, nadie lo quiere, no sirve”.

Desde su llegada a la capital del Guainía, a principios de 2021, sus condiciones de vida han cambiado notablemente, según él ya está más ‘gordito’, porque meses atrás parecía un ‘pallito’, como me dice entre risas. Su suerte es otra. “Acá en un ratito me hago entre 40 000 y 50 000 pesos. Con eso me mantengo en Inírida y me alcanza para enviarle dinero a mi familia; poco a poco va mejorando nuestra vida”.

Su labor es exigente, en ocasiones tiene que levantar cajas o bultos de 70 kilos, una carga similar a su peso corporal. En los días de verano el sol es inclemente, no parece bajar nunca por el horizonte. Quema su piel morena y la de cualquiera que no sea oriundo de esta zona, pero aun así Yorman trabaja con motivación. Su jornada inicia a las 6:00 de la mañana, y termina entre las 5:00 y las 6:00 de la tarde. Al caer la noche puede haber ganado cerca de 60 000 o 70 000 pesos colombianos, y si el día está bueno y hay mucha mercancía, quizá se lleve a casa 100 000 pesos (aproximadamente 25 dólares), una cantidad que en Venezuela tardaría cerca de un mes en conseguir –el salario mínimo en la República Bolivariana apenas supera los 28 dólares–.



En El Arca, una de las balsas flotantes más concurridas en el puerto de Inírida, fue donde Yorman desembarcó en Colombia. Un lugar que para él significa la ‘nueva vida’.

Pequeñas canoas, grandes barcos y lanchas rápidas conocidas como ‘voladoras’ transportan a los migrantes y cientos de toneladas de mercancía que, en su mayoría, viaja hacia las zonas mineras. Aunque su trabajo es informal y no cuenta con prestaciones de ley ni subsidio alguno, Yorman y muchos de sus compatriotas coteros han encontrado en el puerto una oportunidad laboral preciada. Le pregunto por sus planes a futuro en esta ciudad. “Dentro de un tiempo espero poder pagar el alquiler de una casa, el ‘arriendo’, como le dicen acá; y tener el dinero para conseguirles un cupo escolar a mis hijos. Yo vine aquí a rehacer todo, a rehacerme, a prestar mis servicios como ser humano y como trabajador. Vine a darle mi aporte a Inírida”.

Aunque es de baja estatura tiene una enorme humildad. En poco tiempo Yorman ha sabido ganarse el cariño de la gente. En El Arca, una de las principales balsas flotantes a orillas del puerto y donde él consiguió trabajo, todos dicen que es el coterero más organizado y uno de los más serviciales. Su voz pausada, que a veces parece afligida, siempre está lista para atender a los clientes que necesitan transportar mercancía. Quizá su experiencia administrando una panadería en Caracas le ha servido para entender que “el cliente siempre tiene la razón”.

Su corazón está en Venezuela, pero sus ilusiones y su cuerpo, que hoy luce rejuvenecido, están en Inírida, esperando por su familia. Antes de terminar la charla, con sus ojos pequeños, pero felices, me cuenta que tiene una nueva oferta laboral, quizá termine trabajando en una agencia de turismo. Tal vez en unas semanas ya no estará cargando voladoras sino guiando viajeros, en una lancha turística, hacia los cerros de Mavecure, un trío de monolitos inmerso en la selva, uno de los grandes atractivos de esta región.

## ‘El transportador’

Después de abandonar el puerto y de despedirme de Yorman, me encuentro con otro migrante venezolano, su nombre es Jorge Silva Seijas, tiene 45 años y me dice que este es su lugar en el mundo. Nació en Puerto Ayacucho, capital del estado Amazonas de Venezuela, pero se crio en Maracaibo y ha pasado 17 años de su vida al volante. Condujo buses de servicio público, camiones y autos particulares; sin embargo, nunca se había subido en un



‘motocarro’. Estos pequeños vehículos de cuatro puestos, impulsados por un motor de gasolina y con volante de motocicleta, son un medio de transporte muy usado en la capital del Guainía. Gracias a su experiencia en las calles aprendió rápido a pilotarlos –un empresario lo reclutó para su flota–. Los conduce desde hace más de un año y medio, cuando llegó a este municipio con su padre para convertirse en “el transportador”, como lo conocen en los caminos de cemento y tierra iniridenses.

“Decidí cruzar la frontera después de que mi papá tuvo una hemorragia cerebral en Puerto Ayacucho. No tenía cómo pagar los cien dólares que exigían los del servicio médico. ¿Cómo los iba a tener si uno se gana cada mes el equivalente a 10 000 pesos? Es ilógico”, se queja Jorge. Ante la precaria economía de su país, la escasez de medicamentos y el difícil acceso a la atención hospitalaria, él y su padre decidieron abordar una lancha y llegar a Inírida. Aquí buscarían un tratamiento que le ayudara a su viejo a recobrar la movilidad de la mitad de su cuerpo que no responde, por causa del episodio cerebrovascular.

Antes de llegar a Colombia Jorge tenía miedo. Le decían que los venezolanos no eran bien recibidos en este país. Una realidad difícil de ocultar, pues de acuerdo con el informe No. 12 de la plataforma Barómetro de Xenofobia, publicado en agosto de 2021, los mensajes discriminatorios emitidos en redes sociales en contra de los migrantes de Venezuela aumentaron en un 610 por ciento durante ese mes.

Sin embargo, en la capital del Guainía encontró un entorno amistoso. Él dice que junto con su padre fueron muy bien recibidos por la comunidad, y cree que aquí la xenofobia no es el común denominador. “Para mí esta ciudad es como un abrazo fraternal. Inírida nos ha recibido muy bien. Sin importar qué pueda pasar entre Colombia y Venezuela, hemos recibido ayuda incondicional. La mejor palabra para definir lo que hemos vivido aquí es hermandad”.

A diario Jorge recorre con su motocarro las angostas y planas calles de Inírida, de arriba abajo. Así fue como nos conocimos. Casi siempre está vestido con bermudas, una camisa playera y gafas oscuras. En el hombro, o en la cintura, lleva un bolso donde guarda el celular que consiguió hace poco y con el que se comunica con su mamá y sus tres hermanos en Venezuela. Me cuenta que en las mañanas extraña el café que le preparaba su madre, doña Franci. “Yo me dediqué a trabajar, trabajar y trabajar. A mis padres solo los veía en las fechas especiales, como los cumpleaños o las celebraciones de fin de año. Y no, tenía que haber pasado más tiempo con ellos. Creo que desperdiqué una parte de mi vida. Al levantarme para ir a trabajar, cómo extraño el café de mi mamá y sus bendiciones”.



En el motocarro que maneja Jorge no puede faltar la música llanera. Aunque le produce nostalgia porque le recuerda su tierra, también le genera alegría y fuerza para sacar adelante a su padre.

Por su físico: casi 1,75 metros de estatura, espalda ancha y una barba en forma de candado, parece un tipo serio, pero en las charlas con él descubrí a un hombre divertido, noble, sencillo y con muchas historias que contar. Mientras cruzábamos las calles de Inírida evocó aquellas épocas de abundancia en su amada Venezuela, donde había oportunidades laborales y académicas. “Los salarios eran más equitativos. Un profesional y un obrero podían ganar lo mismo. Incluso los obreros, en algunos casos, recibían más dinero, no había líos ni desórdenes por los temas salariales. Nos daba para todo. Alcanzaba para todo. Un sueldo desglosado era más que suficiente”, dice Jorge.

## Un voto de confianza

A los 17 años se fue de la casa siguiendo los pasos de sus hermanos mayores. Nada le faltaba. Pero tiempo después, en 2021, tuvo que vender su auto para poder llegar a Colombia y rehacer su vida





Canoas artesanales, barcos grandes y lanchas rápidas transportan diariamente a miles de migrantes venezolanos por esta frontera. Muchos huyen de la compleja emergencia humanitaria del vecino país.



junto a su padre, me cuenta mientras su motocarro avanza veloz. Al escucharlo recuerdo que el nuestro ha sido también un país de migrantes. Varios ensayos, sustentados por los censos del DANE y los datos del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (Celade), aseguran que ha habido tres oleadas de emigración bien definidas. La primera tuvo lugar en los sesenta y el destino principal fueron los Estados Unidos; la segunda, en los años ochenta, llevó a muchos de nuestros familiares a la tierra de Jorge, ¡Venezuela! La tercera se produjo en los noventa y los viajeros nacionales volaban, especialmente, rumbo a España.

También, durante décadas, hemos sido testigos de las migraciones internas debido al conflicto armado. Este ha dejado huellas nefastas y cifras dolorosas: en 2020, por culpa de este flagelo, Colombia sumaría 8,3 millones de desplazados en su territorio por primera vez en su historia, según los datos aportados por la agencia de la ONU para los refugiados (ACNUR) el mismo año. Esos millares de compatriotas errantes se suman a la mayor oleada de inmigrantes que nuestra nación haya recibido.

De acuerdo con los datos revelados en 2022 por la plataforma R4V, creada por la Organización Internacional para las Migraciones, y por la ACNUR, en Colombia hay cerca de 1 842 390 migrantes de Venezuela; y más de cinco millones de estos viajeros recorren toda América Latina en busca de un espacio donde asentarse. Este inmenso flujo de personas provoca que, a pesar de las buenas intenciones de diversas instituciones nacionales e internacionales que hacen un llamado a la tolerancia y a dejar de lado la xenofobia, el rechazo a los viajeros venezolanos sea muy común.

Le pregunto a Jorge si ha sido víctima de actitudes xenóforas. Él prefiere mandarnos a todos los colombianos un mensaje de amistad, de respeto y de convivencia pacífica. “Aquí y en cualquier parte del mundo vas a encontrar personas que equivocan el camino y prefieren el dinero fácil, aunque les hayan brindado todas las oportunidades. Como dicen en mi tierra, ‘el chivo siempre jala pa’l monte’. Hay jóvenes muy trabajadores, pero hay otros que son mafiosos y malandros. Ni todos son buenos, ni todos son malos, no se puede generalizar. Colombianos y venezolanos tenemos que darnos un voto de confianza, podemos conocernos mejor”.

Ya estamos finalizando el trayecto que nos conduce del paradero ‘El coco’ hasta Inírida. De fondo nos acompaña uno de esos majestuosos atardeceres rojizos, tan comunes en el Guainía, y la sabana se va oscureciendo a lado y lado de la carretera. En el reproductor del motocarro se escucha un canto de joropo y Jorge, de inmediato, sube el volumen. Las composiciones llaneras no tienen fronteras y siempre serán un pretexto de unión entre

nuestras naciones. “Esta música es, nada más y nada menos, que la identidad y la esencia del venezolano. Así como el vallenato es un símbolo del colombiano, el joropo, la cachapa (arepa de choclo), el palo a pique (un guiso de arroz, frijoles y carnes) y la arepa nos representan a todos nosotros”.

Jorge llegó a Inírida con la esperanza de que la salud de su padre, de quien heredó el nombre, tenga una mejoría. Él no pierde de la ilusión y la mantiene cada día mientras conduce su motocarro. Antes de decirnos adiós quiero saber qué significa Inírida en su vida. “Es una ciudad que no le tiene miedo a lo nuevo y que no rechazó a los que veníamos de otra parte. Inírida ha sido la casa del amigo a la que llegas de repente y sin aviso. La llevo tatuada en la piel, quizás el tatuaje no sea visible, algunos no podrán notarlo, pero siempre va a estar conmigo”.

## El chorro del muerto

Esta zona de la Amazonía colombiana es el hábitat del jaguar, del delfín rosado, de las dantas, las guacamayas, las mariposas azules. Es una tierra fértil donde nace la flor de Inírida, una especie endémica de la región que tiene tallo verde y cabezuelas rojas y blancas, y que ha sido calificada por algunos biólogos como “flor eterna”, tras sobrevivir a fuertes inundaciones y duras sequías. Un universo selvático que también es hogar de comunidades indígenas como los curripacos y los puinave, cuyos ancestros dejaron plasmados en petroglifos sus primeros pasos a orillas de los ríos Inírida y Guaviare, en la frontera entre Colombia y Venezuela.

Toda esa riqueza natural y cultural parecía estar escondida allí, entre las montañas y las riberas, pero desde hace cuatro años, cuando Gabriel Anaure, un venezolano de 26 años llegó al Guainía, esas tradiciones empezaron a adornar las fachadas de las casas, las calles, los muros y los sitios representativos del centro poblado. “Yo fui algo terco en mi manera de aprender el arte. Le llevaba la contraria a mi padre, quien les enseñaba a pintar a los chicos de mi edad de la manera tradicional, desde el inicio, pincelada a pincelada. Yo quería hacerlo de otra forma, no iba a empezar desde cero, apresuraba el paso para aprender más rápido”, me cuenta.

Gabriel nació en el estado Amazonas, en Venezuela, y desde muy pequeño tenía las manos llenas de pintura. Sus juguetes

no eran los bates de béisbol, ni los balones de baloncesto y fútbol, los deportes con más arraigo en su país; sus juguetes eran el pincel y los lienzos. Su ejemplo era su papá, don Ramón, un pintor con más de 40 años de experiencia y cuyas obras son baluarte de la cultura venezolana. “Al final, todo lo que he aprendido ha sido a través de él, mi mentor en el arte. Crecí viendo sus cuadros, observaba cómo mezclaba las pinturas, los colores, cómo llenaba los lienzos”.

Las calles de Inírida siempre guardan sorpresas. Son una mezcla muy singular; especialmente la avenida principal, que conecta al aeropuerto con el puerto fluvial de mayor actividad. Sobre ellas hay restaurantes, hoteles, bares y supermercados casi en cada cuadra, y la mayoría de estos establecimientos tienen el toque artístico de Gabriel (lo contaré más adelante). En el puerto, muy cerca del río, comienza mi charla con este pintor



Aunque Gabriel no pudo seguir desarrollando su arte en Venezuela, llegó a Inírida para plasmar en paredes la cultura indígena que yace en la Amazonía colombiana y venezolana.

migrante venezolano quien siempre lleva una sonrisa de oreja a oreja. Al saludar me da un apretón de manos; manos muy limpias, libres de cualquier rastro de pintura, acompañado de un alegre abrazo. A pesar de ser un hábil artista, su oficio se vio afectado por la realidad de Venezuela.

“La coyuntura política nos obligó a marcharnos de allí, pero yo creo que cada venezolano, en su estado nativo, en su lugar de origen, llevaba una vida estable y tenía el calor de su hogar, y podía trabajar poniendo en práctica su profesión o las habilidades aprendidas”, me dice Gabriel con tono melancólico.

En 2018 él y su padre decidieron cruzar la frontera. Con el desconocimiento total del río Orinoco, que separa a los dos países, y sin saber a lo que se enfrentarían en Colombia, se embarcaron en un bote artesanal conocido como bongo, de un motor 40 que, según los expertos navegantes de estas aguas, no tiene mucha fuerza y hace más riesgoso el camino. El viaje duraría tres días. Se enfrentaron a varias dificultades: los insectos que circundan la selva, luego se quedaron sin combustible ni alimentos y tuvieron que dormir en las playas del río. Pero el momento más peligroso de su expedición fue enfrentarse al ‘chorro del muerto’, un riachuelo que por su corriente traicionera y sus remolinos ha causado el naufragio de muchas lanchas. Ellos, con orgullo, cuentan que supieron superar todas las amenazas.

Una vez llegados a Inírida encontrarían las postales y siluetas perfectas para poder plasmar su talento. Sin embargo, al principio no podían cobrar el valor justo por su trabajo, tenían casi que regalarlo, porque en la ciudad no los conocían. “Fue una transición compleja. En mi país valoraban el arte que hacíamos, pero claro, sabían quiénes éramos; aquí teníamos que empezar de cero. Era un reto más que debíamos asumir”.

## El mural del ‘Titanic’

Buscar clientes era el siguiente desafío. Ante la adversidad y los pocos recursos, Gabriel sacó la fortaleza y el ingenio que caracterizan a los venezolanos. Empezó a trabajar en vallas publicitarias, en recuperación de espacios públicos, en murales, pintaba en cualquier pared que encontraba. Su meta: mostrarles a los iniridenses lo que sus manos y su imaginación podían



lograr. Rápidamente, las paredes del pequeño municipio se llenaron de vida con imágenes de las comunidades indígenas, y de las especies de fauna y flora representativas de la región. Incluso, hizo dibujos interactivos en algunos lugares representativos del municipio, espacios donde todos los turistas paran a tomarse la obligatoria foto del recuerdo.

Varios meses después ya era reconocido como ‘el pintor de Inírida’. Su trabajo empezó a ganar la atención que merecía. Me cuenta Gabriel que hoy lo buscan los comerciantes, las instituciones públicas y los vecinos de la ciudad, para que embellezca las fachadas e interiores de sus locales y sus casas. Su firma artística y la de don Ramón se pueden leer en muchos rincones de la selvática Inírida. “El mural *Densikoira* fue una de nuestras primeras obras a gran escala y es una de las de mayor tamaño en la ciudad. Fue un privilegio que nos hubieran elegido a nosotros, dos extranjeros, para llevarla a cabo”, dice el joven artista.

Ese mural hizo muy visible el talento de este par de creadores. La pieza mide seis metros de alto por once de ancho. Con sus pinceladas perfectas y una llamativa gama de colores, evoca la esencia del Guainía (al menos para mí). En esa pared del centro turístico de Inírida, que todos conocen como el ‘Titanic’, a orillas del río, están inmortalizados los íconos de la región: el jaguar, el delfín rosado, las guacamayas, los cerros de Mavecure y, por supuesto, la flor de Inírida. Ese muro colombiano, iniridense, que antes era una pared sin vida, hoy, con el arte de dos venezolanos, es un ejemplo vivo del intercambio cultural entre ambas naciones. La obra no existiría sin el talento de los migrantes. Pero tampoco se habría hecho realidad si la población de acogida no los acepta como iguales y les permite plasmar su arte.

La piel morena de Gabriel identifica a su familia y a sus antepasados; así como la simpatía de sus palabras. Caminar junto a él por las calles de Inírida implica parar en cada esquina. Todos lo conocen, todos lo saludan y hasta queda tiempo para las bromas. Por eso sueña con tener un espacio que le permita seguir embelleciendo este lugar. “Me gustaría tener un estudio de arte bien completo, que incluya la fotografía. Un espacio que les permita a las personas acercarse a las diversas manifestaciones artísticas y, ¿por qué no?, que las invite a experimentar y a usar su piel como lienzo. La pintura corporal es muy interesante. Se podrían hacer sesiones de fotos que incluyan los diseños temporales que la gente se ha pintado en el cuerpo”. Pero, más que un taller, Gabriel y su padre quieren crear un punto de encuentro para transmitir sus conocimientos a los más pequeños de la región. Las mezclas ya no serían solo de pinturas, sino de culturas.



El mural *Densikoira*, pintado por Gabriel y su padre, es uno de los más grandes en Guainía y se convirtió en sitio obligado para que los turistas pasen a tomarse allí una foto.

## Lugares comunes

Millones de colombianos somos migrantes. Alguna vez tuvimos que abandonar nuestro lugar de origen debido a conflictos armados, a disputas intrafamiliares o para buscar mejores oportunidades. Si no olvidáramos esa historia, hoy podríamos comprender mejor a los viajeros que llegan cada día de Venezuela, o a los colombianos retornados que hace varias décadas partieron hacia ese país en busca de mejores oportunidades.





Deberíamos dejar de lado nuestros prejuicios y olvidar frases desgastadas como “los venezolanos vienen a quitarles los puestos de trabajo a nuestros ciudadanos”, o “han arruinado el mercado laboral porque cobran muy poco”. Cabe recordar que, en 2019, durante un debate de alto nivel sobre migración internacional celebrado en la sede de la ONU en Nueva York, Alicia Bárcena, secretaria general de la CEPAL, resaltó los beneficios y efectos positivos que puede traer consigo la movilidad humana.

Por ahora, mi viaje por la cálida capital del Guainía ha culminado. Sé que dejo atrás decenas de historias por descubrir. Los relatos de Yorman, Jorge y Gabriel me enseñaron otra cara de la migración, una que es posible en Inírida, donde pareciera que las relaciones entre los de aquí y los de allá no están definidas por una frontera, un acento o un documento de regularización. He visto una relación de amistad entre dos pueblos.

Inírida me mostró su amabilidad, su sensibilidad con aquellos que lo perdieron todo, con quienes en contra de su voluntad tuvieron que cruzar kilómetros por el río con un nudo en la garganta, pero con la firme convicción de que las cosas cambiarían. Inírida es un ejemplo de que podemos vivir en paz, ser solidarios y empáticos. Al abordar el avión de regreso, mientras despegamos rumbo a Bogotá y me alejo de la calma selvática del Guainía, recuerdo una de las frases recurrentes de mi abuela Sofía; al final, ella me decía: “nadie sabe de la sed con la que el otro vive”.



Puente Simón Bolívar, uno de los  
pasos fronterizos que unen, o  
separan, a Colombia y Venezuela.  
Norte de Santander, 2018.

# 06.

**MIGRACIÓN**

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

[migracioncolombia.gov](http://migracioncolombia.gov)

**MIGRACIÓN**

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

[www.migracioncolombia.gov](http://www.migracioncolombia.gov)

# De Venezuela a Colombia solo había una trocha que cruzar y un permiso por firmar

Fotografías y texto por FÁTIMA MARTÍNEZ

Un seguimiento, a través de los años, a las historias de varios migrantes venezolanos que llegaron de manera irregular a tierras colombianas, antes de la pandemia y de la existencia del Permiso por Protección Temporal (PPT). ¿Cómo ha sido su evolución? ¿Cómo ha crecido su optimismo o su desencanto durante la forzada estadía en una nación tan cercana, y tan lejana, al mismo tiempo?



# H

ay frases que se repiten como martillazos en la mente de los extranjeros que llegamos a Colombia. Veo cuatro carteles iguales, pegados sobre un mural ubicado en la carrera Séptima junto a la calle 19, una de las zonas más transitadas de Bogotá. En ellos se lee la inscripción: “Veneco ladrón pillado, veneco ladrón linchado”. La frase está acompañada por dos figuras pintadas de negro, una le propina una patada a la otra, que está recostada como un perro. Es un día de comienzos de septiembre de 2021. Un año antes, el 29 de octubre de 2020, la alcaldesa del distrito capital, Claudia López, dijo: “yo no quiero estigmatizar, ni más faltaba, pero hay unos inmigrantes metidos en criminalidad que nos están haciendo la vida a cuadritos”. Hacía referencia al incremento de los homicidios en la ciudad, y continuaba: “Aquí, al que venga a ganarse la vida decentemente, pues bienvenido, pero al que venga a delinquir deberíamos deportarlo sin contemplación”. Su mensaje se hizo viral y le trajo muchas críticas. Meses más tarde voy en un taxi, de camino a la calle 100, y escucho que “los venezolanos llegaron a este país para destruirlo”.

A veces siento que en Colombia se habla de la inmigración venezolana como si se tratara de la invasión rusa a Ucrania. Solo que los viajeros del país vecino llegan hasta aquí, dejando en

muchos casos sus familias, sus pertenencias, sus casas y parte de su historia, porque en su nación no encuentran las condiciones para sobrevivir. No quieren invadir, escapan. Llegaron oleadas de venezolanos sin control y, de acuerdo con los estimados de abril de 2022, de la plataforma R4V, cerca de 1 842 390 de ellos se encuentran en tierras colombianas. ‘Venecos’ les dicen algunos, de manera peyorativa. Así como ‘caliches’ fueron llamados los migrantes colombianos, despectivamente, cuando llegaron por millares a Venezuela a partir de las décadas de los cincuenta y setenta. Una realidad que muchos de los habitantes del país cafetero parecen haber olvidado. Veneco. Caliche. Migrantes, tan solo eso.

Yo soy española, de la Mérida extremeña, no de la Mérida venezolana (“chapetona”, me hubiesen dicho en tiempos de la Colonia). Vivo y trabajo en Bogotá desde 2017 y, como periodista, fotógrafa, docente y extranjera, observo con interés el fenómeno migratorio venezolano y la relación de estas naciones que formaron parte de la Gran Colombia. Dos países que comparten el idioma, la pasión por la arepa, la música llanera, los reinados de belleza, una no-frontera de 2219 kilómetros y hasta la fe ciega en la misma religión cristiana y católica, apostólica y romana, heredada del extinto Imperio español.

Sin embargo, entre ambos países, de gobiernos con ideologías opuestas, se ha creado un distanciamiento silencioso y seco. En Colombia gobierna el partido de derecha; Venezuela no podría estar más a la izquierda. El presidente Nicolás Maduro –que no es reconocido como tal por su homólogo colombiano Iván Duque– rompió relaciones diplomáticas con la nación vecina en febrero de 2019.

Un rompimiento que no impidió que la oleada migratoria continuara su expansión. A la migración no le importa qué piensen los presidentes (tampoco le interesa la diplomacia). Los venezolanos siguen llegando, muchos de ellos sin documentos en regla; según las cifras del 5 de mayo de 2022 proporcionadas por el Observatorio de Venezuela, se estima que 2 107 383 migrantes han llenado la encuesta de caracterización socioeconómica; 843 897 ya cuentan con el PPT, y han sido aprobados 1 138 989 de esos documentos de identidad.

He conocido a muchos de ellos en la frontera, o en las calles de Bogotá. Me han contado sus experiencias, amargas o gratas, pero en buena parte de estas se repiten ciertas señas particulares: el abuso laboral, la aporofobia (los rechazan por su condición de vulnerabilidad económica), la xenofobia, los comentarios despectivos por su nacionalidad –“veneco ladrón pillado...”–, entre otras. Suelen ver a los colombianos como unos anfitriones hos-

tiles y desconfiados que, al parecer, no tienen memoria; quizás olvidan que también ellos han tenido que vagar por el mundo debido al conflicto armado. ¿Por qué un país de emigrantes es tan duro con los inmigrantes?, se preguntan estos viajeros que tienen que mudar de piel en cada nuevo destino.

## Dos dólares al mes

A Miriam González, una madre venezolana cabeza de familia, de 65 años, la conocí en marzo de 2018 sobre el puente Simón Bolívar, que comunica al municipio de Villa del Rosario, en Norte de Santander, con la población de San Antonio del Táchira, en Venezuela. Este es el corredor oficial que une ambos países pero, cuando se cierra (por las tensiones políticas o calamidades como la pandemia), el tránsito humano y el intercambio de carga se realiza por diferentes trochas, u obliga a cruzar el río Táchira, a pie, sobre las piedras, si su caudal lo permite.

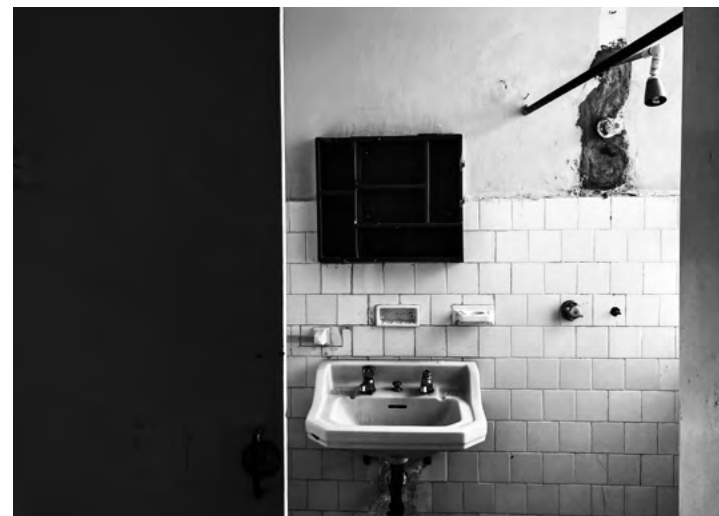
Miriam viajaba de Los Teques, ciudad satélite de la Gran Caracas, hasta la frontera, a vender cigarrillos y cafés todos los meses. Con el dinero de sus ventas esperaba comprarle comida al resto de su familia. Tiene tres hijos y una nieta. La mayor es Patricia, de 38 años, fruto de un matrimonio fallido con un español. Le sigue Julio, 31 años, hijo de su exesposo uruguayo (otra unión que no funcionó). La menor es Valentina, de 14 años. Patricia le dio su primera nieta, Alexandra, de 12 años, quien no conoce a su padre; él las abandonó cuando la niña tenía apenas dos años. Sabe que se llama Sandro (de ahí su nombre) y que es colombiano.

Miriam es una mujer rubia, delgada, de ojos azules agua y quien aún conserva la belleza del ayer. Viste una camisa a rayas y le intriga mi presencia en este puente: “¿Qué hace una muchacha como tú en un lugar como este?”. Estoy aquí, con mi cámara, como periodista, para documentar esta oleada migratoria, le cuento. Ella suena muy indignada: “Como en Venezuela no hay dinero en efectivo ahora nos pusieron a cobrar la pensión por número de cédula”.

Dos meses después de nuestro encuentro en el puente Simón Bolívar, Miriam y su hijo Julio deciden probar suerte en Bogotá. Se cansaron de hacer filas interminables para comprar comida en supermercados desabastecidos, carentes de productos esen-



Alexandra, nieta de Miriam González, mira a través de la ventana de su casa en arriendo en el barrio La Perseverancia. Bogotá, 2021.



El baño de la casa que habitó la familia de Miriam González en La Perseverancia. De aquí saldrían expulsados a los pocos meses por la xenofobia del dueño. Bogotá, 2021.



ciales. Solo viajan ellos dos, Patricia, Valentina y Alexandra se quedan, por ahora, en su país natal.

Es un viaje largo. Atraviesan la frontera, desde San Antonio de Táchira, a través de una trocha. Si escuchaban ruidos de machetes, cerraban los ojos, no volvían la mirada, seguían caminando con el peligro a sus espaldas, pues sabían que podía tratarse de grupos paramilitares. Tomaron un bus en La Parada, un corregimiento de Villa del Rosario; y luego otro, en la terminal de Cúcuta, con destino a Bogotá. Durante el trayecto, la rubia abuela venezolana recordaba su vida. Dice que fue una de las mejores vendedoras de la compañía General Motors, tuvo su propio piso en un municipio acomodado de Caracas, soñaba con jubilarse y tener una vejez tranquila, pero en tan solo unos años se convirtió en una pensionada que recibía dos dólares al mes. Puso a la venta todo lo que le quedaba, reunió dinero para llegar a la capital colombiana y de repente es una mujer migrante que vende cigarrillos y cafés, con su hijo, en un pequeño carrito (ella lo llama “chaza”) en la Plazoleta del Rosario del barrio La Candelaria. El resto de su familia llegaría pocas semanas después.

Los hijos mayores, Patricia y Julio, se buscan la vida como meseros o cocineros en diversos locales de Bogotá. Trabajan entre 8 y 10 horas por menos de un salario mínimo. No tienen prestaciones legales, ni vacaciones, ni derecho a quejarse. Si les va bien podrán ganar 40 000 pesos diarios; así que por hora laborada cobrarían, más o menos, un dólar. Cuando les pregunto a Miriam y a sus hijos si han pensado en regresar a Venezuela, todos me responden con una negativa. Tampoco desean quedarse el resto de sus días en Colombia. Su estadía aquí ha sido muy difícil. Patricia me dice que sueña con irse a España, el país de su padre. Julio quiere marcharse a Uruguay con su madre y sus hermanas.

Nos dejamos de ver durante algún tiempo. La aparición del covid-19 nos condena a todos a guardarnos en las casas y a esperar el retorno a una normalidad que nunca llegaría del todo. Al vernos de nuevo me entero de que en los días más duros de la pandemia, mientras los restaurantes cerraban o quebraban, los dos hermanos mayores trabajaron desinfectando autos, en los barrios acomodados de la ciudad, muchas veces con lágrimas en los ojos. Pero a principios de 2022, cuatro años después, hay buenas noticias para Julio, quien acaba de conseguir su Permiso por Protección Temporal (PPT), un mecanismo de regulación migratoria creado por el gobierno colombiano mediante el decreto 216 de marzo de 2021.

Este documento, que tiene una validez de 10 años, le da condiciones de legalidad al migrante, le permite abrir una

cuenta bancaria, afiliarse al Sistema General de Seguridad Social en Salud y acceder al mercado laboral. De acuerdo con los estimados de Migración Colombia, a principios de mayo de 2022 se habían entregado más de 800 000 PPT. Miriam y su hija mayor esperan con impaciencia que les llegue el mensaje para ir a recoger sus permisos.

A lo largo de su estadía en el país cafetero, marcada por la fiebre del covid-19, Patricia sufrió la explotación, el maltrato laboral y las actitudes xenófobas. Algunas de las personas para las que trabajó la agredieron, “me pegaban en la cara con los trapos o los paños de cocina, me gritaban, me ponían a lavar una enorme cantidad de ropa, cuando llegaba a casa las manos me estaban sangrando”. A ella y a su familia les costó hallar un hogar estable, buscaron muchos alquileres baratos en barrios como los Laches y La Perseverancia, en la localidad de Santa Fe, al centro de Bogotá. Ahí, de acuerdo con la Personería del distrito, vive el 1,15 por ciento de la población proveniente de Venezuela. Patricia, por supuesto, escuchó muchas veces la frase: “Veneca, vete a tu país, deja de robarnos el puesto”.

Miriam, la abuela de carácter fuerte, me dice: “si no somos buenos para Colombia, entonces Colombia tampoco es buena para nosotros. No queremos que las niñas hagan vida y futuro aquí”. ‘Las niñas’, Valentina y Alexandra, en estos tres años casi no han pisado las aulas, su formación escolar está estancada, y el tiempo perdido es difícil de recuperar. Julio, el varón de esta familia de mujeres, ha sido hasta ahora el principal soporte económico de su hogar, si él se queda sin ingresos, no habrá comida ni techo. Ahora que cuenta con el Permiso por Protección Temporal, quizá su suerte cambie, aunque algunos especialistas afirman que este documento no tiene tantas bondades como parece (lo analizaremos dentro de poco). Sé que en algún momento nos volveremos a encontrar.

## “Yo soy costeña”

También he visto realidades opuestas a la de Miriam y los suyos. Conozco otros migrantes que han conectado de manera natural con Colombia. Es el caso de María Elena Vivas, una venezolana de 52 años, hija de madre colombiana indocumentada

da en Venezuela, procedente de Coro, estado de Falcón. Llegó a Bogotá en mayo de 2018 como inmigrante irregular, siguiendo los pasos de Rosa, su hija adoptada de 21 años, quien también viajó a Colombia en ese año. María Elena, una rubia de pelo largo y de ojos marrones, no se dejó ganar la partida por las actitudes xenófobas. Las palabras hirientes y las frases despectivas supo mandarlas rápido al olvido. “A veces he tenido que mentir, negar mi nacionalidad y afirmar que soy costeña –cuenta entre risas–. Yo no me voy a poner a llorar por las cosas que me han dicho. Además, aquí he encontrado gente buena”.

A los pocos meses de vivir en Bogotá, un amigo suyo la recomendó con la señora Anah, una mujer israelí que buscaba una trabajadora interna para su hogar. Allí empezó a trabajar como empleada doméstica, cuidando de sus dos hijos y de su casa en el elegante barrio de La Cabrera, al norte de la ciudad. Se siente afortunada por contar con un trabajo estable, un salario mínimo y, especialmente, por el nacimiento de su nieta, Mía; una bebé bogotana, nacida en la pandemia, hija de Rosa (venezolana) y de un padre colombiano. Ella es su gran ilusión.

Mientras espera su Permiso por Protección Temporal, me dice que, si dependiera de ella, y si tuviera la posibilidad de adquirir una vivienda, se quedaría en Colombia. Sin embargo, sabe que en algún momento tendrá que regresar a su nación de origen. “Le tengo mucho cariño a Bogotá y a este país, yo no me puedo quejar de lo que he vivido aquí, jamás lo haría. Me ha ido muy bien, gracias a Dios”. A lo único que le teme es a morir en tierras colombianas sin ser una ciudadana regular. “Si muero en esas condiciones no tendré un entierro digno, me meterán en una bolsa negra, y esa será mi despedida”.

## Pacto con el diablo

Mientras tanto, en el parque El Virrey, en el norte de Bogotá, se encuentra Jorge Torres, un venezolano fuerte de 58 años, gay, de dos metros de altura y ojos claros como los de un gato. Su aspecto confunde. Supongo que hizo un pacto con el diablo porque su apariencia es la de un joven que apenas ha entrado en la treintena. A su alrededor caminan, trotan, hacen yoga y pasean a sus perros decenas de colombianos de estratos socioeconómicos



Jorge Torres, entrenador personal venezolano, sonríe porque en Colombia ha encontrado su lugar de residencia y trabajo. Bogotá, 2021.

altos, y varios turistas extranjeros. Aquí se desempeña, al aire libre, como entrenador personal. Toda su vida la ha dedicado al *fitness*. Era instructor de gimnasio en la ciudad de Valencia, estado Carabobo, y fue además bailarín de danza contemporánea. En 2018 decidió abandonar su país, siguiendo los deseos de su mejor amigo, quien le pidió que dejara todo atrás y que vivieran juntos en la nación vecina. Aquí, Jorge encontró un arriendo barato en el barrio Las Nieves, en el centro de la capital.

Me dice que está feliz y agradecido con Colombia; y que a él no le ha “sonreído” la suerte, “yo la he buscado”. Ha sido uno de los primeros venezolanos en recibir su Permiso por Protección Temporal. Gana cerca de dos millones de pesos al mes (alrededor de 500 dólares) y reconoce que su situación es muy diferente de la que viven la mayoría de sus compatriotas. “Lo sé, muchos compañeros me cuentan que trabajan todo el día, no sé cuántas horas, por 30 000 pesos. Aun así, no entiendo cómo, logran mandarles algo de dinero a sus parientes en Venezuela”.

Jorge cree mucho en Dios y en las ‘buenas vibras’. “Y cuando tú te las buscas, te llegan más rápido. A mí la gente me ha tratado bien, yo no he sentido xenofobia nunca”. Su deseo es regresar algún día a su país, donde están su casa, sus pertenencias





Rosa Castro celebrando los cumpleaños de sus dos hijos, Franklin y Yéiber, en el parque de la Independencia de Bogotá en el año 2020.

De Venezuela a Colombia solo había una trocha que cruzar y un permiso por firmar

cias y su familia, pero por ahora seguirá en Bogotá. “Hoy estoy disfrutando de estar en Colombia”. Y les da algunos consejos a los demás migrantes venezolanos, “que trabajen, que hagan las cosas bien, hay que ganarse la vida de una manera honrada, así tendrán éxito en cualquier parte del mundo”.

## Destino inesperado

En un día lluvioso de finales de marzo de 2020, justo cuando comienzan a decretarse los primeros aislamientos preventivos por causa de la pandemia, me encuentro con Rosa Castro, una venezolana de 38 años que pide dinero en el parque de la Independencia, junto con sus dos hijos adolescentes, Franklin y Yéiber, de 14 y 12 años respectivamente; dos chicos adictos a la música latina, al dibujo y al *manga*. Por estos días, ante el cierre de buena parte del sector hostelero —una de las grandes fuentes de empleo, legal o irregular, para los inmigrantes—, muchos venezolanos han resuelto volver a su tierra.

Mientras el fuerte aguacero transforma el asfalto en agua, Rosa me cuenta que es una madre migrante, que no tiene dinero y que su esposo desapareció al poco tiempo de llegar a Bogotá. Este es solo el inicio de una historia que tendría giros inesperados. Sola y sin recursos, decide irse con sus hijos a una finca en el departamento de Boyacá. Cuando ya había perdido todas las esperanzas de reencontrarse con su marido, este la llama de manera sorpresiva y la pone al tanto de su nuevo destino. Para verse otra vez, ella y los chicos tendrán que atravesar una trocha por tres dólares, cruzar en barca un río fronterizo y entrar al Ecuador. Ese era apenas el inicio de la ruta. Después se subirían en la parte alta de un camión, recorrerían la geografía ecuatoriana y llegarían hasta el Perú, donde podrían volver a abrazarse Rosa, su esposo, Franklin y Yéiber. Después de un año de pobreza extrema, los cuatro conseguirían trabajo en una empresa de reciclaje de ese país.

## Como una ola

Esta migración masiva y a la fuerza, de la que forman parte los protagonistas de todos los anteriores relatos, la conforman cerca de dos millones de realidades distintas. A ella habría que sumar a los colombianos retornados a su propio país, que suman alrededor de 980 000, según las cifras de R4V. Es un flujo migratorio difícil de controlar, más para una nación que difícilmente puede poner en orden las obligaciones de su política interior. La expedición del decreto 216 de marzo de 2021, por medio del cual se crea el Permiso por Protección Temporal (PPT), ha traído consigo grandes esperanzas para los llegados de Venezuela, pero también habría que revisar ciertas variaciones apreciativas en las condiciones de los migrantes, que han tenido lugar en los últimos años.

En 2020, la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR), que tiempo atrás contemplaba a los migrantes del país vecino como “refugiados”, les otorga una nueva categoría. Esta modificación, de acuerdo con Pablo Pérez Herrera, especialista socio jurídico y de protección en la Pastoral Social Cáritas, presenta una diferencia sustancial: “ahora, para que un inmigrante de Venezuela sea refugiado, debe pedirlo, de lo contrario no tendrá esa condición”. Según él, quien tiene la doble nacionalidad (es venezolano y colombiano), y conoce desde hace años lo que acontece en ambos países, no se puede tener dos condiciones migratorias al mismo tiempo. Es decir, el viajero debe decidir si quiere ser amparado por el Estatuto Temporal de Protección para Migrantes Venezolanos o seguir sus trámites en busca de refugio. Si se le otorga el PPT, ya no podrá aspirar a ser refugiado. Y en caso de que esta última sea su condición legal en el país, no podría acceder al Permiso por Protección Temporal.

“La que vivimos actualmente no es una migración económica, es una crisis de refugiados, y esta no solo se produce cuando estalla una guerra o se presenta una persecución política”, asegura. De hecho, por cuenta de la mala alimentación, el estrés mantenido en el tiempo y su condición de inmigrantes en condiciones de vulnerabilidad, “son muchos los venezolanos que llegan aquí para morir”, me explica Pablo.

¿Qué ha provocado este exilio voluntario de millones de personas? Aunque no soy historiadora, mi trabajo como reportera está en la calle y allí, con mi cámara, suelo retratar las realidades que me encuentro en Bogotá, en las fronteras, en Kenia, en Tijuana o en Tumaco (las imágenes que acompañan este texto son el reflejo de lo que hago), pero encontré una buena síntesis de la evolución histórica de Venezuela en uno de los

artículos que componen el libro *La crisis venezolana, impactos y desafíos*, publicado en 2019.

En ese texto, titulado ‘Colombia de cara a los desafíos y oportunidades que representa la migración venezolana’, escrito por Ronal Rodríguez y Francesca Ramos, se explica que la historia del país vecino puede contarse, brevemente, en cuatro grandes periodos: 78 años de caudillismo (1830-1908), 50 años entre dictaduras militares (1908-1958), 40 años de democracia pactada (1958-1998) y más de dos décadas de la llamada “Revolución bolivariana” (1998, hasta nuestros días).

En esta última etapa histórica surge el fenómeno migratorio actual, que puede resumirse en cuatro oleadas principales, así lo detalla el informe *Retos y oportunidades de la movilidad humana venezolana, en la construcción de una política migratoria colombiana*, presentado en 2018 por el Observatorio de Venezuela, de la Universidad del Rosario, y la Fundación Konrad Adenauer.

La primera se produciría entre 1999 y 2002, principalmente por razones políticas; coincide con la primera elección presidencial de Hugo Chávez, el inicio de la expropiación de tierras, el golpe de Estado en su contra y su veloz retorno al poder. La segunda tiene lugar entre 2003 y 2009, su detonante es el despido de 17 871 empleados de la compañía petrolera PDVSA y es causada por persecuciones políticas y socioeconómicas. En la tercera oleada, que comienza en 2010 y termina en 2014, llegan ciudadanos de las élites venezolanas y migrantes capacitados en diversas profesiones. Y la cuarta, enmarcada entre 2015 y 2018, es la denominada “ola de emigración por crisis humanitaria”; los viajeros huyen de una nación donde han aumentado la desnutrición, la inequidad, las epidemias, los homicidios y donde el 87 por ciento de sus habitantes vive por debajo de la línea de pobreza.

Federico Ríos, reportero gráfico colombiano, ha fotografiado este fenómeno migratorio para el diario *The New York Times*. Ha seguido con atención varias de esas oleadas, las ha visto venir, retornar a su país de origen, para regresar de nuevo a Colombia. En la más reciente ha notado que los venezolanos ya no buscan establecerse en Sudamérica, quieren dar el gran salto hasta Estados Unidos, cruzando por el tapón del Darién; esa ruta, en la que reinaban los haitianos, es dominada hoy por los emigrantes de la nación bolivariana. “La situación política y social que viven dentro de su país los empuja a buscar mejores alternativas fuera de esas fronteras. Muchos de esos migrantes abandonan su tierra con muy pocos recursos económicos, académicos y tecnológicos; eso hace que, en el camino de escape, y en los países de acogida, se topen con muchos obstáculos difíciles de sortear”, me cuenta el reportero gráfico en una entrevista.





Viajeros cerca del corregimiento de Paraguachón en La Guajira, ubicado entre los límites entre Venezuela y Colombia (2018).

## Verdadera integración

En los últimos meses, las fuentes oficialistas y las figuras cercanas al régimen de Nicolás Maduro, quien lidera la desgastada Revolución bolivariana, hicieron popular la frase –el mantra propagandístico–: “Venezuela se arregló”. Y se arregló, supuestamente, por la llegada de dólares y de remesas internacionales. ¿Se arregló?, le pregunto a Juan Ernesto Páez-Pumar, director del medio caraqueño *Diario 2001*. En una de las portadas de abril de su medio digital, se habla de la “resurrección” de las tarjetas de crédito, y de la inyección de divisas en el mercado nacional. “Estamos menos mal, han puesto una morfina en la economía venezolana que nos ha aliviado un poco el dolor, pero eso no significa que se hayan arreglado todos los problemas”, dice. Juan Ernesto recuerda que los informes de las instituciones universitarias más importantes de su país, entre ellas las universidades Central y Simón Bolívar, dan cuenta de un nivel de pobreza del 90 por ciento, con acceso limitado a los alimentos, a los servicios más básicos y a la salud.

Con una crisis económica tan marcada, no es de extrañar que, según las cifras reveladas en abril de 2022 por la plataforma R4V, haya 6 113 035 de refugiados y migrantes venezolanos en el mundo, que 5 063 560 de ellos se encuentren en diferentes naciones de América Latina y el Caribe, que casi dos millones (la tercera parte del total) estén en territorio colombiano; y muchos más continúen como nómadas, y se jueguen la vida y su futuro en las calles, las trochas y los ríos de la amplia geografía del continente.

La decisión más sensata que pueden tomar las naciones de acogida es darles un reconocimiento legal a los emigrantes que arriban a sus ciudades. Como explica Pablo Pérez Herrera, responsable del área de migraciones de Pastoral Social Caritas Colombiana, al ser entrevistado: “la regularización migratoria es la mejor medida de protección, tener un documento te da un mínimo de dignidad, de autorreconocimiento”. En Colombia, el vecino desbordado por el éxodo masivo de venezolanos, empezaron a instaurarse algunas medidas que buscaban esa regularización desde el gobierno pasado, presidido por Juan Manuel Santos (2010-2018). Los primeros pasos se dieron con documentos como la Tarjeta de Movilidad Fronteriza (TMF), el Registro Administrativo para los Migrantes Venezolanos (RAMV) o el muy preciado Permiso Especial de Permanencia (PEP). “Aunque este no servía como documento de identidad”, recuerda Pablo.

Hoy, con el Permiso por Protección Temporal, PPT, creado en la administración Duque –y al que ya hemos hecho mención–,

los migrantes de Venezuela sí tendrán un documento físico que les servirá como identificación legal hasta el 30 de mayo de 2031. Con este permiso “el inmigrante puede acceder al sistema de salud, a la atención social que se presta en el país, pero también puede establecer dinámicas privadas, podrá firmar sin temores un contrato de arrendamiento o pedir un préstamo ante una entidad bancaria”, dice el investigador y vocero del Observatorio de Venezuela de la Universidad del Rosario, Ronal Rodríguez.

Sin embargo, en sus primeros meses de expedición, el Permiso por Protección Temporal todavía no es aceptado en todas las entidades prestadoras de salud colombianas, y buena parte del sistema financiero local aún no lo reconoce. Estas fallas deberán corregirse pronto para que dicho documento de policarbonato, que incluye elementos biométricos y otros avances en seguridad, en realidad funcione. “No basta con darles una documentación o con regularizarlos, para que los migrantes tengan una verdadera integración debe haber una apertura y una transformación social (en el país de acogida), porque las migraciones transforman las sociedades; y en este caso estamos hablando de dos millones o dos millones y medio de venezolanos”, recuerda Ronal.

El PPT puede ser un buen instrumento para la regularización y la inclusión de los migrantes de Venezuela, pero esta iniciativa debe estar acompañada de una enorme campaña pedagógica de gran alcance nacional. De poco servirá tener centenares de miles de migrantes regularizados, si los colombianos no los aceptan como “iguales”. Ahora, será complicado limar asperezas, dejar de lado los lugares comunes, los calificativos despectivos (“Veneco ladrón pillado...”), los señalamientos, si a nivel oficial las dos naciones continúan con sus posturas radicales y su ruptura diplomática. ¿Cómo acoger al otro, cómo tratar de entenderlo, si desde el ámbito político las dos repúblicas se rechazan? El ejemplo debería comenzar por los representantes del gobierno. Los ciudadanos que cruzan su línea fronteriza deberían estar por encima de ellos.

## La última frontera

Mientras tanto, en la noche lluviosa del jueves 7 de abril, en la carrera quinta y a la salida de su trabajo, cerca del barrio La Per-



severancia, tres hombres cuchillo en mano asaltaron a Julio y le robaron el celular. Él reconoció a uno de los ladrones. Sospecha que son vecinos del barrio. El atraco, al parecer, era también un aviso. Quizás una advertencia de que aquí su familia no es bienvenida. Mientras Julio asimilaba el violento recordatorio, el mismo día, Patricia y Miriam habían recibido otro más esperanzador: les confirmaban por mensaje de texto que podían ir a recoger sus Permisos por Protección Temporal.

Pensé de inmediato en Rosa Castro, a quien le robaron su bolso, con su documentación y la de sus dos hijos, en el barrio Chapinero, a las pocas semanas de llegar a Bogotá. Los recién llegados también viven los atracos, mientras se abren paso en el país de los 'caliches'. Aquí tendrán que convivir con ciertos desagradables "avisos", bajo la advertencia de que no son siempre bienvenidos, y serán con frecuencia culpados de los crímenes y los robos de la capital.

Por su parte, María Elena continúa trabajando en casa de la señora Anah y espera su pronta regularización. El atlético Jorge sigue con su rutina física y de "buenas vibras" de lunes a domingo en el parque El Virrey. Su número de alumnos crece, y a todos les ayuda con sus rutinas de peso y de alta intensidad, así suben la autoestima mientras rebajan kilos. En el Perú siguen Rosa y su marido, en la fábrica de reciclaje, que les mantiene en una casa unidos y a sus dos hijos entretenidos.

Todas estas historias, y las de millones de migrantes más, nos invitan a reflexionar sobre las fronteras, para qué sirven y de dónde nos vienen, si de nuestras cabezas o de nuestros corazones, para atravesar países, continentes y ríos, y seguir vivos. Como me diría Julio: "Al final no entiendo, las fronteras las creó el ser humano, no deberían existir".







Antonio Giménez comparte su experiencia y amplia formación musical con más de 50 alumnos de la Licenciatura en Música de la Universidad de La Guajira.

07



# El maestro de Dudamel

Por OSIRIS CEBALLOS GARRIDO  
Fotografías de RAFAEL SIFONTES BRACHO

Además de haber sido uno de los profesores del reconocido director de orquesta venezolano, el músico y docente Antonio Giménez, nacido en Barquisimeto, sueña con universalizar el vallenato. En 2018, asfixiado por la inflación de su país, llegó a Riohacha para convertirse en docente de la Universidad de La Guajira. Desde este lado de la frontera, el 'profe' mezcla el género caribeño con armonías más estilizadas y trabaja en una revolucionaria 'Pianística Vallenata'.

# E

l día en que Antonio Giménez emprendió su viaje hacia Colombia, sin fecha de retorno a su natal Venezuela, se impresionó al llegar a un lugar donde las tardes crepusculares, los cardonales y el cardenal rojo se alzaban como emblemas de la ciudad que lo recibía. Esa coincidencia en el paisaje hizo que este músico y director de orquesta se sintiera en Bar-

quisimeto, la ciudad donde creció, aunque esta vez frente al mar Caribe y con sonidos totalmente nuevos para él: los del vallenato.

En Riohacha, la capital de La Guajira, Antonio encontró el mejor trabajo. Eso es lo que el 82,8 por ciento de los migrantes venezolanos salen a buscar fuera de sus fronteras, según los datos de la Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (Encovi) 2019-2020, un estudio desarrollado por la Universidad Central de Venezuela, la Universidad Católica Andrés Bello y la Universidad Simón Bolívar, tres importantes instituciones venezolanas que sumaron esfuerzos para presentar estadísticas precisas ante la carencia de cifras oficiales en el país vecino.

Al poner un pie en Paraguachón, corregimiento del municipio de Maicao, fronterizo entre Colombia y Venezuela, comenzó a escuchar con fuerza la música que marcaría su nueva vida. Diomedes Díaz sonaba sin parar en el auto que lo condujo hasta la

Universidad de La Guajira, en Riohacha. Allí lo esperaban para iniciar sus labores como docente e investigador de licenciatura en Música; lo habían seleccionado por su experiencia y trayectoria.

El chofer cantaba con fuerza mientras Antonio analizaba las melodías, tan diferentes al repertorio europeo que solía ser parte de su formación universitaria en Caracas y París, Francia. Sabía que eran vallenatos, pero, hasta ese momento, sus únicos referentes del género eran el Binomio de Oro y Carlos Vives.

Le esperaban muchos días de estudio vallenatero. Poco a poco comprendía la importancia del proyecto para el que había sido elegido, y por el cual logró su estatus de regularidad en Colombia desde el día de llegada. El rector de la institución, Carlos Julio Robles, se había encargado de adelantar los trámites consulares para que así fuera, pues en esa época aún existían relaciones diplomáticas entre ambas naciones.

El nuevo reto que afrontaba Antonio promovía el uso del género popular como referente para la pedagogía musical. Los programas del estudio de pregrado dejan de lado el purismo. Aquí el vallenato puede tener un nivel de estilización que le permita ejecutarse con instrumentos de orquesta. No es una fusión casual o descuidada, este nuevo enfoque parte del entendimiento de las raíces del género, de su historia y de una investigación con rigor científico; se busca que el vallenato se estudie con un método.

## A otro nivel

El psicólogo, músico y docente Roger Bermúdez ha sido el líder de este proceso, y gracias a él se creó la licenciatura en Música de la Universidad de La Guajira. A diario les recuerda a los profesores de su programa que “tienen una oportunidad histórica para hacer del vallenato una música universal”.

La llamativa iniciativa que comenzaba a surgir en La Guajira resonó de inmediato en la cabeza de Antonio Giménez. A lo largo de sus años de aprendizaje musical había conocido una amplia gama de sonidos y armonías que podían fusionarse con las composiciones vallenatas. Por eso llegó hasta aquí. “Por mi perfil de compositor y arreglista, el profesor Roger me ha pedido que investigue sobre la creatividad musical con elementos de vallenato. Él quiere que mi trabajo se inspire en los trabajos realiza-



dos en países como Argentina o Brasil, donde la música popular, conservando su esencia, se llevó a un nivel más elevado. Eso es lo que estamos haciendo aquí en La Guajira”, explica Antonio, quien trabaja en el proyecto ‘Pianística Vallenata’, con el que busca desarrollar el repertorio de este género caribeño para piano solista.

“Cada arreglo está pensado con diversos criterios de dificultad técnica, desde lo más sencillo hasta lo más complejo, esto les permitirá a nuestros estudiantes aprender a interpretar el piano usando este género musical como vehículo pedagógico. Aunque también llevaremos a cabo la ‘Guitarrística Vallenata’, y seguiremos el recorrido con todos los instrumentos”, asegura el músico migrante.

En su mente ha organizado toda la información, siempre bajo la guía de expertos, como los profesores guajiros Roger Bermúdez, Abel Medina, Emmanuel Pichón y Álvaro Ibarra, entre



otros. Ellos le han orientado en esta fusión de sonidos y en la integración a una cultura musical que se ha vuelto suya.

Antonio está acostumbrado a los retos de la enseñanza. En Venezuela, hasta 2018, el año de su partida, fue profesor de la licenciatura en Música en una de las mejores universidades de su país, la Centroccidental Lisandro Alvarado. A sus 49 años llegó a tierras guajiras para ser docente y formar parte de los 1 729 537 migrantes venezolanos que vivían en la nación cafetera para esa época, según los datos de Migración Colombia.

Trajo consigo un pesado bolso lleno de títulos y diplomas, que incluyen un doctorado, experiencias y conocimientos que hoy comparte con más de 50 alumnos de la institución guajira. El número irá creciendo a medida que vayan ingresando nuevos estudiantes a la carrera. Giménez ha grabado todas sus clases en video, con ejemplos sonoros para adecuarse a la creación de aulas virtuales exigidas por la universidad, además de las clases sincrónicas y la creación de un canal de YouTube, donde los estudiantes pueden encontrar contenidos asociados a su proceso de formación musical.

## Un viaje con escalas gloriosas

Antonio había triunfado en su país. La tradición artística de su familia fue importante en la elección de su carrera y en su formación que comenzó, quizá sin darse cuenta, en las fiestas con sus parientes. En ellas no faltaban la música en vivo, las tertulias y el intenso olor de pinturas al óleo recién plasmadas sobre grandes lienzos. Creció rodeado de compositores, pianistas, cantantes, poetas y artistas plásticos de su familia paterna y materna, entre Quíbor y Barquisimeto, dos poblaciones del centrooccidente de Venezuela; la última es conocida como la ciudad musical del país vecino.

A los diez años comenzó sus estudios de música clásica de manera privada y a los 17 ingresó a la licenciatura en Música en el Instituto Universitario de Estudios Musicales, en Caracas, hoy rebautizado como UNEARTE. En 1997, Giménez recibió un crédito educativo de parte de la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho para estudiar Dirección de Orquestas en el Conservatorio Nacional de la Región de Reims, en Francia, país donde también

obtuvo un diploma en Composición de Música para Cine en la Escuela Normal de Música de París.

Era la Venezuela de la apertura y la nacionalización petrolera. Una nación que brindaba otras oportunidades. En esa época existía un programa, con más de dos décadas de tradición, que les financiaba a los talentos locales sus estudios en el extranjero, con el compromiso de que, tras su formación, debían regresar al país para aplicar y compartir lo aprendido. Por esas mismas fechas, en la frontera cercana, nacían las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), y una oleada de masacres provocaba un enorme fenómeno de migración interna –fueron miles los desplazados por la violencia– y externa, que marcó a la república cafetera en esos decenios. Muy pocos migrantes se planteaban viajar a Colombia; un panorama muy distinto al que se vive ahora en el país, donde se encuentra el 42 por ciento del total de emigrantes venezolanos, según la Encovi 2019-2020.

Antonio cumplió su compromiso. Al terminar sus estudios en Europa regresó a su patria para dirigir distintas orquestas del Sistema Nacional de Orquestas y Coros Juveniles e Infantiles de Venezuela, además de dar clases. Fue el maestro del reconocido director Gustavo Dudamel, primer violín de la Orquesta Sinfónica Juvenil de Lara, que el mismo Antonio dirigía. También se desempeñó, durante diez años, como director artístico de la Banda de Conciertos del estado Lara, que tiene más de 137 años de tradición.

Durante un largo tiempo disfrutó de la gloria profesional. Tenía la suerte de triunfar en el campo que más lo apasionaba. Hasta que, en 2017, la inflación venezolana rebasó todos los límites, y cerró el año en 2616 por ciento, de acuerdo con las cifras ofrecidas por una comisión especializada del Parlamento venezolano. Un número escandaloso que pulverizó los ingresos del director de orquesta quien, como profesional y padre de familia, se planteó la idea de migrar.

“Recuerdo que me pagaron mi sueldo, fui al supermercado y todo el dinero se terminó al comprar un litro de leche, un cartón de huevos y unas verduras. No había más plata para todo el mes. En los meses siguientes vendí los equipos de mi estudio de grabación, y algunas joyas, para poder comer y pagar los gastos de mi hijo. No alcanzaban nuestros recursos, ¡y eso que mi esposa –la autora de este artículo– también trabajaba! Por fortuna, poco después me enteré del concurso de la Universidad de La Guajira, y cuando me notificaron que había sido seleccionado no dudé en viajar a Colombia”.





## Dos libras de queso

Ante la difícil situación económica, muchos músicos profesionales venezolanos decidieron marcharse, como Antonio, aunque no todos corrieron la misma suerte. Leonor Freitez, flautista y exdirectora ejecutiva de la Banda de Conciertos del estado Lara, conoce bien esta realidad: “La mayoría de los sueldos que reciben los músicos tienen el valor de un kilo de queso. Tal vez te aumenten el salario y te alcance para comprar dos kilos de queso y uno de arroz, pero al mes siguiente, aún con el incremento, solo podrás comprar el mismo kilo de queso; sin arroz”.

Leonor se formó en el Sistema Nacional de Orquestas y Coros Juveniles e Infantiles de Venezuela desde los 12 años. Se desempeñó como músico ejecutante de distintas orquestas y fue profesora de instrumentos de viento madera del mismo sistema. Por eso puede hablar con tanta propiedad sobre este tema que “está afectando de manera mortal a la música académica y a las orquestas en Venezuela”.

Aunque sabe que hay otros peligros que enfrentan sus colegas. “Los músicos venezolanos también migran debido a la inseguridad. Nuestro trabajo suele ser nocturno. Al salir de las funciones y los conciertos, con nuestros costosos instrumentos a cuestas, nos convertimos en indefensas víctimas de los atracadores. Algunos te roban y luego te piden una recompensa para devolverte lo que te han hurtado”, dice Leonor con tristeza. “Resulta frustrante. Estudiamos mucho y nuestro ingreso es cada vez menor. Y es mínimo el valor que se le da al trabajo del músico, que también se ve afectado por la politización de las instituciones culturales. Las orquestas y las bandas en Venezuela dependen del gobierno nacional, o de las autoridades locales. Nos afectaron la ética y la dignidad al pedirnos usar una camisa del color del partido, asistir a concentraciones y hacer campaña política. Muchos artistas no aguantaron esas peticiones”.

Leonor Freitez aún integra la Banda de Conciertos del estado Lara. Recibe un salario mensual de tres dólares estadounidenses, al cambio de bolívares soberanos, la moneda que ha ido cediendo su lugar a la “dolarización forzada” que se vive en Venezuela desde 2019, según lo explica el economista José Guerra.

Entre 2016 y 2018 muchos músicos venezolanos abandonaron las orquestas en las que tocaban. Hubo, incluso, cinco renuncias en un mismo mes. Algo inédito en el sector. Leonor, quien dirige la Banda de Conciertos, fue testigo principal de estos sucesos. “Casi el 30 por ciento de nuestros integrantes decidieron dejarla. Todas las dimisiones se produjeron en 2018, todos se iban del

país. Eran músicos de altísimo nivel, no era sencillo reemplazarlos”. Aunque al año siguiente se dio a la búsqueda de intérpretes capaces de cubrir esas vacantes, no halló todos los talentos que necesitaba. “Incluso antes de la pandemia teníamos plazas abiertas para oboe, saxofón y clarinetes. Solo contábamos con jóvenes cuya formación era de segundo o tercer nivel, era imposible que pudieran asumir el complejo repertorio de la banda. Esas bajas también han afectado el nivel artístico de las orquestas. Y las vacantes siguen existiendo”, asegura la flautista.

La misma historia se repite en todo el país, incluso en la Orquesta Simón Bolívar, que representa la cúspide del Sistema Nacional de Orquestas y Coros Juveniles e Infantiles de Venezuela, y que se ha visto obligada a renovar su plantilla por la migración a gran escala. La fuga musical ha sido dolorosa. Se fueron tantos buenos intérpretes a Estados Unidos, por ejemplo, que allí, en 2019, nació la orquesta Bolívar Phil, o “Simón Bolívar de Miami”. Como lo explica uno de sus creadores, Carlos Aragón, el 95 por ciento de sus integrantes son venezolanos.

La historia del músico emigrante y los datos que comparte la exprofesora de “El Sistema”, brindan contexto a las estadísticas que muestra Migración Colombia en su documento “Distribución de venezolanos en Colombia 2020”, que revela cómo los ciudadanos del país vecino pasaron de 23 573 en 2014, a 1 174 743 en 2018, el mismo año en que Antonio Giménez decidió recomenzar su vida en Colombia; el mismo periodo que contabiliza la mayor cantidad de migrantes desde que se inició este éxodo.



El director de orquesta trabaja con un grupo de investigadores y artistas para fusionar lo mejor del vallenato con la música clásica y así convertirlo en un género reconocido globalmente.

## ‘Matar un tigre’

De aquel primer encuentro entre el profesor venezolano y el vallenato, han pasado tres años. Durante ese tiempo, Antonio ha elaborado una biblioteca de sonidos y patrones del género para usar creativamente en arreglos y composiciones originales, que comparte con sus alumnos y compañeros de trabajo.

Esa biblioteca le permite sumar a la lista de reproducción de música universal, con la que llegó a Colombia, las piezas de Luis Enrique Martínez, Alejo Durán, Juancho Polo Valencia, Leandro Díaz, Diomedes Díaz, Silvestre Dangond y distintos trabajos de vallenato acústico, entre los que destaca *Sólo clásicos* de Peter Manjarrés, el cual define como “una joya vallenata”.

En 2019 fue seleccionado como jurado del Festival Francisco el Hombre, un importante espacio cultural para la formación de intérpretes vallenatos. Esa experiencia le permitió entender su vinculación profunda con dicho género musical y con el territorio que lo ha recibido. Hoy, el profesor sueña con la creación de un estudio de posgrado en Vallenatología, que le gustaría poder liderar en el futuro; y con seguir el sueño propuesto por la Universidad de La Guajira, “universalizar el vallenato”.

Antonio no es el único músico profesional venezolano en esta institución. Con él trabajan otros dos dedicados colegas, Freddy Flores Ávila y Vanessa Pérez Cárdenas.

“La presencia de los talentos venezolanos en esta licenciatura no solo es favorable, sino que resulta indispensable. En su país, a pesar de la crisis actual, en el campo musical ha habido más avances que en el nuestro. Quienes se forman allá tienen todo el conocimiento de la música universal y además entienden perfectamente los sones caribeños. Eso ha sido una ganancia para nosotros”, asegura Bermúdez, el profesor líder del proceso investigativo.

Los alumnos secundan la idea del profesor guajiro. Francisco Palencia, violinista y estudiante, valora el gran talento de sus maestros venezolanos, y admira la generosidad con la que el ‘profe Antonio’ –como lo llaman sus pupilos– atiende cada una de sus dudas. “Siempre te da más de lo que pides, profundiza, comparte detalles, y eso hace que sus alumnos veamos todo con mayor claridad”, comenta Palencia.

Oswaldo Figueroa, clarinetista riohachero y también estudiante de música, rescata la paciencia del profesor y la naturalidad con la que transmite hasta los conceptos más complicados, y asegura que ‘el profe’, además, representa la unión de unos y

otros. “Los guajiros tenemos mucha cercanía con Venezuela y la integración ha sido mutua, hablamos el mismo idioma que va más allá del español: hablamos el lenguaje de la música, a veces con los modismos de cada país, pero él nos ha enseñado los suyos y nosotros los nuestros, y eso ha borrado cualquier barrera”.

El estudiante cuenta entre risas que en algunas ocasiones le han pedido permiso a Antonio para retirarse antes de que finalice la clase porque les “salió una moña”, expresión coloquial, típica de los músicos colombianos, para decir que tienen un “toque” o un compromiso artístico poco formal. El ‘profe’ les da la autorización respondiéndoles: “vayan a matar su tigre”, que significa lo mismo, pero en venezolano.

## Sin perder la esencia

“En el conjunto vallenato el piano es de reciente inclusión y principalmente se usa como un instrumento acompañante. Al introducir la modalidad del piano solista, se lleva el género a una dimensión más universal, se evoluciona su lenguaje y, por ende, su técnica de ejecución se hace más compleja, pero conservando la esencia de la música que le dio su origen”, explica Giménez en referencia a su trabajo ‘Pianística Vallenata’.

Él sabe que con su aporte lograrán cumplir la meta propuesta: “parir a los Astor Piazzolla, o a los Heitor Villa-Lobos de la música vallenata, los nuevos nombres de un movimiento mundial que va a acaparar las miradas”, como bien lo explica Roger Bermúdez, líder de la investigación. Su ejemplo se refiere a los intérpretes que llevaron a otro nivel la música popular argentina y brasileña, respectivamente.

Ambos docentes coinciden en que el vallenato es un género de resistencia cultural, pues ha mantenido su vigencia sin dejarse desplazar por otros, característica que, con el paso de los años, lo ha convertido en una expresión popular muy fortalecida en América Latina y que ahora mismo se encuentra en plena expansión y desarrollo.

La versión para piano solista de *Alicia Adorada*, original del compositor colombiano Juancho Polo Valencia, se presenta con arreglos de Antonio Giménez en la ‘Pianística Vallenata’, parte del trabajo de investigación que desarrollan desde la Universi-





dad de La Guajira, con la intención de universalizar el vallenato.

“Hay dos caminos para conseguir ese propósito. El primero lo está recorriendo la industria musical colombiana, a través de las producciones discográficas y de videoclips; de hecho, ya existe una categoría propia en los Grammy latinos para cumbia-vallenato y eso es un gran avance. El segundo camino lo marca la academia, investigando, recopilando y creando obras de gran complejidad y alto nivel técnico de ejecución. Es probable que esos trabajos, en principio, no sean aptos para el mercado comercial, pero seguro influirán en la sociedad a mediano o largo plazo, haciendo evolucionar el lenguaje vallenato”, argumenta el docente. “En el uso simultáneo de estas dos formas se encuentra la manera de consolidarlo como un género universal, sólido y artísticamente validado”.

Así pues, desde La Guajira, el quinto departamento colombiano con mayor cantidad de migrantes venezolanos, 149 575, según Migración Colombia en su primer informe de 2021, trabajan, sin importar la nacionalidad, en un ambicioso proyecto que pretende convertir su música en lo que el realismo mágico le ha representado a la literatura del país, a través de un género que más allá de las temáticas universales de sus canciones, suene en los teatros del mundo sin perder la esencia del pueblo, que por años le ha otorgado calor y color.



# Los autores

El maestro de Dudamel

## Alexander Campos Sandoval

Comunicador social y periodista nacido en Cali en 1995 y egresado de la Universidad del Valle. Inició su trabajo como reportero del diario local *Cali 24 Horas*, donde redactó noticias por algunos meses. Durante un año y medio ejerció como periodista de investigación en el medio Cuestión Pública, y desde noviembre de 2021 trabaja como *fact-checker* en Colombiacheck. Desde el año 2020 ha publicado reportajes con énfasis ambiental en *Semana Rural*, Consejo de Redacción, *El Espectador* y Mongabay Latam.

## Juan Andrés Rosero Muñoz

Comunicador social y periodista de la Universidad Mariana en Pasto, con especialización en Comunicación Digital de la Uniminuto (en curso). Fotógrafo y artista, trabaja actualmente en la Fundación Righetto con jóvenes y adolescentes pertenecientes al sistema de responsabilidad penal, y es editor de la revista institucional que lleva el mismo nombre.

## Tatiana Olejua Lozada

Comunicadora social de la Universidad de Pamplona, especialista en Gerencia Estratégica de la Universidad de La Sabana, magíster en Comunicación Estratégica con tesis laureada en modalidad investigación de la Universidad La Sabana y máster ejecutivo en Políticas y Prácticas del Desarrollo DPP del Instituto de Altos Estudios Internacionales y del Desarrollo IHEID - Suiza.

Cuenta con experiencia en la formulación, implementación y monitoreo de proyectos de cooperación internacional para acompañamiento a redes de organizaciones de víctimas, jóvenes, mujeres, migración, fortalecimiento de la gobernabilidad, planeación estratégica territorial y construcción de paz en contextos frágiles como la región del Catatumbo y en zonas de frontera colombo-venezolana.

Durante su ejercicio profesional ha liderado el diseño, ejecución y articulación de estrategias de comunicación del riesgo, acciones de promoción y prevención en salud, procesos edu-comunicativos, relaciones públicas en entidades oficiales y del tercer sector y docencia universitaria.

## Diego Steven Cuervo Escobar

Comunicador social y periodista de la Universidad Minuto de Dios con experiencia en medios de comunicación relacionada con lo-



cución, reportería en varias regiones del país, trabajos audiovisuales, fotografía, investigaciones y estrategias digitales.

Ha cubierto fuentes de derechos humanos y paz, culturales, deportivas y medioambiente. En 2020 recibió mención de honor por parte del Ministerio de Cultura en la convocatoria 'Narrativas en torno al agua', gracias al proyecto 'La Ruta del Pescador'.

Actualmente labora como editor *web* en Radio Nacional de Colombia y se encarga de los contenidos digitales para podcasts y las emisoras de paz.

## Osiris Ceballos Garrido

Comunicadora social y periodista, magíster en Comunicación Corporativa con experiencia en periodismo impreso, medios audiovisuales, comunicaciones internas y externas para instituciones, y más recientemente contenidos digitales para diversas ONG. Migrante, entusiasta, apasionada por escuchar y contar historias.

## Fátima Martínez

Es periodista y profesora de periodismo, residente en Bogotá (Colombia), especializada en la temática de periodismo digital desde 2008. Doctora por la Universidad Complutense de Madrid en 2013. Profesora de Periodismo a tiempo completo de la Universidad del Rosario en Bogotá desde agosto de 2017. Fotógrafa documental, enfocada en temas de migraciones, de fotoperiodismo y de búsqueda de refugio en los últimos 7 años. Ha vivido en Madrid, España, más de una década; en Austin, Texas, un año (2012); en Londres, Reino Unido, un año (2015); en Atenas con estancias cortas (2016) y en Bogotá, Colombia, desde 2017 hasta hoy.

## William Anthony Wielman Correa

Periodista egresado de la Universidad Rafael Beloso Chacín de la ciudad de Maracaibo, Venezuela. Sus primeras labores en este oficio se dieron en los periódicos *Panorama* y *El Periodiquito*, donde desarrolló labores de reportería mayormente comunitaria. En 2015 y a raíz de la dificultad de ejercer el periodismo en Venezuela, se trasladó a la ciudad de Arauca, desempeñándose ahora en el mundo de la radio como director de noticias.

Como estudiante de Sociología de la UNAD, busca llevar paralelamente estas dos profesiones en el cubrimiento de temas como conflicto armado y migración, entre otros.

## Editor general Patxo Escobar

Periodista y editor caleño graduado de la Universidad del Valle. Cursó un doctorado en Historia del Cine en la Universidad Autónoma de Madrid, España. Dirigió la revista *Esquire* Colombia y durante algunos meses se desempeñó como director encargado de *Esquire* México y Latinoamérica. Fue jefe de redacción de la revista *Gente*, editor de los especiales regionales de *Semana*, periodista de cultura de *El Tiempo* y *Arcadia*, y ha sido colaborador de publicaciones como *SoHo*, *Gatopardo*, *Carrusel* y *Mundo Avianca*, entre otras.

Es el editor de los tres *best sellers* del doctor Carlos Jaramillo: *El milagro metabólico* (2019), *El milagro antiestrés* (2020) y *CoMo* (2021). Es profesor del taller de Redacción Periodística en LCI Bogotá, y creador del proyecto multimedia *T.A.P.: The Anxiety Project*, en el que habla de la ansiedad y el pánico, trastornos mentales que se han multiplicado en este siglo y que él padece. Sus grandes amores son su hija Antonia, su esposa, Mafer; su madre, Clara Inés; y, por supuesto, el papel; el papel que les da vida a las revistas y a libros como este. Ah, y es hincha del Deportivo Cali.





---

Este libro nació de la necesidad de contar historias de migración desde miradas periodísticas distintas a las que normalmente se encuentran en las agendas informativas. Estos relatos hablan de adversidad y de los miedos que enfrentan los migrantes para rehacer sus vidas, alejados de sus mundos conocidos. Pero también son historias de resistencia, ingenio y valentía para encontrar nuevos espacios para cumplir sus sueños.

Los periodistas que escribieron las historias de este libro participaron en procesos de formación de Consejo de Redacción (CdR), que se realizaron con el objetivo de fortalecer el cubrimiento responsable del fenómeno migratorio y de combatir la xenofobia en los medios de comunicación.

“Al revisarlos y editarlos he llorado, he sentido rabia, angustia, desconsuelo, pero también me he reído, he tarareado canciones (llaneras y vallenatos), me he llenado de esperanza y he viajado a través de trochas y de ríos traicioneros”:

**Patxo Escobar, editor del libro.**

ISBN: 978-958-56411-8-1



9 789585 641181